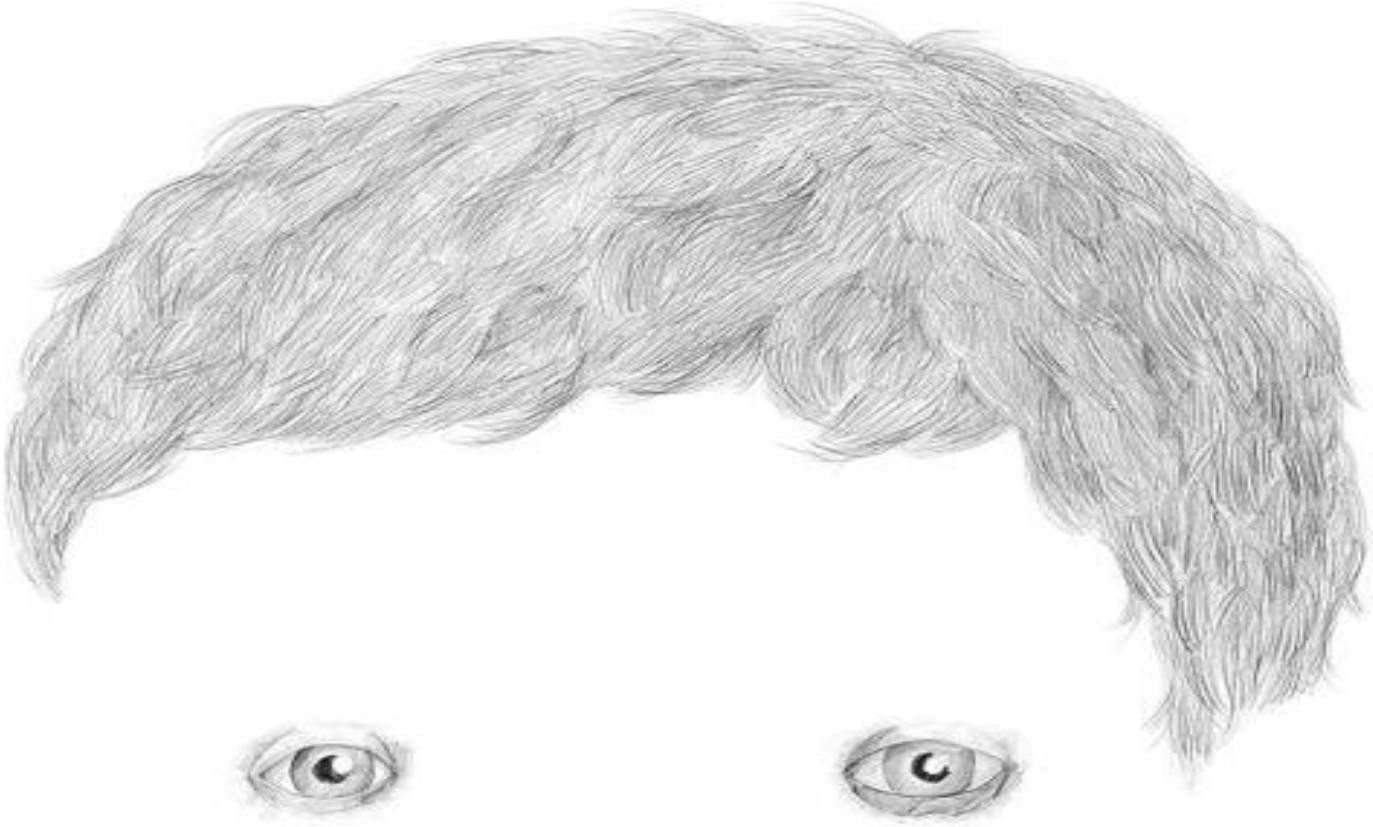


Orfancia

Athos Zontini



DESTINO

Índice

Portada
Dedicatoria
Cita

Nada me ha hecho nunca tanto daño...

Primavera
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

Verano
- Capítulo 1
- Capítulo 2

Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Otoño
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8

Capítulo 9
Capítulo 10

Invierno
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

A Sara

It's Alright, Ma (I'm Only Bleeding)

BOB DYLAN

Nada me ha hecho nunca tanto daño como el amor. Al poco de nacer, estuve a punto de morir de una hernia estrangulada. Mis padres me veían llorar día y noche, y no entendían, se obstinaban en tenerme en brazos como si fuera cuestión de afecto, una nostalgia de la placenta que hubiera que colmar.

Primavera

1

—Abre la boca, por favor. —Mi madre se acerca con el tenedor—. Venga, que se enfría la carne.

Los perros están en un rincón, ambos con el rabo entre las patas. En el otro extremo de la mesa mi padre tiene los ojos fijos en el televisor. Corta un trozo de filete y lo mastica despacio, sin hacer ruido. Se le ensancha la garganta al bajarle la carne por ese largo cuello de pájaro. Cierro los ojos y mentalmente pido un deseo: ¡ahógate, ahógate, ahógate!

—¡Traga! —estalla mi madre con el tono estridente que le sale cuando no puede más, un tono que no parece el suyo.

—Por favor, baja la voz. —Mi padre señala el televisor.

—Mira que eres..., sabes que le hace daño.

—Termino de ver las noticias y lo apago.

Esta historia de que la televisión me hace daño es una obsesión del pediatra. Dice que me quita el hambre.

Mi madre se levanta de pronto, acerca su silla a la mía y vuelve a sentarse de golpe. Sus anchas caderas se bambolean mientras la silla cruje bajo el peso.

—Vamos, come —me implora agitando el tenedor.

Los perros levantan el hocico como si mi madre estuviera enfadada con ellos.

—No tengo ganas. —Le aparto el brazo, pero ella no se mueve, el tenedor tiembla, el trozo de carne resbala, se me cae en los

pantalones y de ahí al suelo.

Los perros apenas tardan un segundo en devorarlo.

—Para, mira lo que estás haciendo. —Mi madre coge la servilleta, la moja y me la restriega en la pierna.

Mi padre no dice nada pero se estira el bigote entre el índice y el pulgar. Es lo que hace cuando se pone nervioso. Para él, sólo los idiotas se manchan al comer. Es una de esas cosas que no soporta, como las uñas negras, las camisetas sudadas o ver a alguien llorar.

Mi madre pincha otro trozo de carne.

—Venga, ya está bien.

Y seguirá así hasta la noche. Lo hace siempre.

La carne está fría, me la aplasta sobre la boca, y yo siento el acero pinchándome los labios y presionándome los dientes, que mantengo apretados.

—¡Que abras la boca!

Mi padre mira a su alrededor como si pudiera ver el grito atravesando las paredes y metiéndose en casa de los vecinos.

—No chilles, por Dios.

Mi madre baja el tenedor y grita aún más fuerte.

—¡Yo ya no puedo más! ¿Por qué no intentas tú obligarlo a comer?

Cada día es una lucha. Dicen que crezco débil y enfermo, que no soy normal porque no tengo un gramo de grasa en el cuerpo, que, comparados conmigo, los otros niños parecen gigantes. Dicen que tengo que comer, que no es posible que un niño de mi edad no tenga apetito. Yo no quiero comer. Pero mi madre no se resigna, sigue dándome de comer como si ella estuviera muerta de hambre.

Mi padre vuelve a atusarse el bigote y sigue viendo las noticias.

Me quedo pasmado mirando la pantalla, la espalda se me dobla sola, extiendo los brazos sobre la mesa, apoyo la cabeza y mi pelo acaba dentro del plato. Lo tengo tan largo que me confunden con

una niña. A mis padres les da vergüenza, pero no me llevan a la peluquería porque con el pelo corto parezco aún más flaco.

—¡Ten cuidado! —Mi padre se levanta, arroja la servilleta en el plato y se va.

El desprecio en sus ojos es tan grande que me deja sin respiración.

—Mira lo que has conseguido, ya se ha enfadado papá. Venga, come. De aquí no te levantas hasta que te termines el plato, aunque tengamos que estar toda la noche.

Cojo el trozo de carne con los dientes y lo mastico infinitamente.

Los perros me imitan con la boca cerrada.

—Hala, traga. Date prisa.

Siento asco, es como si tuviera un calcetín sudado en la boca.

—Te juro que, igual que te he dado la vida, te la quito.

Mi madre me acaricia la frente como si me estuviera pidiendo perdón. Intento zafarme pero es demasiado tarde. Me tapa la nariz con una mano y con la otra me aprieta la barbilla hasta que trago.

Sigue así una hora entera, no me deja en paz hasta que el plato está vacío. El último bocado me lo coloco con la lengua en el fondo de la mejilla y apoyo la cabeza en sus blandas piernas. Ella me acaricia el pelo, y nos quedamos quietos. Podríamos estar así para siempre.

Después me coge en brazos y se levanta.

—Vamos a la cama, que es tarde.

2

Acaba de oírse un grito. Ocurre a veces en plena noche. Son los gritos de los otros niños. Duran un instante y, después, silencio. Tengo miedo, estoy harto de cerrar los ojos, abrirlos y encontrarme con la misma oscuridad. Mis padres me obligan a dormir con la luz apagada porque el pediatra ha dicho que así se crece mejor. Doy vueltas en la cama, con la boca llena de saliva, sigo sintiendo el sabor de la carne incluso después de haberla escupido.

Me quito la camiseta del pijama, la extiendo en el suelo y vomito encima. Con el estómago vacío, hago una bola con la camiseta y la escondo debajo de las sábanas.

Ahora tengo que esperar a que mis padres se vayan a dormir. Después de acostarme, mi madre suele volver a la cocina. En la mesa, cuando estamos todos juntos, come como un pajarito, siempre dice que está a régimen, pero de noche saca de la nevera las sobras de la cena y del almuerzo y se lo zampa todo. A veces, para combatir el sueño, me levanto y voy a espiarla. La veo con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, inmóvil, mirando fijamente los recipientes vacíos.

Mi padre, después de cenar, se queda despierto hasta tarde viendo la tele en el salón. De la pantalla sale una luz gris que ilumina tenuemente el sillón y a él lo deja inmerso en la oscuridad.

Cada vez me pesan más los párpados. Después, como de costumbre, llegan esos ruidos que me son tan familiares. Mi padre abre la puerta de casa, vuelve a cerrarla y después pasa a las ventanas. Las comprueba todas una por una. No es capaz de irse a la cama sin haberse asegurado de que está todo bien cerrado.

Espero a que se meta en su habitación y, en cuanto apaga la luz, me levanto. El suelo del pasillo está frío, pero si voy descalzo no hago ruido. Los perros se me acercan moviendo la cola y olisquean la camiseta del pijama que llevo debajo del brazo. En el baño lleno el lavabo de agua y jabón, y froto bien la camiseta. A continuación la escurro, quito el tapón y salgo.

Los perros me siguen. A la mitad del pasillo reparo en una respiración ronca y profunda que viene de la oscura escalera. Me quedo inmóvil y, un segundo después, se enciende la luz. Mi madre jadea en lo alto de los escalones, con una mano en la rodilla y la otra apoyada en la pared.

Mis padres siempre se llevan un susto cuando me ven de repente, pero se les suele dar bien hacer como si nada. Sin embargo esta vez, quizá porque mi madre no esperaba verme levantado a esas horas, cuando aparezco delante de ella medio desnudo, esquelético y tan pálido como un fantasma, se sobresalta del susto, pierde el equilibrio y cae por la escalera, rebotando como una pelota.

3

—Vamos, arriba, que hace un sol espléndido.

Mi madre abre la ventana, y yo me vuelvo hacia la pared.

—Tengo sueño.

Los perros se acercan a la cama. *Ringo* mete el hocico debajo de las sábanas y me lame los brazos. *Otto* se queda dos pasos atrás, meneando la cola con tanta fuerza que empieza a jadear.

—Ya sabes que papá se enfada si te levantas tarde.

—Pero estoy de vacaciones.

Hace una semana que acabó el colegio, pero siguen despertándome temprano porque el pediatra ha dicho que me tiene que dar el sol lo más posible.

—Anda, venga, ve a lavarte.

Ya casi siento el agua fría en la cara y escondo la cabeza debajo de la almohada. ¿De qué sirve lavarse? Dentro de unas horas estaré otra vez sucio.

—Venga, no protestes como de costumbre.

Mi madre aparta las sábanas, y me quedo sin respiración. Es un monstruo, tiene los ojos morados y la nariz hinchada, debajo de todo ese maquillaje podría ocultarse cualquier persona. El miedo me atenaza la garganta mientras ella esboza una sonrisa deforme y me coge de la mano.

En el cuarto de baño me quita el pijama y me sube a la báscula. La aguja oscila un poco antes de marcar los veinte kilos de siempre,

aunque hoy son más escasos: unos doscientos gramos menos que la semana pasada.

Los perros nos observan desde el pasillo como si fuera un juego. *Otto* y *Ringo* son hijos de una perra que mis padres recogieron de la calle poco antes de que yo naciera. La perra también estaba preñada cuando la atropellaron. En el accidente perdió un ojo y una pata, pero no murió hasta que sus hijos se destetaron. En una foto que hay en el salón se ve a mi madre sonriente con los cachorros recién nacidos en brazos, apoyados sobre su barrigón del noveno mes de embarazo. La perra está a sus pies, tumbada de lado con las tetillas hinchadas, agotada por la lactancia.

Mi padre está delante de la ventana de la cocina. Se toma el café de pie antes de salir. ¿Cómo puede ir con traje y corbata con este calor? No lo he visto nunca ir al trabajo sin corbata, tiene muchas en el armario, algunas incluso sin estrenar, se compra por lo menos una a la semana, aunque después se pone siempre las mismas.

Otto y *Ringo* se le acercan, pero él se aleja por miedo a que lo manchen. No consigo recordar cuándo fue la última vez que lo vi acariciarlos. También mi madre se limita a darles de comer y de beber, y, quitando ese momento, cuanto menos se le acerquen mejor. *Otto* y *Ringo* han sido una decepción más. El pediatra decía que es bueno tener perros, que los perros ayudan a los niños a crecer más contentos, a moverse, pero al cabo de unos años mis padres perdieron la esperanza.

Mi madre me llena la taza de leche. Moja una galleta tras otra y me las mete en la boca sin que me dé tiempo a dejar de masticar. Lleva un esmalte nuevo en las uñas, de un rojo más oscuro de lo habitual.

—Oye, ¿esta tarde puedes recogernos del pediatra? Así luego vamos al supermercado.

Mi padre le mira la cara hinchada y se estira el bigote. Tiene la misma expresión que una vez que pisó una caca en la calle.

—¿Esta tarde?

—Sí, después de la consulta.

—No, tengo un montón de reuniones hasta tarde.

—Claro, cómo no.

—¿Cómo que cómo no? Ni que me divirtiera yo mucho en el trabajo.

Mi padre es abogado, como su padre y su abuelo. Por lo que él dice, parece que en la familia nadie se hubiera dedicado nunca a otra cosa. Una vez me explicó en qué consistía su trabajo. Dice que defiende a la gente cuando tiene un problema, aunque yo no lo veo defendiendo a nadie: siempre quiere ahorrarse esfuerzos y no sudar, y además no soporta a la gente, nunca quiere ver a nadie. Mi madre siempre se queja, dice que por su culpa no salen nunca, y ella ya no aguanta más estar encerrada en casa.

—Pero ¿es que tenéis que ir hoy al pediatra a la fuerza?

Ella lo mira sin contestar.

—¿Seguro que no quieres que vayamos un momento al hospital?

—Ya te lo dije anoche, no es nada, no hace falta.

—Pues entonces al menos descansa. Hazme caso, quédate en casa.

—No digas tonterías, ya sabes lo difícil que es conseguir cita con el pediatra.

—Bueno, pero tápate un poco. —Mi padre se termina el café—. ¿Qué van a pensar los vecinos? Ayer incluso nos oyeron discutir.

—Que piensen lo que quieran —contesta ella mientras sigue haciendo viajes con la cuchara de la taza a mi boca.

—Y digo yo... —suspira mi padre—, ¿no puedes tener más cuidado? Enciende la luz cuando vayas a bajar la escalera.

—¿No tenías tantas reuniones hoy? Venga, que vas a llegar tarde.

Sin colegio, la mañana se me hace eterna. No sé cómo entretenerme, me quedo en la cama hasta que viene mi madre a limpiar mi cuarto.

—¿Por qué no sales al jardín? Así sacas un poco a estos dos. —Echa una ojeada a los perros, repantingados en el suelo.

Nuestra casa está rodeada por un jardín estrecho y largo, lleno de árboles, en el que nunca da el sol. Sólo salimos a coger limones, ahí fuera siempre parece que hace malo.

—O llama a algún amiguito.

Mi madre lo intenta siempre, aunque sabe que no tengo amigos en el edificio, los demás niños son todos mayores o menores que yo. Los mayores no quieren nada conmigo, y con los pequeños me aburro. En el colegio tampoco tengo amigos, la profesora dice que es culpa mía, que no socializo, se lo dijo un día a mis padres, y luego cuando volvieron a casa tuvieron una bronca tremenda. Mi madre acusó a mi padre de ser demasiado severo, y él le replicó que me está criando «sin columna vertebral». Dijo eso exactamente, con esas palabras, lo recuerdo muy bien.

En efecto, me resulta cansadísimo estar con la espalda erguida. Mi padre me lo repite todo el rato: «¡Ponte derecho! ¡Levanta los hombros! Te va a salir chepa si sigues así». Pero, por más que lo intento, me canso con sólo subir un tramo de escalera, tengo que apoyarme en algo, sentarme o tumbarme en la cama unos minutos.

En el jardín me escondo detrás de un árbol e intento vomitar el desayuno, pero ha pasado demasiado tiempo, sólo consigo escupir saliva y quemarme la garganta.

Los perros me miran con tristeza mientras vuelven a hacer ese gesto extraño, parecen dos bombillitas a punto de fundirse. A saber

quién gritaba esta noche, no sé de dónde venía, a quién le habrá tocado esta vez. Quizá a esos dos gordinflones que viven en la casa de al lado, o a la niña del piso de arriba.

Me limpio la boca con la camiseta y doy patadas a los limones que han caído en el suelo. Los perros se pelean por cogerlos. Siempre gana *Ringo*, vuelve hacia mí corriendo y me suelta el limón a los pies, esperando a que se lo lance de nuevo. Con cada patada se espachurra un poco más, y cuando *Ringo* lo coge con los dientes suelta una especie de estornudo por culpa de lo amargo del jugo, hasta que ya no aguanta más y lo deja. Yo también me he cansado del juego. Me siento con los perros debajo del árbol más grande y apoyo la cabeza en el tronco.

—A la mesa. —Me despierta la voz de mi madre desde la ventana.

Me tambaleo hasta la cocina, con los ojos enrojecidos de sueño, y, ante un plato de pasta con tomate, jugamos al tira y afloja de costumbre. Yo no quiero comer, y mi madre trata de meterme la comida en la boca a la fuerza. Se rinde al cabo de unos cuantos bocados del primer plato, pero me obliga a comerme la chuleta entera.

La dejo lavando los platos y me refugio en mi cuarto, con los perros.

Tengo que darme prisa. Cierro la puerta, me pongo de rodillas y vomito. Busco una camiseta para limpiarlo, pero *Otto* y *Ringo* lo lamen todo antes de que me dé tiempo. El suelo parece recién fregado. Abro la ventana para que se vaya el olor y entonces me doy cuenta de que han caído salpicaduras de vómito sobre las piezas del juego de construcción, que estaba dentro de la caja abierta. Me siento y me pongo a limpiarlas una a una, pero mi madre entra de improviso.

—¿Por qué has cerrado la puerta? ¡Cuántas veces te he dicho que no estés con la puerta cerrada!

Después ve las piezas y sonríe, piensa que estoy jugando. Cuando me regalaron esas construcciones sólo jugué con ellas el primer día, enseguida me aburrí.

—Bueno, voy a arreglarme. Luego me enseñas lo que has montado —me dice antes de salir.

Ahora no tengo más remedio que construir algo. Empiezo a encajar las piezas al azar, al principio parece que sale un robot, después tiene más pinta de animal, quizá un canguro, una jirafa, aunque al final también podría ser una torre, pero una torre como las que existen sólo en otros planetas, está torcida y se cae si la suelto. Me entran ganas de llorar, mi padre tiene razón, no valgo para nada. De pura rabia, cojo la torre y la estrello contra el suelo. Las piezas de colores salen despedidas por toda la habitación.

—¿Qué estás haciendo? —Mi madre llega corriendo, tambaleándose sobre los tacones.

Para que no se enfade, me pongo enseguida a recoger las piezas a gatas.

—No restriegues las rodillas por el suelo, que te haces polvo los pantalones. —Me coge de la mano y me levanta de un tirón—. Déjalo, ya lo hago yo. Tú cálzate, que tenemos que irnos.

No quiero ir al pediatra.

Ella se inclina a recoger las piezas, y yo me meto debajo de la cama.

—Sal de ahí.

Me voy más al fondo, ella se agacha e intenta alcanzarme.

—¡Que salgas! —Me roza un pie.

Me agarro con todas mis fuerzas al somier de hierro y doy patadas al aire.

—Ya está bien. Mira que se lo digo a tu padre y esta noche te arrea —grita con la cara en el suelo, las medias nuevas a punto de

romperse y los pies embutidos en los zapatos de tacón.

Se mueve con dificultad y respira mal, pero no se rinde, se estira hasta que consigue agarrarme de una pantorrilla y empieza a tirar. Yo me sigo aferrando al somier, pero no aguanto, mi madre es demasiado fuerte.

—¡Ya basta, hay que ver en qué aprietos me pones!

En el autobús lloro y trato de soltarme de su mano, petrificada sobre mi muñeca. Me obliga a sentarme al lado de la ventana y ella se pone en el asiento del pasillo. Con esa cara tumefacta, todo el mundo se la queda mirando. Ella se pone colorada y me suelta sin darse cuenta. No repara en ello hasta que llegamos a la parada y se abren las puertas.

—¡Dame la mano ahora mismo!

No quiero, me hace daño, aprieta demasiado. Me escabullo justo a tiempo y bajo del autobús, pero ella ya me está persiguiendo.

—¡Quieto! ¡Ven aquí enseguida!

Intento escaparme, pero la acera está llena de gente y me choco con las piernas de los viandantes, que me cortan el paso, hasta que siento que me agarran por detrás; me vuelvo, y mi madre me da un bofetón.

Me pongo rígido, como si me estuviera muriendo de frío.

—Te podían haber atropellado. —Vuelve a aferrarme la muñeca —. ¿Cuántas veces te lo he dicho ya? Tienes que quedarte a mi lado.

Cuando entramos en el edificio, ya no siento la punta de los dedos. No me suelta hasta que nos metemos en el ascensor. Mientras subimos, su malvado rostro aparece y desaparece, reflejado en la puerta de cristal entre un piso y otro.

4

Berti Camani. Ese nombre sobre la placa de la puerta me irrita cada vez que lo veo. Lo leo y lo releo sin encontrarle ningún sentido. Quizá el apellido, al lado de un nombre distinto, podría hasta pasar inadvertido, qué sé yo, Antonio o Guido Camani, ni siquiera se notaría, pero ¿qué es eso de Berti? ¿Es un diminutivo de Roberto, de Bernardo? Se lo he preguntado a mi madre, pero ella tampoco lo sabe, aunque me ha dicho que un médico de su categoría nunca pondría un diminutivo en la placa de su consulta, no sería serio, no sería propio de él.

La cerradura se desbloquea y emite un chasquido metálico. La secretaria sonríe y nos invita a entrar, pero entonces ve el aspecto de mi madre y se pone seria de repente. Mientras la seguimos por el pasillo, la masa enorme de pelo rojo se queda inmóvil, pegada a su cabeza como si fuera de mentira. Me la imagino calva y se me escapa una carcajada.

—Ya basta. —Mi madre me lanza una mirada asesina—. Compórtate.

Las paredes blancas están llenas de cuadros, todos de escenas invernales, el mar agitado bajo la lluvia, barcas del revés en la orilla y árboles desnudos se alternan, como ventanitas abiertas al mal tiempo. Casi me parece oír los truenos a lo lejos y el viento golpear los cristales, pese a la luz rojiza del atardecer que invade la sala de espera.

La cara de mi madre vuelve a llamar la atención, y ella baja la mirada, avergonzada. No entiendo de qué sirve llegar puntuales si siempre hay alguien antes de nosotros que aún no ha pasado a la consulta. Nos sentamos al lado de una pareja. La madre sostiene en brazos a un recién nacido lleno de manchas rojas, una larva desdentada y sin pelo que lloriquea. Los padres lo acarician y lo besuquean. Él los mira desesperado y chilla más fuerte.

Enfrente de nosotros otras dos parejas leen revistas mientras sus hijos, dos niños rollizos que tendrán un par de años menos que yo, juegan en el suelo. Se pelean por un dinosaurio de goma. Uno tira de la cola, y el otro, de las patas. De vez en cuando la cabeza se alarga, la boca se deforma y el dinosaurio sonríe.

Los niños sonríen también, despreocupados, con el tiempo el odio se difumina, te encariñas de quien te da de comer y olvidas todas las veces que has llorado. Y estos dos, además, tienen unas caras sanas y felices, y los padres les dejan hacer lo que les da la gana. Los niños gordos son la alegría de cualquier familia, madres, tías, padres, abuelos, todos se vuelven locos con los bracitos tiernos y los mofletes colorados de un precioso niño rollizo, les parece un sueño cebarlo y verlo crecer día a día.

Aburridos de martirizar al dinosaurio, los dos rechonchos se ponen a pelearse y acaban chocando contra las rodillas de mi madre.

—Carlo, Ninetto, no molestéis.

Los padres se levantan y los regañan, pero la cosa no va en serio, se lo perdonarían todo a esos dos gordinflones de tez clara.

Mi madre trata de ocultar la envidia tras una sonrisa.

—Son pequeños, están jugando.

Carlo parece hecho con trozos de niños distintos, la grasa está colocada de manera extraña sobre su cuerpo: tiene las piernas flacas, una buena barriga, los hombros anchos y largos brazos de

mono; Ninetto es más bajo pero tiene la cabeza enorme, tan pesada que le cuesta mantenerla erguida.

—¿Podemos ir fuera? —pregunta Carlo.

Los padres se miran, miran a sus mujeres y dan a los hijos permiso para salir a la terraza. No sé cómo lo hacen los adultos para hablarse sin abrir la boca, para decírselo todo con los ojos sin equivocarse nunca.

—¿Por qué no sales tú también? —me dice mi madre.

Me quedo quieto y hago como si no la hubiera oído.

—Qué guapa eres. —El padre de Carlo se me acerca—. ¿Cómo te llamas?

Mi madre precisa que soy un chico, y a mí me entra la risa.

—Contesta. —Me lanza una mirada asesina, convencida de que nadie se da cuenta.

El otro padre se vuelve y dice:

—Carlo, Ninetto, jugad todos juntos.

Los dos niños me miran pasmados. Yo también los miro sin decir nada. Durante unos segundos no oigo ni a la larva llorar, en la sala de espera sólo queda el murmullo de las revistas al hojearlas. Fuera hay una luz que ya no es día ni tampoco noche.

Carlo sale el primero, Ninetto lo sigue, y mi madre me baja a la fuerza de la silla. Siempre hace lo mismo cuando hay otros niños cerca, me obliga a jugar con quien sea.

Ahora que estamos en la terraza, nadie sabe muy bien qué hacer. Abajo en la calle hay un montón de coches atascados tocando la bocina.

—¿A qué habéis venido al médico? ¿Qué os pasa?

—Nada —contesta Ninetto después de pensarlo un poco.

—Entonces ¿por qué estáis aquí?

—No lo sé.

—No hace falta estar malo para ir al pediatra —interviene Carlo —. Mamá y papá me traen aquí aunque esté bien.

—¿Y a ti?

—Porque estoy demasiado flaco, no crezco.

Me observan aburridos, y después Ninetto se lanza sobre Carlo y trata de arrebatarle el dinosaurio. Los miro pelearse hasta que vuelven a estallar los sollozos de la larva. La madre de Carlo acaba de abrir la cristalera de par en par. Ahora que está de pie, veo que es una mujerona espantosa, de esas que pueden comer durante horas sin saciarse. Nos domina con un odio en la mirada que me da escalofríos.

—¡Carlo, ya basta! Es peligroso jugar tan cerca de la barandilla. —Le confisca el dinosaurio, y el niño se echa a llorar.

La madre vuelve a entrar sin preocuparse de él, y al momento sale con una bolsita de chocolatinas para resarcirlo. Carlo no les hace caso, quiere el dinosaurio. Ninetto, en cambio, se apresura a coger un puñado.

La larguirucha me pone la bolsita delante, yo le indico con un gesto que no quiero, pero ella saca una de todos modos.

—Venga, tómate una.

Después se vuelve hacia su hijo, él intenta resistirse, pero la tentación es demasiado fuerte, ya siente en la boca el sabor del chocolate y no consigue dominarse, quiere la bolsa entera.

—Vale, pero no os las comáis todas, que si no luego no tendréis hambre para cenar. —La madre sonríe, pérfida, y vuelve a la sala de espera.

La larva sigue llorando, entonces se cierra la cristalera y el ruido del tráfico se impone sobre el llanto.

Carlo y Ninetto quitan el envoltorio de una chocolatina tras otra, rebuscan en la bolsa cada vez más vacía, y el hambre aumenta en lugar de saciarse.

Desde la sala de espera mi madre me anima a comer con una sonrisa triste.

Ninetto devora la última chocolatina.

—¿No te la vas a comer? —me pregunta, mirando fijamente la que tengo aún en la mano.

Me encojo de hombros.

—No tengo ganas.

—No es verdad que no tengas ganas —se burla de mí Carlo—. Has sido malo, y tu mamá te ha castigado. Malo, malo. —Ríe, con esa mirada de loco que tienen todos los niños felices.

—No estoy castigado.

Mi madre no me quita ojo.

—Entonces ¿por qué no te la comes? Están buenas —suspira Ninetto.

—Ya lo sé, pero hacen daño. Cuantas más comes, más hambre tienes.

—Mi madre también dice que comer demasiado chocolate hace daño. En casa sólo me da si antes me termino la pasta, la carne y la verdura.

—Igual que la mía. —Carlo arruga la bolsa vacía y la tira a la calle —. Pero yo me lo como igual.

—Papá me pega si no obedezco. —Se ensombrece Ninetto.

—Los padres son malos.

Carlo me observa de mala manera.

—Mi mamá y mi papá no son malos. Me quieren mucho.

—A mí también —dice Ninetto, poniéndose en jarras.

—No os quieren, vuestros padres os quieren comer.

Me miran fijamente como dos espejos empañados, no saben si reír o asustarse.

—No es verdad.

—Sí que lo es, todos los padres se comen a los hijos. Por eso los llevan al pediatra aunque no estén enfermos. El pediatra está

conchabado con ellos, controla que estén creciendo bien y les dice cuándo es el momento. Mis padres sólo están esperando a que engorde para hacerme pedazos.

—No es verdad, mentiroso. —Carlo me da un empujón y se va llorando.

Apoyo la espalda en la barandilla de la terraza. Ninetto me mira con expresión perdida y también sale corriendo.

Por la cristalera abierta vuelven a oírse los sollozos de la larva. Mi madre tiene los ojos transparentes de una medusa. El tráfico ha enmudecido de repente, todo está oscuro. Las cosas suceden siempre a hurtadillas.

5

El pediatra se levanta y viene a nuestro encuentro. Su bata y su ropa parecen recién planchadas incluso después de una jornada entera manejando niños.

—¿Se encuentra bien, señora?

Mi madre niega con la cabeza y explica que se ha caído por la escalera.

—No se imagina el susto. —No añade más y me lanza una rápida mirada airada.

—¿Y este jovencito? —El pediatra me sonríe—. ¿Qué se cuenta?

—¿Que qué se cuenta? —contesta mi madre—. Pues nada, que sigue sin comer, ya lo ve usted, está cada día más flaco.

El pediatra pone una expresión de reproche que le hace parecer una cucaracha.

Cucaracha, cucaracha, lo insulto sin despegar los labios mientras él comprueba mi última analítica.

—Bien, desnúdelo y túmbelo en la camilla, por favor.

Mi madre me quita la camiseta, y en el espejo junto a la camilla aparece un esqueleto con unos ojos enormes que destacan sobre el resto de la cara.

Berti Camani me pide que respire hondo y me pone la placa gélida del fonendoscopio en la espalda. Cucaracha, cucaracha, sigo insultándolo mientras él se divierte diciéndome que saque la lengua y metiéndome en la garganta ese palito rosa de madera que da tos.

No aguanto más, quiero bajarme de la camilla, pero mi madre me vigila con los brazos cruzados, dispuesta a soltarme un grito como se me ocurra mover un dedo.

La pared de enfrente está totalmente cubierta por una librería de madera oscura, casi negra. Los estantes de abajo están llenos de animalitos de porcelana. Y más arriba hay una fila de placas y copas, a saber qué habrá hecho la cucaracha para ganarlas.

Berti Camani vuelve a su escritorio a releer la analítica.

Mi madre me viste mientras lo observa.

—El niño está bien, debería tener apetito. Igual simplemente es que tiene gustos difíciles. ¿De verdad no hay nada que le guste comer?

Mi madre niega con la cabeza, desconsolada.

—Usted no sabe por lo que estamos pasando, doctor, estamos desesperados. Este niño rechaza cualquier cosa que le pongamos en el plato, hemos probado con todo.

El pediatra me observa con el ceño fruncido y me odia, se lo veo en los ojos, me odia porque siempre fracasa conmigo, desde que nací trata de despertarme el apetito, y no lo consigue. Lleva años diciéndoles a mis padres que no hay nada de lo que preocuparse, «la infancia es como un sueño», estaba seguro de que, al crecer, el apetito se me despertaría solo, pero cada vez que salimos de su consulta pone una cara como si llevara horas bajo la lluvia.

—Permítame que le hable con franqueza.

El cuello de mi madre se hincha.

—En mi opinión, el problema es que usted, señora, se preocupa demasiado.

Mi madre se lo queda mirando como si fuera tonta. Él traga saliva y sigue hablando.

—Debe dejarlo más libre.

—Pero es que es un demonio. De camino aquí se me ha soltado de la mano, y por poco lo atropellan.

—No es verdad —digo, pero mi madre me indica con un gesto que me calle.

—¿Ve cómo se comporta? Le he tenido que dar una bofetada en plena calle. Se la tenía merecida.

La cucaracha no consigue reprimir una sonrisa malvada.

—Bueno, no pasa nada. De vez en cuando las bofetadas son necesarias.

Mi madre lo escucha estupefacta.

—La cuestión es que hay que obligar al cuerpo de este niño a reaccionar.

—Pero ¿qué más tengo que hacer aparte de lo que ya hago?

—Menos, tiene que hacer menos. ¿Que no tiene hambre? Pues no le dé nada de comer. Déjelo en ayunas y verá como tarde o temprano se sienta a la mesa, muerto de hambre.

Mi madre ha enmudecido, pero la cucaracha sigue hablando.

—Señora, se lo he dicho muchas veces: que juegue con otros niños. Su hijo tiene que correr, pegarse, hacerse daño, tiene que volver a casa tan cansado que no se tenga en pie.

—Como si fuera tan fácil, éste no hace amistad con nadie. Dice su profesora que en clase también está siempre solo. Eso cuando va al colegio, porque se pone malo muy a menudo.

—A eso me refiero, precisamente, su hijo tiene que fortalecerse. Nada de ponerle camiseta interior y, si suda, no vaya corriendo a cambiarlo de ropa. Que se le seque encima el sudor. No cierre la ventana cuando hay corriente. Y después de la ducha que se quede con el pelo mojado.

—Pero ¿qué está diciendo, doctor?

—No tema, es por su bien.

—¿Por su bien? Pero si basta un poco de viento y ya le da una fiebre tan alta que me tengo que pasar toda la noche cambiándole las compresas frías de la frente.

—Pues no lo cuide, espere a que se cure solo.

Mi madre lo mira como si estuviera loco, pero a la vez está pendiente de sus labios.

—Hágame caso. Si quiere que este niño crezca, tiene que tratarlo mal.

6

La carne cruda brilla bajo el envoltorio de plástico de los recipientes iluminados por los fluorescentes, las cámaras frigoríficas están llenas de animales despedazados, limpios y colocados con orden dentro de las bandejas blancas de poliestireno con el precio pegado encima. Hay kilos de pollo, pavo, buey, ternera y sobre todo cerdo, hay tanto que casi lo regalan.

Mi madre arruga la nariz.

—Pero ¿cómo es posible que la gente coma esta asquerosidad de carne? Con la de antibióticos y porquerías que le ponen para inflarla.

Ella compra la carne sólo en la carnicería del barrio, y mi padre se queja porque allí es el doble de cara. Pero es buena, dice mi madre, y lo bueno cuesta dinero. El pediatra ha insistido mucho, tengo que comer cosas de calidad, nutritivas, nada de alimentos envasados ni de congelados, tiene que ser todo fresco, siempre de temporada, a toda costa.

En el pasillo de los dulces, los otros niños señalan los estantes, y los padres les cogen todo lo que se les antoja. En las baldas hay dosis infinitas, metros y metros de compartimentos llenos hasta arriba de productos que no caducan en años, pensados para resistir al calor, al frío o a la distracción de quien los olvide en el fondo de cualquier estante.

Mi madre, para tantearme, me pregunta si quiero algo. Bajo los ojos, pero ella no se desanima, de cada sección elige siempre lo más

caro, comprueba los ingredientes en las etiquetas y coge siempre lo mejor, aunque sepa de antemano que es tirar el dinero.

Mientras nos acercamos a las cajas, está tan triste que empuja el carro con dificultad, pese a sus brazos de luchadora. Ya no soporta a todos esos niños que se manchan la ropa de chocolate ni a esos padres que les limpian orgullosos la boca.

Una vez fuera, no dice una palabra. El supermercado no está lejos de casa, son unos diez minutos a pie, pero con esas bolsas llenas hasta arriba tardamos el doble.

Mi madre está guardando la compra cuando mi padre vuelve del trabajo. Los perros corren a su encuentro, y él les grita que se tumben.

—¿Qué tal en el pediatra?

—Como siempre.

—¿Es decir? —pregunta él, estirándose el bigote.

—Pues eso, dice que está bien.

Mi padre se la queda mirando sin decir nada. Ella sigue guardando los tarros de tomate en la despensa, después se vuelve y niega con la cabeza.

—Igual deberíamos llevarlo a otro médico.

—¿A otro médico?

—Pues sí, a otro médico.

—Pero ¿qué va a pensar el doctor Camani? Es amigo de mi padre.

—¿Tú ves a tu hijo? ¿A ti te parece que está bien?

Mi padre me lanza una ojeada como si me viera por primera vez.

—Además —prosigue mi madre—, esta tarde ha dicho cosas raras.

—¿Qué cosas raras?

—No sé, que tenemos que estar menos encima de él, que lo tratamos demasiado bien —contesta ella con una expresión nada convencida, y le cuenta las últimas ocurrencias de la cucaracha para que me entre apetito.

Mi padre asiente con la cabeza, reprimiendo una sonrisa, y se vuelve para marcharse.

—Oye, ¿has oído lo que te he dicho? —le recrimina mi madre.

—Te he oído, te he oído —contesta él.

—¿Y no vas a decir nada?

—¿Y qué quieres que te diga? Para mí, tiene razón el médico. Llevo años diciéndotelo, pero tú no me haces caso. Este niño necesita disciplina.

—Mira, vamos a dejarlo —contesta mi madre nerviosa—. Anda, vete, ya te aviso cuando esté lista la cena.

Suena el teléfono, mi padre responde y con cierta irritación en el rostro se asoma a la cocina.

—Es para ti.

Mi madre suspira, deja en la mesa los paquetes de pasta y coge el teléfono.

—Hola, mamá. Sí, sí, todo bien. ¿Y tú?

Mi padre se demora en el umbral.

—Mamá, ya te lo he dicho, el lunes no te puedo acompañar a la peluquería. Nos vamos a la playa.

Mi padre se lleva un dedo a la sien y refunfuña:

—¿Otra vez la historia de la peluquería?

—Pero ¿tú no te habías ido? —le pregunta mi madre a él, tapando el auricular.

Según mi padre, desde hace algunos años la abuela Giulia chochea. Mi madre se enfada y dice que no es verdad, y si lo es, no

quiere saber nada, pero en efecto hace días que la abuela llama para preguntar lo mismo.

—¿Que no te lo había dicho? —Mi madre se coloca el teléfono entre el hombro y la oreja, y sigue preparando la pasta—. Lo hablamos anoche. Incluso te pregunté si querías venirte con nosotros y me contestaste que no.

En esa incómoda postura por poco se le cae todo de las manos, y entonces tiene un arrebato de nervios.

—¡Vale, pues no te lo habré dicho! Pero el caso es que nos vamos el lunes, ¿qué quieres hacer, te apetece venirte unos días?

Vacía las bolsas de las verduras y llena el cajón de la nevera.

—Pero ¿cómo que no puedes venir con el pelo así?

Cierra dando un portazo y se va a guardar los productos de limpieza.

—Bueno, pues no vengas. Perdona, ahora estoy ocupada, luego te llamo. Tengo que ir al trastero a por las cosas de la playa.

Odio el trastero.

Mi madre suspira mientras mi abuela sigue diciendo Dios sabe qué.

Mi padre se acerca a coger un vaso de agua, y ella tapa el auricular.

—Por favor, ¿puedes ir tú al trastero?

Él la mira, con el vaso en la mano y el grifo abierto.

—Pero ¿y yo qué sé dónde has guardado tú las cosas?

—En el arcón hay dos bolsas amarillas llenas de ropa. La lancha debería estar encima del mueble de las puertas de cristal, con las gafas de bucear y las aletas. Y, si no encuentras algo, lo buscas.

Mi padre no se mueve, igual espera que mi madre cambie de idea, o que la abuela cuelgue, pero sabe que esas llamadas suelen durar horas.

—Vale. —Se vuelve hacia mí resignado—. Vente conmigo, así me echas una mano.

Miro a mi madre en busca de ayuda, pero él lo repite en un tono más impaciente.

—Venga, a qué esperas.

Los perros nos acompañan a la puerta y, cuando comprenden que no van a venir con nosotros, se ponen a ladrar. Sigo a mi padre escaleras abajo; los ladridos resuenan a lo lejos hasta que cruzamos el portal y bajamos al sótano.

7

Entre los trastos amontonados entreveo mis viejos juguetes. En cuanto mi padre enciende la luz, envejecen de golpe, muestran los arañazos, los rasguños, las manchas y el polvo que los cubre. Siempre me han dado envidia los objetos, pase lo que pase devuelven las atenciones que reciben: si se caen, se rompen; si los limpian, resplandecen. El oso con el que dormía hasta el año pasado me mira con los ojos medio descosidos y una mueca de loco. Está ahí abandonado en un estante, entre otros muñecos sin brazos, con la cabeza colgando y el pelo descolorido, todos con la misma expresión malvada, como si quisieran vengarse de que ya no juegue con ellos.

Me quedo petrificado en la puerta mientras mi padre avanza. Atento a dónde pisa, pasa por encima de bultos y cajas de cartón hasta llegar al arcón. Cuando lo abre, se pone los brazos en jarras y refunfuña.

—Ya sabía yo que no estaban aquí. A saber dónde habrá puesto tu madre esas bolsas.

Saca unas cuantas cosas con la esperanza de que estén debajo y por fin ve algo amarillo.

—Sujétame esto, que creo que las he encontrado.

Estira el brazo para pasarme una gruesa manta marrón, entonces se vuelve y se da cuenta de que no estoy detrás de él.

—¿Qué haces ahí? Ven.

Intento obedecer, pero mis piernas no aciertan a moverse. Una bombillita ilumina el centro del cuarto, la luz no llega a las esquinas. No respiro, no me muevo, no hago el más mínimo ruido, como si quedándome en silencio pudiera volverme invisible. Todo ocurre dentro de mí, en un punto impreciso del cuerpo están mis gritos, escondidos ellos también en la oscuridad.

—¡Que me eches una mano, por Dios santo!

Avanzo a pasitos, el aire es cada vez más frío.

—Venga, espabila.

Cojo la manta, pero apenas alcanzo a sostenerla.

—Aquí están.

Mi padre saca las bolsas amarillas y se dirige con ellas a la puerta, y entonces veo algo que se escabulle detrás de los muebles, se tumba en el suelo y trata de agarrarme las piernas. Primero siento un escalofrío y después algo caliente que me baja hasta las rodillas.

—No me dejes solo.

Lo alcanzo corriendo, pero la manta pesa demasiado, no consigo sujetarla y se me cae.

—¡Recógela, que se mancha!

Mi padre deja las bolsas en el umbral y vuelve atrás, recoge la manta y le da unos golpes con la mano para sacudirla. Después de devolverla a su lugar, cierra el arcón y se sube a una silla para coger la lancha.

Yo lo espero bajo la única bombilla del pasillo, protegido por el cono de luz que me envuelve hasta los pies. Él se reúne conmigo con la lancha deshinchada bajo el brazo, y en ese momento se da cuenta de que tengo los pantalones mojados.

—Pero ¿qué te ha pasado? ¿Te has hecho pis?

Intento contener las lágrimas, pero no lo consigo.

—¡Ahora encima no te pongas a llorar como un idiota, por Dios!

Me mira disgustado mientras yo continúo temblando, con la espalda apoyada en la pared; después niega con la cabeza y va a cerrar el candado.

—Venga, vamos. —Me agarra del brazo después de coger las cosas de la playa—. Y deja de llorar. ¡Que dejes de llorar te he dicho!

Sube la escalera tan deprisa que no puedo seguirlo, tiene que llevarme a rastras. Justo antes del último tramo levanto la cabeza y veo al doctor Castaldo, un señor con la cara oculta bajo la barba y que vive un piso más arriba que nosotros. Hasta el año pasado vivía con su mujer y su hijo, pero se separaron, y Matteo se fue con su madre. Al menos eso fue lo que me dijeron, pero yo recuerdo la noche en que se lo comieron.

Matteo era uno de esos niños que no paran quietos, con unas ganas tremendas de sudar y de crecer. Se le daba bien todo, sabía dar cien toques seguidos al balón, patinar, y hasta sacaba buenas notas en el colegio. A veces me daba rabia, pero éramos amigos. Por las tardes jugábamos en el jardín, y algún que otro sábado mis padres me dejaban ir a dormir a su casa, y veíamos la tele a escondidas hasta las tantas. Pero, una noche, desde mi cuarto lo oí llorar a pleno pulmón. Al día siguiente, Matteo desapareció. Cuando le pregunté a mi madre por qué se habían separado sus padres, sólo me dijo que era algo que a veces les ocurría a los adultos, terminan por no llevarse bien y se separan. Al decirlo tenía un aire triste y no me miraba a la cara. «Aunque con hijos pequeños... —y añadió—: Pero tú estas cosas todavía no puedes entenderlas.» Pero lo entendí perfectamente, una vez que los padres se han comido a los hijos ya no tienen motivos para seguir juntos. Se calló a tiempo, pero era eso lo que me quería decir.

El doctor Castaldo me ve lloriquear y nos saluda algo incómodo, y entonces mi padre se transforma en otra persona. Se pone esa

máscara sonriente y tranquila de cuando hay otras personas delante, me suelta y me rodea los hombros con el brazo.

—Le da miedo la oscuridad —dice, intentando convertirlo en algo divertido—. Le pasa lo mismo cada vez que bajamos al trastero.

El doctor Castaldo asiente, se inclina ligeramente y pone una vocecita chillona, casi como si le hablara a un animalito.

—Pero ¿cómo? ¿Todavía te da miedo la oscuridad? Pero si ya eres mayor.

No soy mayor, no quiero hacerme mayor.

—Ah, los hijos... —suspira él, e intercambia con mi padre una de esas miradas de adultos para que no sepa de lo que hablan.

Después se despide, va a la escalera, y mi padre se quita la máscara.

—Menuda vergüenza me has hecho pasar —me dice en voz baja, y vuelve a agarrarme del brazo.

8

Escondo la cabeza debajo de la almohada y pido un deseo. Quisiera despertarme mañana y ver a mi padre llorando porque le han crecido dos tetas del tamaño de una sandía, tan grandes que no se puede ni abrochar la chaqueta.

Mientras tanto, de la habitación de al lado me llega su voz y la de mi madre, discuten cada vez más fuerte. Saco la cabeza de debajo de la almohada y me acerco a la puerta.

—Pero es pequeño, sólo tiene ocho años.

—No es pequeño, es idiota.

—¡Qué dices, hombre!

—La verdad. Tenemos un hijo idiota.

—¡Cómo puedes decir eso! A todos los niños les da miedo la oscuridad.

—¡Venga ya, por favor! ¿Te das cuenta de que se ha hecho pis encima?

Mi madre contesta algo en voz muy baja.

—¿Y cuándo va a crecer si tú lo tienes entre algodones?

—Claro, culpa mía tenía que ser. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Qué más tengo yo que hacer si se puede saber?

—¡No te pongas otra vez a gritar como siempre! ¡Entre los dos me estáis arruinando la vida!

—¡Grito lo que me da la gana! Aquí la que se está arruinando la vida soy yo.

—Cállate ya, no sirves ni para criar a un hijo.

—¿Qué culpa tengo yo de que no tenga hambre?

—Me trae sin cuidado que no tenga hambre. Tiene que hacer lo que nosotros digamos, y se acabó.

Se abre la puerta de su habitación.

—Mejor hubiera sido no tenerlo. Total, para lo que ha servido...

Los pasos de mi padre se alejan por el pasillo. Sólo queda la respiración ahogada de mi madre. Creo que está llorando.

Acerco una silla al armario sin hacer ruido. En el estante más alto hay un montón de cajas donde mi madre guarda cosas viejas. Nunca tira nada, siempre dice que tiene que ordenar, pero luego no lo hace nunca.

Cojo la primera que pillo, compruebo que no la haya usado ya y me bajo de la silla. Dentro hay marcos de plata. Son regalos del bautizo. Los saco, uno tiene un cartoncito amarillo debajo del cristal, en otro hay una foto de un paisaje al atardecer y, en otros, desconocidos que me sonríen con demasiado empeño.

Me meto dos dedos en la garganta y vomito la cena dentro de la caja. Después vuelvo a guardar los marcos, me subo a la silla, meto la caja en el armario y me refugio debajo de las sábanas. Me doy toda la prisa que puedo, siempre temo que llegue mi madre de repente. Tengo que tener cuidado, si se dan cuenta de que lo vomito todo, entonces ya no esperarán a que engorde y me degollarán enseguida. Tengo que tener cuidado, me repito como un mantra en la oscuridad de mi habitación.

9

La puerta del baño está abierta. Mi padre se arregla el bigote frente al espejo. Se lo recorta de un lado y de otro con la punta de las tijeritas. Los domingos siempre se pasa horas en el baño. No es capaz de desayunar sin haberse lavado y vestido antes.

Lo miro desde el pasillo, pero él no me presta atención, por un instante tengo la ilusión de ser transparente. Después se vuelve, me saluda y cierra la puerta con el pie.

En la escalera, los perros vienen a mi encuentro con la alegría de todas las mañanas. Me gustaría saber cómo lo hacen para estar siempre así de felices.

En la cocina mi madre está terminando de llenar la cafetera. La deja lista en el fuego para mi padre. Ocurre siempre así cuando se pelean, en el momento parece que ya nunca nada volverá a ser como antes, pero a la mañana siguiente es como si nada hubiera sucedido.

—Siéntate, que te caliento la leche. ¿Quieres galletas? ¿Te preparo unas tostadas con mantequilla y mermelada?

Mi madre coge el tarro de la nevera y me lo deja abierto delante, encima de la mesa.

Lleva un tiempo obsesionada con las mermeladas caseras, cada dos semanas me ofrece una distinta, pero todavía no ha dado con la buena. Mermelada de cereza, demasiado densa. De ciruela, demasiado fuerte. De naranja, demasiado amarga. De pera,

demasiado dulce. La de albaricoque no sabía a nada. Hace unos días intentó hacer una de melocotón, pero le salió demasiado líquida, le echó la culpa a los melocotones, fue a comprar otros y anoche debió de preparar otra.

—Pero come algo —dice con su tono lastimero de costumbre mientras jugueteo con las migas de las galletas.

Me tengo que comer una entera por lo menos. Y con la mermelada igual, tengo que tomarme una cucharadita, si no, no me deja levantarme de la mesa.

—¿Quieres un poco de azúcar? —me pregunta sirviéndome la leche.

Asiento, total, me lo va a poner de todas formas. Mojo una galleta en la leche hirviendo y me la bebo lo más rápido que puedo. La leche me abrasa la boca y casi no noto el sabor.

—¿Puedo levantarme?

Ella mira decepcionada el tarro de mermelada y asiente con una mueca.

—Ve a vestirte, así sacas a los perros.

Con la excusa de sacar a los perros a pasear, mi madre me manda a andar, con la esperanza de que me entre hambre. En cuanto cojo las correas, vienen hacia mí corriendo, están tan agitados que no consigo atárselas. Con *Ringo* no hace falta, pero a *Otto* es mejor llevarlo atado. Si se escapa, puede pasarse todo el día por ahí. Le encanta irse de paseo él solo, tiene un verdadero talante de perro callejero. De vez en cuando nos lo encontramos lejísimos de casa, en alguna calle del centro. Se nos acerca ladrando, feliz de vernos, pero si intentamos que suba al coche, no hay manera, se va a lo suyo y no vuelve a casa hasta que es de noche.

—Ten cuidado, no sudes que después te resfrías —me dice mi madre desde la puerta, pero enseguida me mira, arrepentida de sus

palabras—. No tardes. —Su voz se dulcifica de pronto—. Comemos a las dos.

Ringo está ya al final de la escalera. Tiro a *Otto* de la correa y cruzamos corriendo el portal. Una vez fuera del edificio recorremos unos metros hasta un pequeño descampado. Por las tardes vienen siempre los niños del barrio a jugar a la pelota, pero por las mañanas no hay nadie. *Otto* y *Ringo* no paran de correr ni un momento, y siempre que volvemos a casa están cansadísimos, como si hubiéramos ido muy lejos. Se pasan el rato persiguiendo a los pájaros que revolotean entre las ramas de los árboles. *Ringo* salta, tratando de atraparlos con la boca, y *Otto* lo sigue jadeando. Lo hacen también en nuestro jardín, muchas veces encontramos algún pajarillo muerto.

Me siento en el suelo y me pongo a mirar la calle. Bastaría salir del descampado y echar a andar, lejos. Me levanto, y los perros me siguen, haciendo de nuevo ese extraño gesto con la boca cerrada. Intentan decirme algo, pero no les hago caso, aprieto los puños y avanzo. La calle está desierta, siento en los hombros una cálida brisa. Pongo un pie en el paso de cebra, pero *Otto* y *Ringo* empiezan a ladrar. No sé si quieren retenerme o empujarme a cruzar corriendo. El semáforo cambia de color, los coches y las motos pasan como flechas delante de mí, el sol me da de lleno, y al cabo de un segundo la valentía me abandona.

Vuelvo sobre mis pasos, y los perros saltan y me rodean como si lleváramos días sin vernos. Quién sabe si me reconocerán cuando les den mis restos para que se los coman. Al menos los huesos se los darán, mis padres siempre lo hacen cuando comemos carne.

Otto y *Ringo* vuelven a perseguir a los pájaros, y yo vuelvo a sentarme a mirar a los gatos mientras destripan bolsas de basura en los bordes del descampado. Algunos días hay una peste insoportable

por las sobras de comida que se pudren al sol. Mi padre odia este sitio, y los domingos no quiere traerme aquí a jugar a la pelota como hacen los otros padres. Siempre dice que, con el paso de los años, nuestro barrio se ha echado a perder. Antes de que yo naciera, mi madre y él vivían en el centro, pero querían que yo creciera lejos de la contaminación, los coches y el barullo.

Yo sé por qué nunca juega a la pelota conmigo, ni aquí ni en ningún otro sitio. Es porque se enfada al ver que me canso después de correr dos minutos detrás del balón y porque soy incapaz de chutar a puerta como es debido. Ha intentado explicarme lo que tengo que hacer, pero mis pies hacen lo que les da la gana, no hay manera de que le golpee a la pelota de lleno, como mucho consigo darle de refilón, y sale despedida en cualquier dirección. Pero lo que más lo enfurece es que no me guste el fútbol, ni jugarlo ni verlo. Hasta el año pasado me obligaba a ver los partidos en la tele, pero me quedaba dormido a los cinco minutos y me despertaba sobresaltado si él gritaba gol o si se ponía como una fiera porque no hubiéramos marcado. Por suerte, ya no quiere tenerme cerca cuando hay partido, le ha dicho a mi madre que soy gafe.

Puede que haya encontrado la manera de hacerle llorar. La cuerda estaba en la basura, entre la hierba más alta. Está sucia y un poco deshilachada, pero parece que aún resiste. El gato es blanco con manchitas negras en las patas. Bastan unas pocas caricias para que se deje coger.

Otto y *Ringo* no se dan cuenta de nada, están demasiado ocupados persiguiendo a los pájaros, al menos hasta que los llamo. Vienen los dos a ponerme el hocico en las manos y no dejan de olisquearlas. De camino a casa el gato protesta un poco, pero no me saca las uñas.

10

Los perros dan vueltas alrededor de la mesa, hambrientos. Mi madre coloca el pollo sobre la tabla de madera, coge el cuchillo y le corta la cabeza de un golpe, con cuidado de no arrancarle el cuello. Es la parte preferida de mi padre, lo único que se permite comer con las manos porque hay poca carne y tiene que roer.

—¡Qué asco! —exclama al pasar al lado de mi madre para ir a encender el fuego donde está la cafetera.

—Pues cuando te lo comes no te da asco.

—Qué tendrá que ver —suspira él, y se vuelve hacia la ventana para no mirar.

Mi madre enjuaga el pollo en el fregadero y lo limpia por dentro y por fuera, luego lo coloca sobre la tabla, le raja la tripa y empieza a rellenarlo con una pasta hecha de huevos y verdura. Sus dedos, empapados en aceite, resbalan sobre la pechuga lisa del animal. Lo acaricia con el mismo cuidado que pone en secarme a mí la espalda cuando he sudado.

—Hala, ya está.

Introduce el pollo en el horno y va a lavarse las manos.

Los domingos sus esfuerzos por hacerme comer se convierten en una batalla. Mi madre espulga los libros de recetas, convencida de que tiene que existir a la fuerza algo que me despierte el apetito.

Mi padre se bebe el café a sorbitos.

—Me parece que voy a tener que volver a llevar el tiburón al taller. Ayer hacía un ruido raro.

De vez en cuando sorbe muy fuerte sin querer, y mi madre tiembla como si le hubiera dado un calambrazo.

—Pero ¿cuándo decidirás vender ese coche? La de dinero que te gastas en reparaciones... —suspira mientras limpia con una bayeta las salpicaduras de sangre del pollo sobre la mesa.

Mi padre se estira el bigote y hace una mueca. Por un momento parece un camello.

Mi madre escurre la bayeta en el fregadero, se seca las manos y comprueba que no se le haya aflojado el nudo del delantal.

—Me voy a comprar los pasteles —dice mi padre, que se dirige ya a la puerta, pero ella lo llama y me señala con un gesto.

—Espera, id juntos.

El tiburón está aparcado en la calle, debajo de nuestra casa. Mi padre comprueba que no haya rayones en la portezuela, la abre y se sienta al volante. El motor se enciende con el sonido profundo de un hechizo. Mientras espera a que se caliente, mi padre observa en silencio el parabrisas y acaricia el volante, por un instante parece hasta feliz. De ruido de fondo se oye el maullido del gato.

Hace casi veinte años que mi padre tiene este viejo Citroën. Se lo regaló el abuelo cuando mi padre terminó la carrera, pero aún parece nuevo. Lo lava todas las semanas, el año pasado le cambió la tapicería y lo pintó. Y cuanto más se ocupa mi padre del coche, más tirria le coge mi madre.

Cruzamos la verja, y sigue oyéndose el maullido del gato, cada vez más desesperado. Ojalá parara, yo sólo quería gastarle una broma pesada a mi padre, pero ahora tengo ganas de llorar.

He atado la cuerda al parachoques trasero. En el extremo de la cuerda, el gato. Al avanzar lo arrastramos por el cuello, se golpea y

rebota contra el asfalto, dejando pequeñas estelas de sangre.

11

Los domingos esta carretera se pone hasta arriba de gente. Las familias pasean, maravilladas por las vistas. El agua en calma del mar se confunde con el cielo, y las islas parecen flotar en el aire.

Mi padre conduce en silencio, de vez en cuando me echa una ojeada y se estira el bigote. Se muere de envidia al ver a todos esos niños ahí fuera, atiborrándose a helados, felices de hacer todo lo que les dicen sus padres.

El gato ya no mancha la calzada, le cuelgan las patas, inertes, casi parece que estuviera cómodo con esa cuerda al cuello, arrastrado por el asfalto a cincuenta por hora.

—¡Pasa ya! —Mi padre saca el brazo por la ventanilla e indica con un gesto que lo adelanten.

El coche que va detrás de nosotros lleva un rato tocando la bocina. La gente sentada en las terrazas de los bares se vuelve y ve el tiburón, después la cuerda y, unos metros detrás, el gato. Alguien se levanta y lo señala, la bocina insiste, mi padre no se entera y se mete por la primera calle que cruza. Está tan nervioso que hasta se olvida de poner el intermitente.

Paramos delante de la pastelería más grande del barrio. En el escaparate hay *cannoli*, *babà* de nata, pastelitos rellenos de todos los tipos, *teste di moro.* Mi padre no pondría un pie allí ni loco si no

fuera porque el pediatra insiste en que me den sólo la mejor calidad. Cuanto más tiempo pasamos allí, menos soporta el vocerío, los domingos está hasta arriba de gente alegre que alardea de niños rollizos, nerviosos por el olor a chocolate. Cuando se chocan contra sus piernas, mi padre tiene que hacer un esfuerzo para no apartarlos a patadas. Se afloja el cuello de la camisa y me mantiene a distancia, igual no quiere que piensen que soy su hijo.

—Hola, bonita. —La pastelera se inclina sobre el mostrador.

—Es un chico —precisa mi padre, y me apoya una mano en la cabeza, fingiendo que me acaricia—. La señorita te ha saludado.

Me quedo callado, y él me aprieta la cabeza como si quisiera triturármela.

La pastelera se disculpa y trata de remediar su error con una sonrisa mientras coloca en una bandeja los pasteles que ha elegido mi padre.

—¿Y tú cuál quieres? —me pregunta.

Ese escaparate lleno de dulces me horroriza.

—¿Y bien, jovencito? —insiste la pastelera sonriendo.

—Vamos, responde —interviene mi padre.

Señalo uno al azar.

—¿Cuál, la *deliziosa*? Está un poco dura, ¿eh?, hay muchos otros pasteles mejores, ¿estás seguro de que es el que quieres?

Detrás de nosotros cada vez hay más gente.

—¿Qué hago con esta *deliziosa*? —nos mete prisa la pastelera.

Mi padre se resigna y le indica con un gesto que sí. La chica que nos atiende envuelve los dulces en papel, y mi padre se dispone a pagar. Ya no aguanta más tiempo ahí dentro.

Lo sigo con la bandeja en la mano. Pesa un montón.

—Ponte derecho, anda bien —me dice camino del coche.

El gato está tendido en el centro de la calzada, un coche lo pilla de refilón con la rueda y lo lanza despedido contra la acera, pero mi

padre está tan irritado que se sienta al volante y no se da cuenta de nada.

Tras franquear nuestra verja se vuelve para maniobrar y se queda un momento con el brazo apoyado alrededor del reposacabezas. Observa esa masa sin forma atada al parachoques, entonces suelta el freno, el coche avanza un metro más, y el gato nos sigue. Mi padre apaga el motor y me dice que lo espere.

Si hay algo que le da asco son los animales muertos. Cada vez que ve uno en la calle se pone malo. Vuelve atrás muy colorado y nervioso, apenas consigue hablar.

—Lleva los pasteles a casa. Yo aparco y voy enseguida.

Entro en el edificio, subo el primer tramo de escalera y me asomo a la ventana.

Mi padre ha desatado la cuerda del parachoques y arrastra al gato, intentando no mirarlo. Ya casi está en la puerta cuando entran el abogado Monda y su mujer.

Su casa es idéntica a la nuestra, la otra mitad exacta del edificio, una reja cubierta de hiedra separa nuestros jardines iguales. La mujer es una señora menuda que siempre parece vestir la misma blusa, la misma falda y los mismos zapatos. Él tiene cara de serpiente, es bajo, con huesos anchos recubiertos por demasiada carne.

Mi padre alarga los hombros como si quisiera ocupar más espacio. Los vecinos van a su encuentro y lo saludan. Él les devuelve el saludo como si nada, pero en ese momento la señora Monda ve el gato muerto y suelta un gritito. Mi padre procura disculparse, querría explicarle lo que ha sucedido, sin embargo ella se va sin escucharlo. El abogado y él se quedan solos, contemplándose perplejos; desde donde estoy no alcanzo a oír lo que se dicen, pero la cara de mi padre parece más vieja a causa de la vergüenza.

12

—¡No digas tonterías! —protesta mi madre—. Es muy buena persona.

—¡Qué va a ser buena persona! ¡Por favor! En esta maldita ciudad ya no hay más que abogados, es la ciudad de los abogados, todos los listos del mundo se vienen aquí a ejercer de abogados.

—Cálmate, hombre.

—Justo en ese momento tenían que llegar, él y la imbécil de su mujer.

—Pero ¡qué cosas tienes!

—¡Yo sé lo que me digo, a ver si te enteras! El muy subnormal hasta se ha hecho el gracioso. —Mi padre recupera el aliento—. Me ha dicho: «Amigo mío, ¿qué hace con ese gato? ¿Los domingos no son mejor los pasteles?».

—Pues ha hecho una broma, sin más. ¿Qué se supone que tenía que decir?

Mi padre se mira las manos y se las restriega en los pantalones.

—Qué asco. Tendrías que haber visto cómo estaba el animal, ni un gato parecía ya.

Mi madre lo mira disgustada.

—Que vamos a comer...

—¡Precisamente! —Se le ensombrece el semblante—. Me gustaría saber quién ha sido.

—Quién quieres que haya sido —dice ella escurriendo la pasta, pero no se sabe si es una pregunta o si no ha terminado la frase—. Vamos, sentaos, ya está lista la comida.

Mi padre dice que se le ha quitado el hambre, y a mí se me escapa una sonrisa.

—No empieces ahora tú también —suspira mi madre.

Él se vuelve, y yo me pongo otra vez serio enseguida.

—¿Cómo es que tienes las manos tan sucias? —me dice—. Corre a lavártelas.

En efecto, tengo las uñas sucias.

—Ven aquí —dice mi madre, y abre el grifo del fregadero y coge el jabón de los platos.

—¡En el cuarto de baño! —Mi padre señala la puerta con el dedo —. ¡Como las personas civilizadas!

Cuando vuelvo a la mesa, ya han empezado a comer. El olor de los macarrones es sofocante, pero me los como igual. Luego vomitaré debajo de la cama, en el cuarto de baño o en el jardín, pero ahora es mejor que no proteste, los ojos de mi padre son dos pedazos de hielo, parece que nada le haría más feliz que oírme decir que no tengo hambre.

Mastico, intentando retardar lo más posible el siguiente bocado, hasta que el queso se vuelve pegamento, y tiro de una madeja de macarrones. Sacudo el tenedor y, al hacerlo, un poco de salsa salpica en el mantel. Lo intento con los dedos, ya casi he conseguido despegar un macarrón cuando mi padre pega un puñetazo en la mesa.

—No sé qué es lo que hemos hecho mal.

—No te pongas así que lo asustas.

Mi padre se estira el bigote.

—¡Cómo que lo asusto! Éste nos está tomando el pelo, te lo digo yo. No sabes qué vergüenza me ha hecho pasar. —Recuerda de repente—. La pastelera haciéndole preguntas, y él, como de costumbre, sin abrir la boca. ¿Qué pensará la gente, que es retrasado?

Mi madre le hace callar agitando la mano, como si ahuyentara una mosca, y se levanta a sacar el pollo del horno.

Lo trincha lejos de la vista de mi padre y lo lleva a la mesa. Me veo en esa misma fuente, dividido en muchas pequeñas partes irreconocibles, con la piel de ese mismo color dorado.

El resto del almuerzo lo pasamos cada uno con los ojos fijos en su plato, hasta que mi madre va a buscar los pasteles.

—¿Y esta *deliziosa*? —pregunta, volviéndose hacia mi padre algo perpleja.

—Pregúntale a tu hijo, la ha querido él.

—También es hijo tuyo.

Mi padre asiente desconsolado, ella se vuelve, con una mirada boba como de vaca, y me pone el pastel delante.

Lo cojo, lamo un poco el relleno y lo dejo otra vez en el plato.

—Ahora te lo comes. Lo has querido comprar, pues te lo comes —me dice mi padre.

Miro a mi madre, pero él llama mi atención dando palmadas.

—¡Venga, que te lo comas!

Intento decir que no lo quiero, pero no me sale la voz.

Ellos intercambian una de esas miradas de adultos, y mi madre me acaricia el brazo.

—Obedece a tu padre. Vamos.

Sus grandes ojos rebosan miedo.

—¡Que comas, maldita sea! ¡Te he dicho que comas! —estalla mi padre.

Los perros vuelven a hacer ese gesto extraño, pretenden decirme algo.

Mi padre coge la *deliziosa* y me la mete en la boca a la fuerza. El pastel se desmigaja contra mis labios; él recoge los trozos que caen sobre la mesa y con los dedos me los mete entre los dientes. Tiene los ojos desorbitados. Mi madre le pide por favor que se calme, pero él no le hace caso y sigue hasta que se me obstruye la garganta. No puedo respirar, me da un golpe de tos y se lo escupo todo en la camisa.

De repente, silencio. El miedo me atenaza.

—¡En mala hora te traje al mundo! —grita mi padre, se levanta de golpe y se va al piso de arriba.

Lo oigo entrar y salir de su habitación un par de veces, como si no supiera adónde ir.

—Come, que si no hoy la tenemos —dice mi madre, y el miedo no se me va.

Me trago medio pastel y apoyo los codos sobre la mesa, agotado. Me suenan un montón las tripas.

Ella entonces se compadece de mí, con un gesto rápido coge el plato, lo vacía en el cubo de la basura y me lo pone de nuevo delante.

Cuando baja otra vez, mi padre lleva una camisa limpia. Se queda parado en el umbral y me mira. No sé qué querrá ahora. ¿Por qué pone esa cara? Me vuelvo y veo que mi madre me indica con un gesto que levante los hombros. Otra vez se me ha metido el pelo en el plato. Me pongo derecho, pero ya es tarde.

Mi padre va hasta un cajón, lo abre y viene hacia mí con unas tijeras.

—Se acabó —repite cada vez más alto—. ¡Se acabó!

Me refugio debajo de la mesa y huyo a cuatro patas. Mi padre me ordena que me quede donde estoy y, en cuanto aparezco por el

otro lado, me agarra de los brazos. Le respondo con patadas, consigo zafarme, me subo a una silla y salto sobre la mesa.

—¡Baja inmediatamente! —chillan los dos mientras pisoteo los platos, que se rompen bajo mi peso, y tiro al suelo los vasos, los cubiertos y la bandeja con los pasteles.

Me agarran casi enseguida, y mi padre me lleva a rastras al cuarto de baño, con mi madre detrás suplicándole que no haga tonterías. Soy un trozo de madera atravesado por venenosas sacudidas.

Mi madre me mira asustada, él me quita la camiseta y me mete a la fuerza en la bañera para no manchar el suelo de sangre. Cierro los ojos y me protejo la cabeza. El agua caliente me golpea los brazos, abro un poco los ojos y veo la alcachofa de la ducha, que brilla en la mano de mi padre. El cuarto de baño se llena de vaho, los cristales de las ventanas y el espejo se empañan, el pelo empapado me tapa la cara. Mi padre cierra el grifo y coge las tijeras. Me las acerca a la garganta.

Intento escapar, pero él vuelve a arrojarme dentro de la bañera. Pierdo el equilibrio por el empujón y me agarro al estante de cristal para la esponja y el jabón, pero aun así me caigo. El estante salta por los aires y se hace añicos.

—¡Mira lo que has hecho! ¡Que te estés quieto!

Él me da un bofetón, y mi madre ahoga un grito.

Me sacan y me sientan en el váter. Mi madre recoge los cristales y los mira como si aún pudiera hacer algo para recomponerlos.

Mi padre coge una toalla y me restriega con fuerza el pelo. No veo nada, me agito tanto que al final se rinde y tira la toalla al suelo.

Los dientes del peine me arañan la frente y arrancan a su paso todos los nudos.

—Me haces daño.

—¡Quieto!

Su voz me paraliza y, cuando vuelve a coger las tijeras, las noto ya en el cuello. Cierro los ojos, las hojas repiquetean detrás de mi cabeza, el pelo sale despedido y se me pega en los brazos y en las piernas.

—A ver si así te vuelven a confundir con una niña —dice mi padre, arroja las tijeras al lavabo y sale del cuarto de baño.

El aire caliente del secador emite un ruido ensordecedor. Me miro al espejo mientras se va desempañando. Con el pelo tan corto parezco una calavera. Mi madre me viste y me coge de la mano.

—Vamos a tu cuarto, que tenemos que hacer las maletas.

En el pasillo los perros vienen hacia nosotros, pero a dos pasos de mí se paran, describiendo círculos con el hocico, como si no me reconocieran ahora que ya no llevo el pelo largo.

Mañana nos vamos. El pediatra dice que tengo que respirar el aire del mar, pero no ha prometido nada. No es cuestión de tratamientos, ha dicho, aquí lo que ocurre es que este niño no quiere crecer.

Verano

1

En el ferri nos pasamos todo el trayecto en la cubierta, asomados a la borda. El motor deja una estela de espuma blanca en el agua. Desde ayer mi madre tiene la cara llena de arrugas, como un escarabajo. Cuando vino a mi cama a darme las buenas noches me arropó con la sábana, pero un momento después me desarropó. «Vamos a intentar esto también», suspiró, y por primera vez salió de la habitación sin siquiera hacerme una caricia.

El barco gira para maniobrar en el puerto, y aparece la hilera de casitas de colores de siempre, delante del muelle de atraque. Subimos la escalera de hierro que conduce a la salida. Me cargo el bolsón al hombro, pero pesa demasiado. Estoy a punto de caerme, me quito la bandolera y lo arrastro.

—¿Qué haces? —me pregunta mi madre, volviéndose al oír el ruido del bolsón rebotando sobre los escalones—. ¡Levántalo que se estropea!

—No puedo con él —respondo, pero ella sigue bajando.

La parada de taxis está al otro lado de la calle. En la isla, a los taxis los llaman mototaxis, son Ape con asientos montados en la parte de atrás, unos cómicos trastos que suben con dificultad las cuestas y avanzan despacio, torpemente, zumbando como abejas de verdad.

Estoy deseando sentarme y dejar el bolsón. Cuando me dispongo a cruzar la calle, mi madre sugiere ir a casa andando «ya que hace

tan bueno».

—Pero ¡está lejos!

—Vamos, no protestes tanto —me dice, y echa a andar.

La bandolera se me resbala todo el rato, y el bolsón se vuelve más pesado cada vez que lo levanto. Me da a mí que mi madre ya tenía pensada esta caminata desde ayer y, por eso, en el momento de hacer el equipaje, con la excusa de que cabían más cosas, insistió tanto en que me llevara el viejo bolsón y no la maleta con ruedas que me regaló la abuela Giulia por Navidad.

Mientras me esfuerzo por seguirla me doy cuenta de que nos encontramos en una calle en la que nunca he estado. Los edificios son feos y viejos, hay ropa tendida en todas las ventanas, coches cubiertos de polvo con los neumáticos desinflados, tiendas con los rótulos medio rotos y bancos de hierro despintados. La gente está en la calle, sentada en una silla esperando a que refresque un poco, intimidada por el calor, que ya anuncia que el verano será abrasador. Las malas hierbas han abierto grietas en las aceras y asoman por las paredes, enmarañadas como serpientes.

—Espera, que estoy cansado. —Me paro en mitad de una cuesta que me está reventando las piernas.

—¡Claro, si es que no comes nada! —dice mi madre.

A ella también se la ve trastornada, tiene una mancha de sudor en la espalda que le llega hasta el trasero, está despeinada y se le ha corrido el maquillaje de los ojos. Parece un payaso.

Reconozco nuestra calle por los cafés elegantes con camareros de uniforme y esas tiendas de ropa donde mi madre se queja de los precios y sobre todo de que nunca hay nada de su talla.

—¿Tienes hambre? —me pregunta al entrar en casa.

—No mucha.

Suelto el bolsón y me desplomo sobre el sofá mientras ella va a abrir las ventanas para que se vaya el olor a humedad que nos recibe cada año.

—Mejor —responde sin enfadarse—, total, no hay nada de comer. Mejor subimos a deshacer el equipaje.

Estoy sin fuerzas, así que me hago el sordo.

—¿Has oído lo que te he dicho? —me espabila, dando palmas—. ¡Vamos, arriba, obedece!

2

A la mañana siguiente nos levantamos temprano, vamos a la playa y nos quedamos allí hasta pasadas las cinco de la tarde.

En cuanto nos quitamos la ropa y la metemos entre los radios de la sombrilla, mi madre me lleva a bañarme. Me agarro a la tumbona y clavo los pies en la arena, pero ella me arrastra hasta la orilla y de allí al agua, hasta que ya no hago pie y no tengo más remedio que ponerme a nadar.

Mis brazos resbalan en el agua, avanzo despacio casi sin moverme mientras ella flota a mi alrededor como una boa, metida en el agua hasta el cuello, sin mojarse la cabeza.

Después de pasar una hora moviendo los brazos de una roca a otra, le enseño que tengo los dedos blancos y arrugados como pasas, y por fin decide que es suficiente.

Me tumbo en la hamaca, debajo de la sombrilla, envuelto en la toalla.

—Hace sol, no necesitas la toalla. —Me la quita—. Ven, vamos a dar un paseo.

Me echo para atrás, sin fuerzas, pero ella me levanta tirándome bruscamente del brazo.

—¡Arriba, que te va a venir bien andar!

Mi madre hunde los tobillos en la arena de la orilla. El sol me da de lleno en el cuello y me abrasa la cabeza, ahora con el pelo corto. De lejos reconozco la silueta inconfundible del hombre de las rosquillas, que viene hacia nosotros, un hombre rubio y musculoso, con una camiseta azulona y una caja de cartón rectangular sobre los hombros llena hasta arriba de rosquillas y de bollos de crema.

—¿Cuál quieres? —me pregunta mi madre.

No contesto, y ella le dice al hombre que le dé un bollo.

—Mira qué bueno —dice, y coge un trozo, me lo pone delante e insiste hasta que lo cojo.

En cuanto me lo trago, coge otro trozo y vuelve a empezar. Me obliga a comerme así la mitad del bollo, y la otra mitad se la come ella.

Cuando volvemos a la sombrilla, es hora de almorzar. Intento protestar, diciéndole que se me ha quitado el hambre, pero mi madre saca los bocadillos y me dice que no empiece otra vez como siempre.

Ha preparado uno de atún y mayonesa y otro de tortilla. No sé cuál elegir, y al final decide ella por mí. La mayonesa me cubre la lengua y me infecta la boca. Empapado en esa asquerosidad amarilla, el pan se reblandece también y resbala por mi garganta como un supositorio.

El mar es un buen sitio para vomitar. Detrás de las lanchas de salvamento ancladas a unos metros de la orilla no me ve nadie, y la corriente se lo lleva todo. El sombrero de paja de mi madre asoma entre las filas de sombrillas cerradas. Me agarro al cable del ancla, me introduzco dos dedos en la garganta y me froto las amígdalas. El estómago me da un vuelco y expulsa el medio bollo y el bocadillo, que en mi tripa se han transformado en una única papilla marrón. Meto la cabeza debajo del agua para limpiarme la boca y, cuando asomo al otro lado de la lancha, veo a mi madre de pie en la orilla.

En cuanto me pongo a nadar otra vez, vuelve sobre sus pasos y se tumba de nuevo en esa hamaca en la que apenas cabe.

Nada más llegar a casa, una ducha y a vestirse para salir a dar otro paseo. Ya no puedo más, tengo las piernas como piedras. Intento rebelarme, pero no hay manera, debo cansarme y respirar el aire del mar, este viento que llena de herrumbre las cerraduras y hace crujir los marcos de puertas y ventanas.

Recorremos la calle principal un par de veces de un extremo a otro, y al atardecer entramos en el bar de la plaza. Mi madre me pregunta qué quiero tomar mientras observa la cámara frigorífica.

—¿Te apetece un helado?

Le contesto que no, pero me compra un cucurucho con tres sabores. Y pide que le pongan también nata. Es tan grande que me cuesta sostenerlo, las bolas de colores rebosan por los bordes, parecen a punto de caerse. La de *stracciatella* es la primera que se derrite y me gotea en los dedos. Mi madre no me quita ojo, la mano se me está manchando también de chocolate y de pistacho. Los goterones se me espachurran en las piernas, me resbalan por los tobillos y dejan pequeñas manchitas oscuras en las baldosas.

—Así no consigo comérmelo. ¿Lo puedo tirar?

Mi madre me mira abatida pero no se desanima, llama a un camarero, le pide una copa, pone dentro el helado y lo deja en el centro de la mesa. Lo contemplamos los dos en silencio como si fuera un juego, a ver quién lo coge primero.

El cielo se está llenando de nubes, lleva unos días así, llueve, escampa y vuelve a llover. El tiempo nunca está estable.

—Mira que de aquí no nos vamos hasta que te termines el helado.

Qué más me da, si, total, lo voy a vomitar. Trago unas cuantas cucharadas de esa porquería y dejo la copa medio vacía sobre la

mesa.

—¡Entero! —insiste mi madre.

3

La plaza rodeada de árboles está sumida en la oscuridad. Justo cuando vamos a desembocar en la calle principal, un relámpago parte el cielo en dos.

Giro la palma de la mano y le digo a mi madre que está lloviendo, pero ella sigue andando.

—Son sólo cuatro gotas.

Un momento después se pone a llover a mares. La gente se refugia en la entrada de los cafés, y los camareros se apresuran para cerrar las sombrillas, que intentan echar a volar a causa del viento. Mientras miramos a nuestro alrededor en busca de un sitio cubierto, oímos la voz de Maria. Nos llama desde la acera de enfrente y nos hace señas para que nos refugiemos en su tienda. Mi madre me coge de la mano y cruzamos corriendo el muro de agua que nos separa.

Maria es la dueña de la frutería en la que siempre compramos. En junio ya tiene la piel quemada por el sol, pero no sé dónde lo toma, porque se pasa el día encerrada en la tienda. También su voz parece quemada por el sol cuando despotrica de la lluvia, que le echa a perder la mercancía expuesta en la calle.

Mi madre le da las gracias, ella le indica con un gesto que no es nada y sale corriendo a entrar las últimas cajas de fruta. Me quedo pasmado mirándole los dedos de los pies, embutidos en unas

sandalias de plástico, esas uñas oscuras y puntiagudas de pichón, hasta que oigo que alguien sorbe con fuerza detrás de mí.

Lucio, el hijo de Maria, está sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Acaba de darle un mordisco a un tomate crudo, y ahora se zampa lo que queda; luego desgaja un plátano de un racimo, lo pela y se lo come en tres bocados.

—¡La fruta es para los clientes! —vocifera Maria.

—Pobre Lucio —dice mi madre—. Tendrá hambre a estas horas.

—¡Qué hambre ni qué ocho cuartos! Pero ¡si se tira todo el día comiendo!

Lucifer, como lo llaman en la isla, se pasa la mano por la maraña de cabello negro y espera a que su madre se dé la vuelta para abrir una bolsa de pipas de calabaza. Se mete tantas en la boca de una sola vez que le cuesta masticarlas.

Maria siempre se lo lleva consigo a la tienda para no dejarlo solo en casa. Cuando Lucifer tenía tres años, un día se lo encontró riendo ante la cocina en llamas. Estaba jugando a prender fuego a las páginas de un periódico, las acercaba al fogón encendido y las lanzaba al aire antes de que se apagaran. Maria nos contó que la emprendió a correazos con él hasta hacerle sangre, «pero siguió prendiéndole fuego a todo, hasta a las gallinas que teníamos en el jardín».

Lucifer y yo tenemos la misma edad, pero él abulta el doble que yo. Ya debe de faltar poco para que se lo coma su madre, dentro de nada se hará mayor y su carne ya no estará tan tierna.

Me asomo a la puerta de cristal. Las aceras están cubiertas por una masa de agujas de pino y agua sucia que se desborda a chorros de las alcantarillas. Mi madre se acerca, me acaricia la cabeza y de pronto oímos a Maria gritar furiosa.

—¡Te voy a dar! —Se abalanza sobre su hijo y le da un bofetón —. ¡A ver si así aprendes a estarte quieto!

Lucifer se pone en pie de un salto, sin rechistar, le da un empujón a su madre y sale corriendo de la tienda.

El suelo está lleno de cáscaras, troncos y cortezas. Maria coge una escoba y grita:

—¡Este chico es un demonio! ¡Un auténtico demonio, en cuanto vuelva lo mato!

Conozco esa expresión, mi madre no da crédito a que Maria tenga que pegar a su hijo por comer demasiado. Aunque sonría, en realidad está que revienta de envidia. Se queda mirando la calle, embelesada, como si Lucifer hubiera dejado miguitas luminosas que seguir en la oscuridad.

4

Las mesas están colocadas bajo un emparrado. Es una noche cálida. Un viejo, inclinado sobre el plato, arranca la pata de un cangrejo, la parte con las tenazas y se pone a chuparla. Tiene una tripa enorme y le sobresale por encima de los pantalones. Quién sabe cuántos cangrejos harán falta para llenar esa panza.

En la mesa de al lado una pareja come en silencio. Cortan el pescado, quitando con cuidado la piel, sacan la raspa y la dejan en un plato aparte junto con la cabeza. Nunca he entendido por qué a los adultos les gusta tanto el pescado. Yo lo odio, con todas esas espinas que se me clavan en la garganta. Quizá lo que les divierta sea tenerlo entero delante y desmembrarlo con los cubiertos.

Más apartada hay una familia de cinco miembros con una montaña de mejillones en una bandeja. Los niños están enredando de lo lindo, arrancan el bicho con las uñas y se divierten lanzando las conchas para encestarlas en un recipiente colocado en el centro de la mesa.

Mi madre me mira con tristeza y acelera el paso. En el cielo no se ve ni una estrella. Quizá llueva otra vez mañana, al menos eso espero yo, así no iremos a la playa, y, para variar, podré quedarme en casa sin hacer nada.

Me desplomo vestido en la cama, sin descalzarme siquiera.

Mi madre está abajo, la oigo trajinar con la nevera hasta que suena el teléfono.

—¿Qué tal?

Debe de ser mi padre, siempre llama a estas horas.

—Sí, aquí también ha llovido. Este año está haciendo un tiempo de locos.

La voz de mi madre suena chillona, parece una de esas pelotitas de goma para perros que sueltan un pitido agudo cuando las aprietas. Según ella, el tiempo es algo defectuoso que nunca funciona como debería.

—¡Pues claro que vamos a la playa! ¿Qué te crees que hacemos todo el día?

Me arrastro fuera de la cama y me acurruco en los primeros peldaños de la escalera para espiarla.

—¡Qué va! —sigue hablando mientras coge los platos y los pone en la mesa—. ¡Recorremos kilómetros todos los días! ¡Yo he adelgazado tres kilos, y él sigue sin comer nada!

Remueve la salsa en la sartén, la prueba y baja el fuego.

—Pero mañana lo llevo a la carrera de sacos en la pineda.

Un momento de silencio, y hace un gesto de exasperación.

—¡Y qué más da que llegue el último! —Mi madre se muerde los padrastros del pulgar—. ¿No hemos quedado en que tiene que cansarse? ¡Pues para eso la carrera de sacos será perfecta!

Mi padre no soporta que yo pierda. El año pasado fuimos de vacaciones a la nieve «por primera y última vez», como él dijo. Al final de la semana participé en la carrera como todos los de mi clase, pero fue un desastre. Sólo conseguí recorrer unos metros en cuña, después de dos curvas ya no podía más de tener las piernas torcidas, los esquís se enderezaron solos, cogí velocidad y de repente despegué del suelo volando como una bolsa vacía empujada por el viento. No me hice daño, pero se levantó una nube de nieve que me sepultó por completo. Estaba tan cansado que sólo tenía

ganas de quedarme ahí tumbado, y entonces por el altavoz se oyó una voz que debió de helarle la sangre a mi padre: «¡Ayudad a esa niña que se ha caído!». Un par de personas corrieron a echarme una mano, me quitaron los esquís y me acompañaron a pie hasta la línea de meta. Mi padre estaba furioso, no quiso esperar ni a que terminara la carrera. Nos subimos enseguida en el coche, mi madre no dejaba de preguntarme si me dolía algo, y él, mientras, callado, mudo. Cuando llegamos al pueblo, se paró de pronto y me arrastró a una peluquería. «Bien corto», dijo, y se sentó a esperar hasta que me raparon casi al cero.

5

El sendero de la pineda está cubierto de agujas de pino, es como andar sobre arena. No veo a nadie. ¿Adónde me lleva? ¿Por qué no se oyen las voces de los otros niños? En el silencio retumba el canto de las cigarras, suena como centenares de cadenas que se salieran de los engranajes de las bicicletas. El sol, brillando sobre nuestras cabezas, aprovecha cualquier rendija entre las ramas para abrasarnos la cara.

Al doblar una curva veo a los otros niños. Llevan los sacos en la mano, ya se han puesto los dorsales con el número. Ríen y juegan mientras esperan a que empiece la carrera. Me pongo malo cuando hay muchos niños juntos, felices de estar con sus padres, como si estuvieran impacientes porque se los comieran.

Mi madre se presenta en la mesa de los organizadores y le entregan el saco. El tío de la mesa me observa. Está a punto de decir algo, pero ella no le deja hablar, le da la espalda y se aleja, llevándome a rastras.

—¡Vamos, salta a ver!

Miro el interior del saco y me siento perdido, es estrecho, tengo que saltar con las piernas casi juntas. Nunca lo conseguiré.

—Venga.

Me meto en el saco, subo el borde y doy un saltito.

—Otro más.

Doblo las rodillas, doy otro salto más largo, y otro, y miro a mi madre para ver si es suficiente.

—¡Vamos! —me anima, dando palmas.

Agarro con fuerza el borde del saco y vuelvo a empezar. Los otros padres nos observan con curiosidad, mi madre no les hace caso y avanza a mi lado con el paso de un perro guardián. Damos una vuelta al terreno, siento que me queman las piernas, ella me acaricia el cabello, ya empapado en sudor, y sonríe mientras alguien nos avisa de que va a empezar la carrera.

Rojos de emoción, los otros niños están con las rodillas dobladas, preparados para lanzarse. El organizador se lleva el silbato a la boca, levanta un brazo y sopla a pleno pulmón. Alentados por los padres, los niños avanzan como muelles, y yo me quedo solo en la línea de salida hasta que oigo a mi madre chillar más fuerte que nadie.

—¡Salta!

Los demás están ya lejos, es imposible alcanzarlos, pero mi madre no deja de animarme.

Tomo impulso y salto lo más alto que puedo. Intento no irme hacia un lado, pero sólo se mueve mi cabeza, y mis piernas se quedan atrás, sin fuerzas, y caigo de bruces en el suelo.

Mi madre se precipita hacia mí, tengo la frente desollada y llena de sangre.

—¡Dios mío, qué te has hecho!

Me coge en brazos desesperada y corre a meterme la cabeza debajo de una fuente hasta que poco a poco deja de manar sangre.

Los otros niños ya están en la línea de meta. Se abrazan a sus padres y se ríen con ellos, como si hubieran ganado todos.

Sentados en un banco, los observamos aturdidos mientras el chichón de la frente me crece por momentos. Poco antes de la entrega de premios nos encaminamos a la salida por el mismo

sendero que recorrimos al llegar, que sigue inmerso en ese extraño silencio quebrado sólo por el furioso canto de las cigarras.

Mi madre se para y me acaricia el cabello.

—No se lo contaremos a papá. —Acerca la boca a mi oído, como para evitar que pueda oírnos alguien—. Le diremos que al final no vinimos.

6

Mi madre me ha tenido encerrado en casa una semana. En cuanto salía al jardín, me decía que no me pusiera al sol, «¡que si no, te quedará marca!».

Hace sólo unos días que hemos vuelto a ir a la playa, pero tengo que llevar sombrero incluso para bañarme en el mar, al menos hasta que se me quiten del todo los raspones de la frente.

Nos instalamos donde siempre. En la orilla hay niños jugando a la pelota, a las palas y a perseguirse en el agua.

—¿Por qué no vas con ellos? ¿No te apetece jugar un rato?

—No los conozco —respondo, y mi madre vuelve a concentrarse en su revista, resignada.

Hasta ayer pegaba la hebra con cualquier madre que se le pusiera a tiro, desde las que estaban en las sombrillas de al lado hasta las que se bañaban cerca de nosotros. Invitó a sus hijos a helados, refrescos y granizados, pero, no importa el tiempo que pasé con otros niños, al día siguiente ni siquiera nos saludamos.

Antes de volver a casa pasamos por la frutería.

—Mira qué melocotones más hermosos. ¿Te pongo unos pocos?

Mi madre asiente, aturdida, y Maria aprovecha para vendernos un montón de cosas más.

Salimos de la tienda con tres bolsas llenas hasta arriba, pero al cabo de unos pasos mi madre se para y las deja en el suelo. Por un momento pienso que le pesan demasiado, pero no se trata de eso.

—No entiendo por qué me tutea siempre. ¿Por qué se permite esas confianzas?

En sus ojos hay algo que recuerda al mal tiempo, esa oscuridad en pleno día que siempre me ha dado miedo.

—Espérame aquí, vuelvo enseguida.

Mi madre aparta la cortinilla de tiras de plástico y vuelve a entrar en la tienda.

Me acerco a la puerta y entreveo a Maria, que se le acerca.

—¿Se te ha olvidado algo?

Supongo que ahora mi madre se enfadará, pero se van al fondo de la frutería. Hablan en voz baja, no alcanzo a oír lo que dicen, sólo veo a mi madre, que al final se saca la cartera del bolso, coge todo lo que hay dentro y lo pone sobre la mesa. Maria se queda mirando el dinero unos segundos y luego se lo guarda en el bolsillo.

—Mañana no vamos a la playa, tengo que hacer unos recados —me dice mi madre mientras trata de colocar en la nevera toda esa infinidad de fruta y verdura.

En un principio parece una buena noticia. Estoy harto de la playa, el sol me quema sin ponerme moreno, soy un esqueleto cubierto de piel rosa.

—Le he pedido a Maria que cuide de ti en la frutería.

—¿Por qué no puedo ir contigo?

—Ya te lo he dicho, tengo cosas que hacer —contesta de manera tajante.

—Pero ¡yo no quiero quedarme en la frutería!

—¿Cómo que no? Está Lucio, ya verás como te lo pasas bien con él. Siempre dices que no juegas con los otros niños porque no los

conoces, pero a Lucio sí lo conoces.

Sigo protestando, pero ella no quiere saber nada.

—Ya basta. Deja de quejarte. Mañana te quedas allí, y no se hable más. Y hazme el favor de portarte bien. O, si no, te vas a enterar.

7

Lucifer está sentado en el suelo de la trastienda, preparando un cestito de higos. Los coge de una bolsa que tiene apoyada en las piernas y los coloca en fila mientras se va comiendo algunos.

Me siento delante de él. Nos quedamos callados hasta que saca un higo completamente negro.

—¿Quieres?

Digo que no con la cabeza, y se lo come él.

—¡No tienes ni idea! Cuanto más feos, más ricos están. —Hace una mueca y sigue llenando el cestito.

En cuanto coge un higo verde, sin un solo defecto, lo mira satisfecho y lo agita delante de mí. Le repito que no lo quiero, pero él se enfada y me lo lanza. Después se levanta de un salto, resoplando, toma la cesta y se va. Me quedo esperándolo, pero no vuelve. Al cabo de un rato me levanto, voy hacia la puerta y lo veo gesticular mientras habla muy rápido con su madre.

—¡Me aburro con él!

Maria lo coge de la manga y le dice algo al oído.

No alcanzo a oírlo, pero Lucifer parece cabreado y sigue con la mirada gacha. Me escondo detrás de la puerta, pero Maria me ve.

—¿Y tú qué haces ahí? Hala, salid a dar un paseo, que aquí no hacéis más que estorbar. —Nos empuja fuera y nos dice que volvamos a la hora de cerrar.

Lucifer asiente desconsolado, coge un melocotón de una caja junto a la puerta y sale de la tienda.

En la calle, Lucifer les tira del rabo a los perros que pasan por su lado, escupe en los cristales de los coches aparcados y la emprende a patadas con los cierres metálicos de las tiendas. Yo lo sigo, a unos pasos de distancia, hasta que se saca el melocotón del bolsillo y se vuelve hacia mí.

—¿Lo quieres? Está bueno. —Lo parte en dos y me ofrece una mitad.

Le digo que no, pero él sigue mirándome con el brazo extendido.

Nos quedamos quietos, uno delante del otro.

—¿Por qué no comes? —me pregunta mordiendo el melocotón.

Me encojo de hombros, y él no insiste, salta un parapeto y baja por una pendiente rocosa que lleva a una pequeña playa con algunas barcas fondeadas.

—¿Adónde vas? ¡Es peligroso!

—Por aquí se ataja —responde, saltando de roca en roca.

Bajo de culo, agarrado a las rocas, que me arañan, y poco a poco consigo llegar casi hasta abajo. Me falta sólo un último salto, pero tengo miedo, me quedo aferrado a una roca que sobresale. Lucifer me coge de los tobillos y tira de mí con un gesto brusco. Un golpe seco y estoy en el suelo.

Espero a que se me calme el corazón. Tengo las rodillas raspadas y me arde la cara. Lucifer se quita los zapatos y la camiseta, y corre a zambullirse en el mar.

—¡Venga, ven a bañarte! —me llama con voz perentoria.

En la orilla, una ola me rodea los pies, y se me eriza el vello de los brazos. El agua se retrae, llevándose consigo mis escalofríos, que un instante después vuelven con más fuerza. No consigo moverme ni hacia delante ni hacia atrás.

—¡Métete ya! —grita Lucifer, y me agarra de un brazo.

Yo intento resistirme, pero es inútil. Me mete en el agua de un tirón.

—Bueno, ¿qué?, ¿por qué no comes?

—No quiero crecer —contesto casi sin darme cuenta, y él se me queda mirando con la misma cara de estupefacción que pondrá cuando su madre le rebane la garganta con un cuchillo.

8

—¿Por qué no quieres crecer?

Vuelvo a encogerme de hombros, pero esta vez Lucifer no se contenta.

—Aun así, tienes que comer.

—¿Por qué?

—Porque ha dicho mi madre que tenemos que estar juntos hasta que comas.

Pongo mala cara, pero la suya es peor.

—¡Oye, que yo tampoco quiero que estés conmigo! —se defiende, y me clava las uñas en las mejillas—. ¡Tienes que comer! ¿Te enteras?

Antes de que me dé tiempo a abrir la boca, me pega un rodillazo en la tripa. Me agacho, sin respiración, mientras él sigue repitiendo que tengo que comer, pero su voz ahora me parece muy lejana. El dolor es un grito en el cuerpo que acalla todo lo demás.

—Vale, voy a comer. ¡Te lo juro, voy a comer!

—¡Ahora!

Me levanta tirándome del pelo y me arrastra por la callejuela hasta un pequeño huerto del que arranca un racimo de uvas aún verdes y me lo planta en la cara.

—¡Venga! ¡Come!

Me meto en la boca todos los granos que puedo, pero están demasiado amargos.

—¡Traga! —me ordena cuando estoy a punto de escupir.

No soy capaz de decirle que no, tengo que tragar y ya está.

Las cigarras se ponen a cantar todas a la vez. Lucifer me mira satisfecho y echa a andar. Quiero llorar, pero las lágrimas están bloqueadas en alguna parte.

Me quedo quieto hasta que casi ha doblado la esquina. Después, no sé por qué, me levanto con dificultad y echo a correr tras él.

La frutería está llena de gente. No da tiempo a que salga un cliente y ya entra otro. Maria elige la mejor fruta, llena las bolsitas de papel, las pesa, echa las cuentas en una hoja de periódico, enrolla los billetes, se los mete en el sujetador y se guarda las monedas en el bolsillo del delantal negro que siempre le he visto puesto, desde que la conozco.

Nosotros esperamos al lado de la caja. Sin preguntarme nunca si me apetece, Lucifer me da de todo, fruta, altramuces, avellanas. Le basta mirarme con esos ojos de loco para hacerme comer.

También Maria, en su ir y venir, me observa como si llevara un letrero escrito encima. No aguanto más, quiero irme a mi casa. Es casi la hora de cenar, ya no hay nadie por la calle. ¿Por qué no vuelve mi madre?

—Ayudadme a meter las cajas.

Lucifer sale enseguida, y Maria repite más fuerte:

—¡Los dos! ¡Echadme una mano!

Mis piernas le obedecen más a ella que a mí.

—Déjala ahí —dice pasándome una caja de peras.

A mitad de camino me tiemblan los brazos. Lucifer me adelanta con dos cajas, una encima de la otra, y hace una mueca de asco. Las asas me están serrando las manos, estoy a punto de soltarla.

—¡Que no se te caiga! —grita Maria desde la puerta, y yo sigo andando, rígido como una barra de hierro.

Dejo la caja. Tengo los dedos morados y el sudor me resbala ardiente por ambos lados de la nariz.

Maria me mira satisfecha.

—Vamos, que aún quedan muchas más.

Cargo con una caja de melocotones, luego una de manzanas, y otra más que no sé ni lo que contiene, y sigo haciendo viajes hasta que ya no siento los brazos.

Cuando cerramos la tienda, estoy hecho puré. A lo lejos diviso la silueta de mi madre. Nunca antes me había alegrado tanto de verla.

—Bueno, ¿qué habéis hecho hoy Lucio y tú? ¿Te lo has pasado bien con tu nuevo amigo?

—¡No es mi amigo!

Subo la escalera tambaleándome, tengo escalofríos y me pica todo el cuerpo. El estómago se pone en movimiento él solo, me tapo la boca, aprieto los dientes y entro corriendo en el baño. Echo el pestillo mientras se me inflan los carrillos; el váter está demasiado lejos, me vuelvo y vomito en el lavabo.

Levanto la cabeza y me veo en el espejo, con un hilillo de baba verdosa pegado a la boca.

El picaporte se mueve, y mi madre me llama desde fuera.

—¿Por qué te has encerrado?

Limpio el lavabo lo más deprisa que puedo.

—¡Déjame entrar!

Tiro de la cadena y abro la puerta.

—¿Qué estabas haciendo?

—Nada, tenía que ir al baño.

—¿Cuántas veces te he dicho que no eches el pestillo?

—Perdón, no lo he hecho aposta.

—¿Qué quiere decir que no lo has hecho aposta?

—No lo sé. —Bajo la cabeza y me veo unas gotas de vómito en la camiseta.

—Está bien —suspira ella, señalándome la escalera—. Vamos abajo, que dentro de un ratito cenamos.

9

Desde hace unos días recogemos a Lucifer en la frutería y nos lo llevamos a la playa con nosotros. Hoy estaba más revoltoso que de costumbre. No paraba de entrar y salir del agua, les ha quitado la pelota a unos niños, que lo han perseguido inútilmente por media playa, y ha destruido los castillos de arena haciendo como que cogía carrerilla para zambullirse en el mar. No ha parado quieto ni un segundo, hasta que mi madre nos ha comprado rosquillas.

Cuando come, el resto del cuerpo se le apaga. Pone cara de extasiado y no mueve más que la boca. Mastica a un ritmo frenético, con una fuerza en los dientes capaz de partir una piedra.

Nada más tragarse el último bocado, se queda mirando la rosquilla aún intacta que tengo en la mano y me dice que, si no me doy prisa en comérmela, me estrangula.

Mi madre está tumbada en la hamaca tomando el sol, de vez en cuando levanta la cabeza y sonríe. No se puede creer que por una vez no tenga que darme ella de comer.

Lucifer hace el muerto en el agua. Se le da genial, parece que estuviera tumbado en una cama.

De repente recobra vida y nada hacia la orilla.

—¡Ven conmigo!

Ni siquiera tengo tiempo a preguntarle dónde.

—Venga, date prisa.

Se pone a correr como un loco por la playa. Lo sigo a duras penas hasta el restaurante de la terraza y después por el camino que lleva fuera de la playa. El asfalto me quema los pies, voy dando saltitos en busca de un poco de sombra y me refugio detrás de un coche aparcado.

—Oye, que no te pienso esperar, ¿eh?

Y a mí qué, querría decirle, pero no soy capaz. Lo sigo aunque me abrasen las plantas de los pies. Subimos por un sendero de tierra lleno de curvas, cada vez más empinado.

Me duelen las piernas, pero sigo corriendo. Lucifer grita:

—¡Date prisa!

Desembocamos en lo alto de una explanada sin parapeto, donde ya hay otros tres niños. Uno coge carrerilla y salta riendo al vacío.

Lucifer se vuelve y me ve inmóvil dos metros detrás de él, con la espalda apoyada en una roca.

—Pero ¿qué haces? Ven aquí.

Me asomo temblando. Debajo de nosotros el mar está oscuro y denso, parece leche negra. El que se ha tirado vuelve a la superficie entre una nube de espuma.

Estamos en la roca más alta de la playa. Yo nunca había subido hasta ahí, siempre me ha dado vértigo sólo de ver a los otros tirarse.

—¡Tírate! —grita Lucifer, y me agarra del brazo.

Clavo los pies en el suelo y le chillo que me deje. Él me espeta que soy un miedica, después coge carrerilla y salta. En el aire se lleva las piernas junto al pecho y cae en el agua como una piedra.

—Venga, salta —me exhorta en cuanto sale a la superficie.

Los otros niños pasan como flechas a mi lado, como si no hubiera nada más fácil que saltar, con el corazón en la boca, todos esos metros de altura.

Estoy solo. Lucifer sigue llamándome. Su voz se me mete en las venas y choca con mi miedo; es una lucha feroz, no soy capaz de

hacer lo que me dice pero tampoco de desobedecerlo.

Entonces oigo a mi madre gritar desde la orilla.

—¡No saltes! —Agita el brazo mientras con la otra mano se sujeta el sombrero—. Vuelve atrás. Es peligroso.

Lucifer y los otros niños se ríen, pero la voz de mi madre es más fuerte que la vergüenza. Retrocedo un paso, y otro, y cuando toco la roca con los hombros vuelvo a respirar. Bajo por el sendero, pero, es extraño, ya no siento la tierra abrasarme los pies, y por mi cabeza pasan imágenes confusas, me veo saltando y divirtiéndome como nunca, saltando y haciéndome pedazos contra el agua, saltando y cayendo al vacío eternamente.

De pie bajo la sombrilla, mi madre parece a punto de estallar.

—¿Cómo se te ocurre subirte ahí arriba sin decirme nada?

—Ha sido Lucio.

—Me da igual. Los demás que hagan lo que quieran. Pero tú tienes que hacer lo que yo te diga. ¿Está claro?

Asiento con la cabeza gacha, entonces aparece Lucifer y a mi madre se le cambia la expresión de la cara.

—¿Por qué no vais al bar? Después paso yo a pagar —dice con una sonrisa forzada.

Nos encaminamos en silencio bajo un sol más abrasador que nunca.

Mientras avanzamos entre las mesas, Lucifer pone cara de malo.

—No vales para nada.

Y tú ya estás muerto. Pero no soy capaz de decírselo.

Lucifer me da un empujón, pierdo el equilibrio y acabo en el suelo cuan largo soy.

Me levanto, la gente me está mirando, y me echo a llorar. El socorrista acude con las manos llenas de cubitos de hielo, alguien le

pasa un pañuelo, él los mete dentro de la tela y me lo aprieta sobre la barbilla, que está llena de sangre.

Unos minutos después llega mi madre.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

—No se preocupe, señora, no es más que un rasguño —trata de tranquilizarla el socorrista—. Presiónele el hielo un rato más.

El agua me resbala gélida por el cuello.

Lucifer me observa de lejos y sonríe.

Lo odio.

10

Maria me levanta la cabeza y dice:

—No es nada. ¿Lo quieres llevar al hospital por tan poco?

—Igual tienen que darle puntos. En la barbilla suele quedar señal.

—¡Qué señal ni qué nada!

Mi madre insiste, pero Maria insiste más, y al final la convence de que me deje en la frutería.

—Escúchame, vete a casa y ya lo recoges luego por la tarde.

Mi madre asiente muy triste, me hace una caricia y se va corriendo.

Lucifer se acerca a un cesto con higos, se introduce uno sin pelar en la boca y, cuando está a punto de coger otro, su madre le propina un cachete en el brazo.

—¡Que te estés quieto! Id a compraros un bocadillo si tenéis hambre. —Le pone en la mano unas monedas y nos manda fuera.

El charcutero me prepara un bocadillo rebosante de berenjenas en aceite y lonchas de jamón con mucho tocino. Es tan grande que no puedo ni morderlo, mis dientes resbalan sobre la corteza sin clavarse. Lucifer me mira con esa melancolía que le entra siempre antes de pegarme. Aprieto el pan, y las berenjenas se salen, chorreando. Empapado en aceite, el pan se va reblandeciendo, y por

fin consigo darle un mordisco. Lucifer asiente satisfecho y se pone a comer él también. Mastica sin respirar, al cabo de unos pocos minutos sólo le queda el papel grasiento entre las manos, lo tira al suelo y se limpia la boca con el brazo.

Pasamos la tarde en la pineda. Él tira piedras a los árboles, y yo lo sigo con el bocadillo en la mano. Dice que me lo tengo que comer todo porque, si no, me parte las piernas. Tengo el estómago lleno hasta reventar, pero obedezco para que no me pegue.

No corre aire. Lucifer se sienta en una tapia, me mira el corte de la barbilla y se ríe.

—¿Por qué me empujaste? —le pregunto después de comerme el último bocado.

—¡Para que aprendas a no chivarte! —responde, saltando de la tapia y echando a correr.

Mientras lo sigo empiezo a sentir un borboteo en el estómago, como si algo que llevara parado años acabara de ponerse en funcionamiento de nuevo.

Abro la boca y me inclino hacia delante.

—¡Si vomitas, te mato! —exclama Lucifer, y el borboteo de la tripa se me para de golpe. Ella también ha aprendido a obedecerlo.

Maria está atendiendo a una señora que mece un carrito. Dentro hay un bebé mofletudo que da pataditas como un animalillo tonto y feliz.

—Ahora nos vamos a casita. —La madre le hace mil carantoñas.

Mientras tanto, Maria le está vendiendo media tienda.

—Mire qué hermosos estos albaricoques, lléveselos, que son los últimos de la temporada. ¿Le pongo también unos higos, melón, uvas?

No entiendo cómo tiene las cajas siempre llenas de fruta. Por más que venda, nunca se acaba. Quizá tengan razón en la isla cuando dicen que es una bruja, igual es así cómo lo consigue, con

un truco de magia. Lo mismo hasta tiene uno para que me dé hambre.

Maria le entrega a la señora un cestito de albaricoques y le aconseja que se los coma en un par de días porque, si no, se estropean. De un albaricoque un poco aplastado veo asomar la cabeza de un gusano. Gira sobre sí mismo y vuelve a meterse por el agujero negro. El estómago se me cierra y se me abre de golpe, no consigo contenerme, me doblo hacia delante y abro la boca de par en par. El chorro de vómito aterriza justo en el cochecito y baña al bebé, que se pone a llorar como un loco. La madre se precipita hacia él, mete las manos en esa charca y saca al niño, que se agita cubierto de vómito.

La carcajada de Lucifer estalla a mi espalda. Estoy a punto de echarme a reír yo también, cuando Maria me da un bofetón que casi me arranca la cabeza.

—¡No lo he hecho aposta! —Me acurruco y me protejo la cara con los brazos.

Lucifer sigue riéndose a más no poder. Su madre le dice que pare inmediatamente, pero él no es capaz y sigue riendo, entre los gritos de la señora, del niño y de Maria, que se deshace en disculpas.

En cuanto llega a recogerme mi madre, Maria se la lleva a la calle y se ponen a discutir. De vez en cuando una de las dos levanta la voz, y por un momento albergo la esperanza de que todo haya acabado, de que Maria ya no me quiera consigo, de que estén peleándose a muerte porque me ha dado una bofetada, pero, cuando regresan a la tienda, mi madre me coge de la mano, me dice que me despida y queda para mañana. Todo está igual que siempre, salvo su expresión. Vuelve a mirarme con el mismo aire de abatimiento que al principio del verano.

11

En las últimas semanas el calor se ha convertido en una bestia feroz. Ya desde media mañana mi madre no aguanta en la playa y se va a casa a descansar.

Lucifer y yo comemos en la frutería. Por lo general, Maria nos manda a la charcutería, pero hoy se ha traído las sobras de la cena de anoche. Saca de un capazo de paja un gran recipiente de plástico con la tapa de color y nos sirve dos platos de pasta.

Mastico despacio los macarrones de uno en uno.

—¿Qué pasa, no te gusta? —Maria me mira mal.

—Sí que me gusta —contesto con la cabeza gacha.

—Pues entonces date prisa —me espeta, y se levanta para atender a un cliente.

Lucifer se termina su plato y se pone a mirar fijamente el mío.

Creo que se ha quedado con hambre, así que me armo de valor y le digo:

—¿Quieres un poco?

Pone una cara tan fea que pienso que está a punto de darme una paliza de muerte, pero en lugar de eso alarga la mano y se mete un macarrón en la boca.

—Coge los que quieras.

Apenas he terminado de decirlo cuando ya me arrebata la pasta.

Maria vuelve y observa con desconfianza mi plato vacío. Saca del capazo una mozzarella y me corta una loncha bastante gruesa.

—Mira qué buena.

—Ya no tengo hambre, he comido mucha pasta.

—Si no te apetecía, haberlo dicho antes; ahora que te la he cortado, te la comes.

Son las dos, ya no vendrá nadie a la frutería hasta última hora de la tarde, estamos solos y tenemos todo el tiempo del mundo, de modo que, bocado a bocado, me obliga a comerme toda la mozzarella.

Lucifer parece pensativo, quién sabe dónde me estará llevando, quizá a ningún sitio, quizá sólo me esté haciendo andar. Tengo el estómago lleno hasta rebosar y un único deseo: quedarme solo y meterme dos dedos en la garganta.

—¿Quieres jugar a una cosa esta tarde?

No sé qué decir.

—Pero hace falta dinero —prosigue, como si ya le hubiera contestado que sí.

—¿Jugar a qué?

—Luego te lo enseño, tú encárgate de conseguir el dinero.

—Pero ¿de dónde lo saco?

—Pues de tu madre.

—Pero es que mi madre, cuando le pido dinero, siempre quiere saber para qué lo quiero.

—¡No se lo tienes que pedir, imbécil! ¡Se lo coges y ya está! Invéntate una excusa para ir a casa y vuelve con el dinero.

Nuestro callejón está desierto. Me agacho delante de un gran tiesto de jazmín, cavo un hoyo y vomito dentro. Me levanto con flato, siento que me voy a desmayar.

Abro la puerta, y aparece mi madre en bata, con el pelo revuelto y los ojos muy pequeños.

—¿Qué haces tú aquí?

—Hace mucho calor, no me encuentro demasiado bien.

—Hoy no hay quien respire. Ven a descansar, a saber lo que habréis estado haciendo Lucio y tú desde por la mañana.

Tumbados en la cama, uno al lado del otro, parece una competición a ver quién cierra primero los ojos. Cuanto más me esfuerzo en mantenerlos abiertos, más me cuesta. Los párpados se me cierran solos. Para no dormirme me lleno la cabeza de imágenes en movimiento: Lucifer corriendo, el dolor en la tripa cuando me dio el rodillazo, yo vomitando sobre el cochecito del bebé, Maria dándome bofetadas.

Vuelvo a abrir los ojos de golpe. Los de mi madre permanecen cerrados. Su respiración es lenta y profunda, está dormida. Pero aún es pronto para moverme, podría despertarse. Espero a que empiece a roncar, después me acerco despacio hacia el borde de la cama y pongo los pies en el suelo.

El bolso se encuentra sobre la mesa de la cocina. Aproximo la mano con miedo, como si éste me fuera a morder, y entonces me armo de valor, lo abro y saco la cartera. Dentro solamente veo monedas, pero hay tantas que no se dará cuenta, me digo, y cojo un puñado.

12

Lucifer cuenta el dinero y dice que no hay suficiente, que tengo que robar más.

—¡No vales para nada!

—Lo siento —digo con la cabeza gacha.

—Bueno, vamos a intentarlo de todas maneras. Pero tienes que decir que nos hemos perdido y que esto es todo lo que tenemos para volver a casa. Y pon cara de susto, que no se te olvide. Le tienes que dar pena, si no, no querrá llevarnos.

—Pero ¿en qué consiste este juego?

—Tú no te preocupes y haz lo que te he dicho.

Me acerco a un taxista y pongo cara de asustado. El tipo se desconcierta un poco pero al final le doy lástima, nos hace subir al mototaxi y enfila la calle.

Lucifer mira por la ventanilla muy emocionado. Yo también echo una ojeada, pero sólo veo parejas paseando, familias y niños que corren.

—Mira a ése de ahí. —Lucifer me señala a un señor calvo y, cuando pasamos por su lado, le arrea de lleno un puñetazo que lo manda despedido hacia los otros peatones.

Me encojo en el asiento, tengo el corazón en un puño, pero Lucifer me agarra de la manga y me obliga a mirar. Rodeado por unas cuantas personas que han acudido a socorrerlo, el calvo se gira de un lado a otro en un intento por entender qué le ha ocurrido.

Parece un perro cuando haces como que le lanzas algo para que vaya a cogerlo.

—Tranquilo, nunca se dan cuenta de nada —me dice Lucifer.

El miedo se mezcla con una sensación agradable.

—Ahora te toca a ti.

En cuanto me dice eso, se me hiela la risa.

—Es muy fácil, sólo tienes que poner el brazo firme.

—¡No quiero, me da miedo!

—¡Venga, no seas miedica! ¡Es divertido!

Un grupo de chicas viene hacia nosotros por la acera.

—¡Vamos! —Lucifer me da una colleja, y yo me preparo.

Las chicas están cada vez más cerca, pongo el brazo rígido, lo saco por la ventanilla y golpeo.

Una de las chicas cae al suelo. Las amigas gritan. Lucifer y yo nos miramos a los ojos y nos echamos a reír, una risa incontenible.

El taxista se vuelve, escamado.

—¿Qué estáis haciendo ahí detrás?

—Nada —contesta Lucifer sin inmutarse, pero el tipo no se fía, detiene la moto y corre la cortinilla de plástico para echar una ojeada.

—No arméis tanto jaleo —nos regaña, y vuelve a arrancar el motor.

Cuando bajamos del mototaxi, sigo temblando a causa de los nervios, me gustaría volver a hacerlo enseguida, pero ya es tarde, tenemos que regresar. De la plaza a la frutería se tardan cinco minutos a pie, vamos corriendo, y casi no siento el cansancio, mis piernas avanzan solas. En mi cabeza retumba aún el sonido espectacular de mi mano estrellándose contra la cara de esa chica.

Entonces ocurre de repente. Delante de un bar, los ojos se me van a los helados y aflojo el paso, como si alguien me retuviera de la

camiseta. Me quedo pasmado mirando las volutas de chocolate, vainilla, pistacho y avellana, y oigo un lamento en mi tripa que acalla de golpe la alegría.

Tengo hambre.

13

Ahora ya no pensamos en otra cosa, lo único que nos importa es robar el dinero necesario para los mototaxis. Pero no todo de golpe, un poquito cada vez, día tras día, a menos que tengamos tanta suerte como anteayer, que a cualquier cosa que compraba mi madre le daban el cambio en monedas, y pude cogerle todas las que quise sin que se diera cuenta. La cartera estaba tan llena que casi no se podía cerrar.

Otras veces, sin embargo, nos entran unas ganas tan fuertes de pegar puñetazos a la gente que, aunque no tengamos el dinero suficiente, lo intentamos de todas maneras, como el primer día. Hasta ahora los taxistas siempre se han apiadado de nosotros, sólo una vez nos salió mal la jugada porque llegó una pareja y se ofreció a llevarnos a casa. Al menos el viaje nos salió gratis, y al día siguiente nos desquitamos. Esperábamos encontrarnos con esa pareja, pero no tuvimos suerte. Para compensar, Lucifer le dio a un gordinflón que acabó de bruces en el suelo. Cuando se caen los gordos son tronchantes, pero por lo general aguantan mejor los golpes, sobre todo los míos. Si puedo, intento siempre darles a los flacos, o a las mujeres, que basta rozarlas para que se caigan.

Cada vez que me bajo de un mototaxi siento la espalda llena de calambres y tengo ganas de saltar y de gritar; avanzo entre la gente pensando con quién de estos zampaniños me encontraré la próxima vez. En la mesa, sin embargo, cada vez me cuesta más resistir. Me

quedo fascinado mirando la piel amarilla de los melocotones, oliendo el aroma de las salsas, de las verduras rehogadas. También me cuesta más vomitar, tengo que insistir mucho, meterme los dedos más adentro, pero el estómago se rebela, intenta quedarse con la comida a toda costa.

El hambre sólo se aplaca cuando me paso unos días sin pegar a nadie, la comida pierde belleza, los aromas se apagan y vuelvo a sentirme a salvo. Entonces decido que ya no juego más, que era la última vez, pero, en cuanto mi madre pierde de vista el bolso, corro a ver si hay alguna moneda.

El mejor momento para abrirlo es cuando ella está en el baño, por las mañanas se pasa allí un cuarto de hora por lo menos, pero hoy es uno de esos días funestos en los que no hay ni una mísera monedita en su cartera.

Oigo los pasos de mi madre bajando la escalera. Cierro el bolso y lo dejo en su sitio enseguida.

—¿Qué haces?

—Nada, te estaba esperando.

—Vamos, que es tarde.

Me da la mano, pero no sé si me ha creído, lleva días observándome y tratando de entender qué está pasando, porque sabe que algo pasa.

Hoy vamos a comer a casa de Maria. Estará toda su familia, se celebra el bautizo de una sobrina suya. Mi madre se queja de que no tiene ganas de ir, hace calor y no tiene nada que ponerse, pero «es importante para Maria; si no vamos, se lo tomará a mal». Parece como si hablara de una niña a la que hay que contentar, pero cuando Maria nos invitó, hizo una mueca de emoción, casi una sonrisa, aunque le salió medio torcida, la típica sonrisa de quien nunca se ríe. «Ya veréis —nos prometió Maria—, comen como fieras.» Y yo me imaginé a esas fieras, eran deformes, sólo de

pensarlo me moría de miedo, las veía con las venas llenas de grasa y la furia de un temporal que me destrozaba la tripa.

14

Las paredes de las casas de este barrio están cubiertas de gotitas de cal, como si sudaran. También mi madre está bañada en sudor; el calor de estos días es insoportable, lo repite todo el rato.

En el callejón ya se oyen las voces. El jardín está lleno de gente, en cuanto entramos, todos se vuelven a mirarnos como si nos hubiéramos equivocado y no pintáramos nada allí.

Preguntamos por Maria, y una mujer con un bebé en brazos nos dice que está dentro de la casa y que ahora la llama. «Vosotros sentaos.» Nos señala una larga mesa de madera donde hay un viejo con la boca medio abierta, agarrado a un bastón.

Mi madre se recompone el vestido, que se le ha quedado pegado, y me da una palmada en el trasero.

—Ve con Lucio, anda.

Después de pasear un rato sin rumbo por el jardín, entro en la casa. La entrada está llena de luz, el polvo brilla sobre las baldosas gastadas del suelo. Por todas partes huele a humedad, los pocos objetos aún intactos parecen a punto de escapar de allí de un momento a otro.

Al fondo del pasillo hay mucho barullo, me acerco despacio y cuando me asomo a la cocina veo un batallón de mujeres en los fogones. Sobre la mesa hay platos llenos hasta arriba de embutido cortado, requesón, recipientes con berenjenas en aceite, pimientos y el cuchillo de sierra metido dentro de un pan a medio cortar.

Salgo corriendo, y un soplo de viento cierra la puerta suavemente.

—¿Has encontrado a Lucio?

Niego con la cabeza; mi madre levanta el brazo y saluda a alguien a mi espalda.

Maria se acerca, nos acompaña por el jardín y nos presenta a su familia. Qué extraño, aparte del viejo del bastón, son sólo mujeres. Mi madre les estrecha la mano a todas y repite mil veces su nombre.

De repente alguien me da una colleja.

—¿Qué haces aquí? Vamos.

Desde que robo el dinero, Lucifer se ha vuelto más amable conmigo, a veces hasta diría que somos amigos. Esta colleja me la ha dado sin fuerza, no quería hacerme daño, parecía más una caricia.

Recorremos la casa. En la parte de atrás están los hombres, bebiéndose una botella de vino blanco y echando puñados de tierra sobre una mesa.

Lucifer me dice que me agache junto a un agujero tapado con una rejilla de madera. Entreveo cerca de veinte conejos, van de un lado a otro, incapaces de aprenderse de memoria el poco espacio que los rodea. Exploran la oscuridad en silencio, sin la más mínima confianza; conozco bien esos ojos tan abiertos, se están cagando de miedo.

Un hombre con los dientes torcidos y renegridos quita la rejilla, los conejos se cubren la cabeza con las patas, cegados por la luz repentina, y Lucifer salta al agujero.

—Vente —me llama, y me meto dentro yo también.

—¡Agarra a ése! —ordena alguien mientras las voces de los demás se solapan unas con otras.

—¡No, que ése está muy flaco!

—¡El del hocico negro! ¡Mira qué gordo está!

—¡A ver, enséñamelo!

Lucifer sujeta los conejos, que se quedan inmóviles como si les gustara colgar de las orejas antes de morir en un día de fiesta.

—Coge uno tú también.

Me acerco a un conejo, pero se encoge en un rincón del suelo y me mira con una expresión triste. Pesa tanto que tengo que levantarlo con las dos manos.

Sacamos cinco, los más gordos, después nos dicen que son suficientes y nos ayudan a salir del agujero.

El de los dientes renegridos sujeta a un conejo sobre la mesa, lo acaricia unas cuantas veces para calmarlo y le corta el cuello de un tajo. Vacía la sangre en el suelo, luego le mete la hoja del cuchillo debajo de la cola, separa la piel del cuerpo y despedaza la carne.

—¡Hala, pasadme los demás!

La mesa se llena de sangre.

—¡De éste me encargo yo! —Lucifer sujeta a un conejo contra su pecho y lo degüella.

Le miro los fuertes brazos y pienso en cuando lo degollarán a él. Menudo banquete se darán con toda esa carne.

—Tú también —me dice un hombre con una camiseta de tirantes, y me pone en los brazos un conejo que se deja acariciar muy tranquilo el pelo liso y ardiente.

El de los dientes renegridos me pasa el cuchillo, cierra la mano alrededor de la mía y la acerca al cuello del conejo. Un golpe seco, y sobre la mesa salpica un chorro de sangre. Suelto el conejo y retrocedo un paso. Todos se echan a reír, me dan palmadas en los hombros y me alborotan el pelo. El de la camiseta de tirantes coge el animal, acaba el trabajo y arroja los trozos de carne a un extremo de la mesa, donde ya se amontonan otras patas, costillas y pechos. En un cubo están las pieles vacías, abiertas en canal, con la cabeza colgando. Tengo una salpicadura de sangre en la camiseta y siento

todavía el calor del conejo en el torso. Entonces me doy cuenta de que no es eso, es algo que está más adentro, es de nuevo esa voz interior de mi tripa que se queja del vacío.

15

Maria está de pie en la cabecera de la mesa. Casca un huevo, tira la clara y echa la yema en la harina. La masa se va haciendo cada vez más dura; añade leche y sigue removiendo, refunfuñando en voz baja que le duelen las manos. Tiene los párpados semicerrados, una mueca en la cara y la dentadura estropeada.

Vete de aquí, me digo, pero me quedo donde estoy. El aroma a azúcar y mantequilla es un gancho que me tira de la nariz.

Maria repara en que la observo, pero sigue amasando.

—¿Qué estás haciendo?

—La tarta —contesta—, como las que compra tu madre en la pastelería, sólo que más rica. ¿Quieres probar?

Siento crecerme un mar de saliva detrás de la lengua.

—Verás qué buena.

Coge un pellizco, y me entran unas ganas terribles de morder la masa amarilla que cuelga de sus dedos.

—¿Dónde te habías metido? —Oigo la voz de mi madre a mi espalda—. No te encontraba. ¿Estabas jugando con Lucio?

—¿Quieres o no? —insiste Maria.

—Pero ¡está cruda! —dice mi madre impresionada—. ¡Le va a hacer daño!

—¡Qué le va a hacer daño, mujer! —rezonga Maria—. ¡Bueno, si la quieres, está aquí! —Suelta el pellizco de masa en el borde de la mesa y reanuda su tarea.

Soy incapaz de contenerme. Le hinco el diente, y se me queda pegada en las encías. Cuanto más me cuesta tragarla, más me gusta, deseo que no se acabe nunca.

Mi madre me observa con esa mueca que pone cuando está preocupada, pero Maria se ha dado cuenta de que me ha gustado.

—¿Quieres otro poco?

—No, gracias. —Me cuesta un gran esfuerzo contestar.

Tengo un hambre tremenda. Me marcho corriendo con el pretexto de reunirme con Lucio, pero delante de las ventanas de la cocina la sensación es aún peor. En los fogones están friendo tomates y cebollas. Los conejos muertos, rehogados en la sartén, exhalan un aroma que me embriaga por completo.

Me refugio en un rincón del jardín, acurrucado en un banco. Lucifer corretea de un lado a otro, dándole patadas a una piña, coge impulso y se cuelga de las ramas de los árboles, se columpia cabeza abajo, se deja caer y se ríe. Entonces me ve y viene hacia mí, se me abalanza encima, me empuja, me da tirones, quiere jugar, pero yo no tengo ojos más que para las mujeres, están extendiendo el mantel, poniendo la mesa y cortando el pan.

Colocadas en fila sobre la mesa hay cuatro fuentes de *tagliatelle* con salsa de conejo. Maria me pasa un plato lleno hasta arriba y no me quita ojo hasta que pruebo un bocado. Está buenísimo.

Tengo que resistir, dejo el tenedor en el plato y bebo un poco de agua, pero no se me quita ese sabor maravilloso, todavía tengo la lengua impregnada de salsa. Vuelvo a beber, pero es inútil.

—¿Qué, has terminado? —me pregunta Maria, y enseguida siento ganas de comer otro bocado.

No debo masticar. Si trago sin masticar, no noto el sabor.

Pero sí que lo noto, aunque me cueste tragar la pasta y me quede sin aire. No debo comer, tengo que levantarme de la mesa,

pero me quedo quieto con el plato delante, que se va vaciando poco a poco.

De segundo también hay conejo, está ahogado en un mar de aceite, la bruja de Maria escoge para mí las mejores partes y me llena la otra mitad del plato con berenjenas, pimientos y calabacines.

Mi madre mira en silencio esos trozos de carne ennegrecida y parece a punto de encontrarse mal. Por educación no puede rechazarlo, pero ella nunca guisa conejo en casa, dice que la gente civilizada no come conejo.

Lucifer agarra una pata y se la pasa de una mano a otra, la sopla, le da un bocado y sigue masticando aunque se abrase la lengua.

Maria le da un capón.

—¡Espera a que se enfríe, hombre!

Cojo el tenedor y el cuchillo, pero la carne está pegada al hueso, no consigo cortarla.

—Cómetelo con las manos —me dice Maria.

En casa no me dejan, pero esta vez mi madre me da permiso.

A mí también me han servido las patas, a los niños siempre les ponen las patas. Vuelvo a tener la boca llena de saliva, y el estómago me hace ruidos raros. No debo comer, me repito, pero es inútil. Las palabras ya no tienen el mismo significado.

Me echo a llorar, y todos se callan de golpe y se me quedan mirando.

Mi madre no entiende nada, fija la vista en Maria y le dice que no estoy acostumbrado a comer conejo, «creo que no le gusta».

Maria no le hace caso y me observa con sus ojillos rugosos llenos de recelo. Los demás han reanudado sus conversaciones.

¡No debo comer!

Cada vez tengo más hambre.

Intento no mirar el plato.

El olor es algo tremendo.

—Si no te apetece, no pasa nada —insiste mi madre—, cómete sólo las verduras.

—Con lo buena que es esta carne... —interviene Maria—. ¡Los conejos los criamos nosotros!

Lucifer me sonríe muy orgulloso.

—¡Son los que hemos matado antes!

Mi madre se lleva una mano a la boca, y Lucifer le sonríe.

—Él también ha degollado uno —dice, y señala la mancha borrosa de sangre que tengo en la camiseta.

—¡Ay, Dios! —exclama mi madre—. ¡Claro, cómo va a querer comer ahora!

—Pero ¡qué dices! —Maria se vuelve hacia mí—. Hala, déjate de tonterías y come.

Cojo una pata del plato. Mis dientes se hincan en la carne, y el lamento de la tripa desaparece.

16

Mi padre baja el último del barco, con las correas de los perros en una mano y la maleta en la otra. A mediados de agosto siempre viene a pasar con nosotros las fiestas de la Asunción. Está blanco como una sábana y, nada más encaminarnos a la parada de taxis, ya empieza a quejarse del calor.

Hay mucha cola, esperamos casi un cuarto de hora, y luego el taxista nos pone pegas porque llevamos perros. Mi padre le asegura que se portan bien, pero él insiste en que no es cuestión de que se porten bien o mal, sino de que «se llenan los asientos de pelos».

Los que están detrás de nosotros en la cola protestan.

Mi madre dice que no pasa nada, que vayamos andando, pero a mi padre con este calor ni se le pasa por la cabeza. Le ofrece más dinero al taxista, y al final, aunque a regañadientes, éste nos deja subir.

La gente pasea por la acera. Me muero de ganas de ponerme a pegar puñetazos, y al instante noto una punzada en el estómago.

Mi padre asoma la cabeza por la escalera, vociferando.

—¡Es posible que no haya ni un solo cajón vacío en esta casa!

—Todos los veranos la misma historia —suspira mi madre, y sube a echarle una mano.

Siguen discutiendo mucho rato.

—Pero ¿qué haces? Si es para amontonarme así la ropa, no me molesto en sacarla de la maleta.

—Mira, el espacio es el que es, no me lo puedo sacar de la manga. Ya sabes que el armario es pequeño. ¿Por qué te traes siempre tantas cosas?

Cuando vuelven a bajar, dejamos a los perros en el jardín con dos escudillas llenas de agua y nos vamos a la playa.

—¡Vamos, que ya hemos perdido la mitad del día! —dice mi madre, y me coge de la mano.

Mi padre nos sigue, refunfuñando. No soporta la playa, sobre todo a mediados de agosto, que está abarrotada.

Por el camino ella le pregunta qué quiere cenar esta noche.

—Me da lo mismo, lo que tú quieras.

—¿Quieres una ensalada de pasta?

—Vale, ensalada de pasta.

—Si no, puedo comprar pulpo. ¿Qué te parece?

—¡Que te he dicho que me da lo mismo! —responde mi padre con una expresión malhumorada que no se le quita en toda la tarde.

También en la playa, con ese ridículo sombrero de lino calado hasta las cejas, está fuera de lugar entre la gente que toma el sol, se baña y juega en la orilla. Él se queda debajo de la sombrilla, concentrado en no dirigirle la palabra a nadie, hasta que ya no aguanta más de sudar, se levanta mascullando algo incomprensible y se va al bar a tomarse un helado. Los polos le encantan, sobre todo los de limón.

Lucifer llega tarde, habíamos quedado hace una hora. Salgo del agua y me vuelvo a la sombrilla. Mis padres están hablando. Me agacho detrás de sus tumbonas sin que me vean.

—Pues yo lo noto más flaco que antes, de verdad.

—Pero, bueno, ¿quién lo va a saber mejor, tú, o yo que estoy con él todos los días? Te aseguro que está comiendo un poquito más.

—Si tú lo dices... Pero ¿de qué son esos cardenales que tiene en los brazos?

—Pues de qué quieres que sean, se los habrá hecho jugando con Lucio.

El juego del mototaxi es complicado, igual el taxista gira de repente para evitar un bache, y en vez de golpear a los peatones en la cara con el puño, se chocan con mi brazo, y por eso me quedan señales.

—Pero ya me explicarás por qué, con toda la gente como Dios manda que hay aquí, precisamente has tenido que hacerle trabar amistad con el hijo de la frutera.

—Ah, ¿te crees que no lo he intentado? Tu hijo no traba amistad con nadie. Con Lucio al menos hace ejercicio.

—Puede. —Mi padre niega con la cabeza—. Aun así, al verlo hoy en el puerto me han dado escalofríos. Con esas piernas tan delgaduchas y esas ojeras... —Hace una pausa antes de seguir hablando—. Parecía un muerto.

—Pero ¡qué dices, te has vuelto loco!

—Baja la voz, por Dios. —Mi padre se estira el bigote, abre el periódico y se sumerge en la lectura como quien se cae en un pozo.

Mi madre también abre una revista, pero la cierra enseguida.

—Ah, y hay otra cosa.

Mi padre levanta los ojos.

—Maria está convencida de que lo hace aposta, que no es verdad que no tenga hambre, que sólo está fingiendo.

Él no le hace caso y vuelve a su lectura.

—¿Me has oído?

—¡Venga ya, por favor! —Mi padre cierra el periódico de golpe—. ¡Cómo va a fingir a su edad que no tiene hambre!

17

La playa está llena de colillas y botellas vacías. Lucifer y yo paseamos sin saber qué hacer, estos días sólo he conseguido robar unas pocas monedas, no tenemos dinero para coger un mototaxi.

Recorremos un sendero de tierra que bordea un campo de cultivo. Al otro lado del cercado hay un gran perro blanco que se precipita hacia nosotros ladrando. Debe de ser muy viejo, tiene el pelo enmarañado, los dientes desgastados y los bigotes grises.

Lucifer pasa de él y sigue andando. Nunca lo había visto tan callado.

—¿Qué te pasa? ¿Estás triste?

—Dentro de poco se acaba el verano. —Se encoge de hombros —. Aquí el invierno es un rollo, se va todo el mundo y ya no hay ningún entretenimiento —añade, cogiendo unos albaricoques de un árbol.

Nos sentamos en una tapia. En el campo de enfrente hay grandes montones de tierra, alineados en una larguísima hilera perfecta.

—¿Quieres? —Lucifer me ofrece medio albaricoque, y yo le indico que no con un gesto.

—¿De verdad no quieres hacerte mayor?

No sé cómo decírselo.

—Pues yo ya lo estoy deseando —prosigue—. Cuando eres mayor, puedes hacer todo lo que te apetezca.

—Yo odio a los mayores.

—¿Por qué?

—Son malos.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Tus padres también?

—Mis padres son los más malos de todos.

—¿Qué hacen? ¿Te pegan?

—No, pero aun así son malos.

Me mira sin comprender.

Ahora le digo que su madre se lo quiere comer. Ahora mismo se lo digo, me repito una y otra vez, es mi amigo, se lo tengo que decir. Pero, cuanto más lo pienso, menos me atrevo. Total, nadie me cree nunca, al final se echará a reír y él también se burlará de mí.

Lucifer coge otro albaricoque de la rama, lo abre y me vuelve a preguntar:

—¿Quieres?

Esta vez sí lo acepto.

Está tan bueno que me pongo nervioso. Miro esos montones de tierra tan bien hechos, todos a la misma altura y del mismo tamaño, y me entran unas ganas irresistibles de destrozarlos. Al cabo de un segundo estoy de pie en la tapia, tomo impulso y salto sobre el montón más cercano. Nada más hundirme dentro me asalta una peste horrorosa, y entonces me doy cuenta de que no es tierra. Lucifer estalla en carcajadas, se ríe tanto que no puede ni ayudarme. Cuando vuelvo a subirme a la tapia estoy todo marrón, cubierto de estiércol hasta la raíz del pelo.

—Pero ¿qué has hecho?

—Me he resbalado. —No se me ocurre otra cosa que decir.

—Hay que ser tonto —exclama mi padre—. Pero ¿cómo te has resbalado?

A nuestro alrededor la gente se pregunta de dónde viene esa peste, me ven y se echan a reír.

Mis padres querrían que se los tragara la tierra. Me llevan a casa corriendo, me restriegan bajo la ducha y me desinfectan de los pies a la cabeza con agua oxigenada.

—Ya te lo había dicho yo. Estarás contenta. Esto es lo que pasa por juntarlo con ese delincuente.

—Pero ¿qué tiene que ver Lucio? —Mi madre sigue cambiando de expresión, como si buscara la adecuada—. Ha sido un accidente, se ha caído, son niños, son cosas que pasan.

—¡No, no son cosas que pasan! ¡Cuándo se ha visto que alguien vuelva cubierto de mierda! Es de locos. Desde este momento, aquí se hace lo que yo diga. A partir de mañana estos dos ya no se ven más.

18

Maria está preparando una macedonia.

—Voy enseguida, ve eligiendo la fruta —le dice a mi madre, convencida de que ha venido a hacer la compra.

—Tengo que hablar contigo, es muy importante. —Nos quedamos en la puerta, sin dejar entrar a los perros, que tratan de meter el hocico en todas las cajas.

Lucio se asoma desde la trastienda y se acerca.

—Bueno, ¿qué pasa? —Viene también Maria, que deja la fruta a medio pelar sobre el mostrador.

—Nada —dice mi madre con una sonrisa forzada—. Es que mi marido ha venido una semana nada más y quiere estar con el niño.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Pues que estos días no te lo voy a traer.

—Ah, bueno, como quieras —contesta Maria, pero tiene la misma mala cara que se me queda a mí después de vomitar, y se vuelve a la tienda sin despedirse.

Mi madre me pasa las correas de los perros, me dice que la espere fuera y la sigue.

—Bueno, ¿qué, has conseguido dinero? —me pregunta Lucifer muy nervioso—. ¿A qué hora vamos esta tarde?

—No puedo ir.

—¿Por qué? —Me mira sin comprender.

—Mi padre no quiere que nos veamos más.

Él se queda callado, y al cabo de un momento me vuelve a hablar.

—¿Por qué no quiere?

—No lo sé.

Ringo ve algo, quizá un gato, da un tirón de la correa y por poco se me escapa.

—Dámelo a mí. —Lucifer coge la correa y le pega una patada en las costillas. *Ringo* se tumba llorando, y también *Otto* se sienta sobre la cola.

Mi madre sale de la tienda, con las mejillas coloradas. Se ajusta un mechón de pelo que no quiere quedársele detrás de la oreja.

—Regresemos a casa, que papá nos está esperando. —Me da la mano, y casi salimos corriendo.

Todo ha vuelto a ser como cuando llegamos a la isla hace dos meses. Cogemos la sombrilla, mi madre se tumba en la hamaca para no levantarse, y a mí me manda al agua. De vez en cuando levanta la mirada y, si me ve parado, enseguida me indica con un gesto que nade.

La única diferencia es que antes no había nadie, y ahora la playa está llena de niños. En agosto llegan a miles, toneladas de carne transportada hasta ahí para que se desfoguen bajo el sol. Los padres les ponen delante fiambreras llenas a rebosar de pasta, bocadillos y bolas de arroz. Entre nuestros vecinos de sombrilla no reconozco ni una sola cara de otros años. Todos los niños que solían venir aquí en verano han desaparecido. Ni uno solo se salva de su familia.

19

La cartera de mi padre está sobre la consola de la entrada. Tardo un poco en decidirme a abrirla. Está llena de billetes de diez, veinte y cincuenta euros, montones y montones de carreras en mototaxi. No me resisto, cojo uno de veinte, devuelvo la cartera a su sitio y salgo corriendo al jardín.

Siempre que me quedo a solas con los perros el tiempo se me hace eterno. Me pongo a dar patadas a las piñas, *Otto* y *Ringo* compiten a ver quién las atrapa primero, y siempre gana *Ringo*.

Cuando mis padres se despiertan y bajan a dar el paseo de costumbre antes de cenar me encuentran tumbado en el sofá, y les digo que no me siento bien.

Mi madre pone cara de preocupación y me toca la frente.

—No estás caliente, ¿qué notas?

—Me duele la tripa —digo, es lo primero que se me ocurre.

—Qué pena, te había hecho una *caprese.* Bueno, ya te la comerás mañana.

Odio esa tarta, con todo ese chocolate y esos trocitos de almendras.

—¿Puedo quedarme en casa?

Mi padre se lo piensa un momento y luego asiente.

—Sí, total, volvemos enseguida.

—Pero pórtate bien, ¿eh?

Lucifer sale de la frutería y tomamos por una callejuela desierta.

—Mira lo que he conseguido. —Saco el dinero, muy contento, y le digo que tenemos que darnos prisa, no dispongo de mucho tiempo.

—Yo también tengo algo que enseñarte.

Debajo de la camiseta esconde una vara de madera tan larga como mi brazo, la ha arrancado de una caja de fruta.

—Se dobla sin romperse.

Corremos al puerto pasando por callejuelas que él conoce. Tardamos el doble de tiempo, pero así no me arriesgo a encontrarme con mis padres en la calle principal. La parada de mototaxis está casi vacía, sólo hay dos. Los taxistas están repantingados en los asientos posteriores, leyendo el periódico.

Acabamos de arrancar, y Lucifer ya apunta a una señora corpulenta con un vestido llamativo. Agarra con fuerza la vara y la golpea. La gorda cae al suelo y se queda inmóvil, y la gente se pone a gritar. La vara está llena de sangre.

—Te toca —me dice Lucifer, y yo me asomo por la ventanilla.

Las vacaciones de la Asunción están a punto de terminar, nunca había habido tanta gente. Mi padre es aún un punto lejano entre la multitud cuando reconozco el ridículo sombrero que se pone también para la playa. Va andando al lado de mi madre, ambos comiéndose un helado. Aunque no puedan verme, siento miedo. Quisiera parar el mototaxi y cambiar de camino, escapar en dirección contraria. Entonces me sale del corazón, no tengo ni que pensar en ello. Agarro la vara y golpeo a mi padre con todas mis fuerzas. Le doy en plena cara mientras lame su polo. Del golpe casi se me cae la vara de las manos. Me encojo en el asiento para esconderme, miro a Lucifer, y nos echamos a reír como locos.

20

La fuente está en el horno, cubierta con una servilleta. La saco, y enseguida me llega el olor a masa quebrada empapada en chocolate. No me resisto, corto un trocito y me lo pongo unos segundos debajo de la lengua, pero al cabo de un momento no tengo más remedio que masticarlo. Trago, y quiero más. Cojo otro trozo, me horrorizan mis manos, manchadas de chocolate. ¡No debo comer! Tomo la fuente y la tiro al suelo.

El ruido es como una alarma, miro la tarta en el suelo y enseguida me arrepiento de haberla tirado. Me dispongo a agacharme a recogerla, pero llegan corriendo los perros, se precipitan sobre ella y se la terminan en un momento.

Las lágrimas brotan solas, me vuelvo de golpe lleno de rabia y con el pie descalzo le pego una patada a la mesa. Un dolor agudo recorre todo mi cuerpo, y sucede algo muy extraño: el hambre desaparece de repente.

Una hora después mi padre llega a casa, apoyándose en una muleta. Tiene la cara hinchada y medio vendada; mi madre lo ayuda a sentarse en el sofá y luego va a mi encuentro.

—Papá se ha hecho daño —me dice sin preguntarle yo nada—. Hemos tenido que ir al hospital, pero no te preocupes, ahora está bien.

—Nos está viendo —interviene él—, es inútil que le digas tonterías. ¡Tengo la cara hecha polvo, joder!

Mi madre repara en la fuente vacía.

—¿No me digas que te has comido toda la tarta?

Niego con la cabeza.

—La fuente pesaba, se me ha caído, y la tarta se la han comido *Otto* y *Ringo*.

—Vaya, hombre, me ha llevado toda la mañana hacerla. ¡A ver si tienes más cuidado!

—¿Qué más ha pasado? —pregunta mi padre.

—Nada, nada —contesta mi madre. Después se inclina y me susurra al oído—: Mañana mamá te hará otra aún más rica.

Nada más decirlo, vuelvo a sentir el intenso aroma del chocolate, y en mi estómago se enciende de nuevo ese deseo rabioso de comer. No se me quita en toda la tarde.

Por suerte, mi madre estaba muy cansada, así que para cenar ha recalentado la pasta que había sobrado del almuerzo. Mi padre no ha querido sentarse a la mesa, se ha quedado en el sofá, a oscuras, con la cabeza reclinada hacia atrás. Al verlo de lejos parece que duerme, pero cuando paso cerca de él lo oigo quejarse con un hilillo de voz.

Mi madre me lleva arriba, me manda lavarme los dientes, me desnuda, y nos vamos a la cama. Cierro los ojos pero no consigo dormir, el aroma de la tarta sigue en algún lugar dentro de mí, lo siento en el aire que entra y sale por mi nariz.

No debo comer, empiezo a repetirme, no debo comer, continúo diciéndome en el silencio absoluto de esta pequeña casa sumida en la oscuridad. A mi lado, mi madre respira cada vez más fuerte, dentro de nada se pondrá a roncar. Estoy a punto de quedarme dormido yo también cuando del piso de abajo llega un grito bestial.

Nos levantamos los dos sobresaltados. Mi madre enciende la luz, y corremos escaleras abajo. Mi padre está delante de un charco de diarrea. Los perros lo miran mortificados mientras restriegan el trasero contra el suelo.

21

El golpe con la vara de madera le ha partido la nariz y los labios, alrededor de sus ojos la piel está negra como un plátano podrido, y al caer también se ha torcido una rodilla.

Mi padre bebe un sorbo de té y después aparta la taza como si fuera veneno.

—Luego quiero pasar por la comisaría a ver si hay novedades.

Mi madre se levanta, empieza a recoger los cacharros del desayuno y, de espaldas a mí, dice:

—Date prisa, acompañamos a papá y de paso sacamos a los perros.

Se me pone la piel de gallina. Tomo unos sorbos de leche y le digo que ya no tengo hambre.

Ella asiente, pone los platos en el lavavajillas, y subimos a vestirnos.

Salimos de casa a paso de tortuga. Mi padre se arrastra, apoyado en la muleta, hasta la parada de taxis más cercana; los perros muestran signos de impaciencia, yo contengo la respiración hasta que doblamos la esquina, entonces veo la plazuela vacía y puedo volver a respirar. Mi madre está a punto de sentarse en un banco, pero mi padre dice que no le apetece esperar, quiere ir andando aunque no se tenga en pie.

Al llegar al cuartel de los carabineros entra él solo, y nosotros nos quedamos fuera con los perros. No consigo apartar los ojos de la

puerta. ¡Cuánto tarda! ¿Por qué no sale ya? Estoy perdido, empiezo a pensar, algún taxista habrá reconocido a Lucifer y nos habrán descubierto. Me lo repito en silencio y cada vez me parece más cierto. Entonces lo veo, mi padre viene hacia nosotros cojeando, con la cara colgandera como una babosa.

—Todavía nada. Me han dicho que me avisarán si averiguan algo... Pero, bah, ya sé yo cómo terminará todo esto.

Mi madre esboza una media sonrisa, y mi miedo desaparece como el olor de la comida cuando se enfría.

Al volver del cuartel, mi padre se tumbó en el sofá y no se movió durante días. Nosotros tampoco salimos de casa. Mi madre le cambió los vendajes todas las mañanas, lo acompañó de la cama al baño, del baño a la cama, de la cama al salón, a la cocina y de nuevo a la cama. Yo le llevé el periódico, las gafas, un vaso de agua, los pañuelos de papel, el café y, por la noche, un jersey, porque decía que tenía frío aunque estuviera sudando.

Hasta hoy, que mi madre lo ha convencido por fin para que baje a la playa, «pero más tarde, al ponerse el sol, cuando no hay gente y hace más fresco». Mientras tanto se pasa el rato en el jardín, tumbado en una hamaca, con la nariz hacia arriba, aunque la cabeza le pese un quintal, porque en cuanto se pone derecho sangra, se le mancha la camisa y tiene que levantarse a cambiársela.

Mi madre sale al jardín con una jarra de limonada y se sienta a su lado.

—¿Quieres azúcar?

Él indica con un gesto que no y vuelve a reclinar la cabeza hacia atrás. Ella pasea la mirada entre la tapia de enfrente y las ramas de los árboles, después se levanta y anuncia que regresa dentro a preparar la comida. Mi padre asiente, pero después la llama.

—Espera, quería hablarte de una cosa.

—A ver, dime.

—Pues que se supone que sólo iba a pasar aquí las fiestas de la Asunción, y ya casi estamos en septiembre. Tengo que volver al trabajo, no puedo dejar el despacho cerrado tanto tiempo. Me marcho mañana.

—Ah, claro, si tienes que trabajar... —dice mi madre, y se va derecha a la cocina, saca el pescado de la nevera y se afana en los fogones casi como si tuviera algo que celebrar.

—Ya está lista la comida, venid.

En la mesa hay una fuente con dos lubinas enormes cubiertas de sal gorda y una ensalada de gambas con mayonesa, la preferida de mi padre.

Nada más sentarme veo un par de espinas que sobresalen del pescado. Las quito y me pongo a inspeccionar el resto de la lubina. Qué extraño, la carne pálida y maloliente del pescado siempre me ha dado náuseas, pero hoy tiene un aroma nuevo. Me meto en la boca un trocito muy pequeño, y enseguida otro más grande.

—Está buena, ¿verdad? —dice mi madre sonriendo—. Cuando la he comprado aún estaba viva.

Miro fijamente el ojo blanco de la lubina, la boca medio abierta, la piel crujiente separada del resto del cuerpo, y vuelvo a oír esa vocecita en mi tripa que me ruega que coma un poco más, sólo otro trocito. No sé cómo acallarla. Cuanto más me habla esa voz, menos me horroriza ese animal muerto que hay en el plato, e incluso se me hace la boca agua.

Estoy hundiendo el tenedor en el lomo blanco del pescado cuando mi padre se asoma a la cocina, con la cartera abierta en la mano, y dice:

—Aquí falta dinero.

Intento que no se note que estoy cagado de miedo. Mi madre lo mira sin comprender, y él insiste.

—Me faltan veinte euros. ¿Los has cogido tú?

—No, te lo habría dicho. ¿Estás seguro?

—Sí. El día del accidente saqué del cajero doscientos euros, y ahora sólo hay ciento ochenta.

—Pues qué raro.

—Eso mismo digo yo.

Mi madre no sabe qué contestarle.

—Bueno, hombre, veinte euros tampoco es tanto...

—¿Y eso qué tiene que ver? No es por los veinte euros. Es por saber qué ha pasado con ellos.

—¿Y qué quieres que haya pasado? Te los habrás gastado y después del golpe ya no te acuerdas.

Mi padre deja la cartera pero no está convencido. No para de torturarse el bigote en toda la comida.

Mi madre entorna la puerta de casa para que no entre la luz y se sienta a la mesa del jardín a hacer un solitario. En el silencio de la tarde de vez en cuando una piña se estrella contra el suelo, y ella se sobresalta, despotricando de los árboles.

A eso de las cinco aparece mi padre, con su jersey blanco de lana sobre los hombros, su sombrero de verano y la muleta. En casa ya no la usa, pero en la calle se apoya en ella con la naturalidad de un cojo.

En la playa ya han cerrado las sombrillas. Mi madre y yo nos sentamos en el bar, y él se va andando hasta la orilla solo. Se sienta con los codos clavados en la arena y los pies en el agua, y se queda contemplando la luz rojiza del horizonte, que se va volviendo cada vez más pálida.

Mi madre tiene ganas de llorar y, como estamos solos, no se contiene. Delante de mi padre no lo hace nunca. Cuando llora se le hincha la cara y hace ruido, y él no lo soporta, dice que parece que estuviéramos encerrados en un sitio aunque estemos al aire libre.

22

Nada más enfilar la calle de nuestra casa, nos detenemos a mirar la fachada del edificio. Está cubierta por una gran mancha gris que se mueve.

—Pero ¿qué es eso? —pregunta mi madre.

En el aire se oye un zumbido frenético que se vuelve cada vez más fuerte. Esa mancha gris parece un enorme enjambre de insectos, pero al acercarnos vemos que no son insectos, sino ratas. Giran sobre sí mismas como locas, corretean de un lado a otro sin ir a ningún sitio en concreto. Nunca había visto tantas ratas juntas. Parece que se hayan agrupado todas las ratas del mundo y que quieran entrar en nuestra casa.

—Dios, qué asco —dice mi padre retrocediendo.

Los perros gruñen furiosos. Mi madre se ha quedado boquiabierta. Estamos demasiado cerca, pienso, ahora olerán nuestra carne empapada en sudor y se nos echarán encima. Pero mi madre es más rápida, se vuelve y me arrastra hacia la verja. La calle está llena de gente que ha huido de las casas vecinas. No se ve ni un trozo de pared libre, las ratas están por todas partes.

Aparecen los bomberos, haciendo sonar las sirenas a todo volumen. De una furgoneta municipal sale un grupo de obreros con monos blancos y bombonas a la espalda como las que se usan para bucear. Al parecer ha habido un problema con la desratización de la pineda, explican, y nos piden que de ninguna manera entremos en casa

hasta mañana. Mi padre los escucha en silencio y niega con la cabeza.

—Yo no vuelvo a poner un pie en esta maldita isla.

Mi madre respira hondo, parece estar a punto de añadir algo, pero al final se calla, me da la mano y, con los perros sin poder dejar de ladrar, nos alejamos del vecindario.

Resulta extraño buscar un hotel cuando vas sin equipaje, yo en traje de baño, mi madre con su pareo transparente y mi padre con ese jersey sobre los hombros. Pero no somos los únicos. Los hoteles hacen su agosto gracias a las ratas. Vamos de aquí para allá durante horas, preguntando en todas partes si tienen sitio, pero a los perros no los acepta ningún hotel.

—Basta, ya no puedo más. —Mi padre se sienta a una mesa de un bar y mira a mi madre casi como si la culpa la tuviera ella—. Total, es inútil, estamos en temporada alta.

Ella se queda callada unos segundos y luego le pasa las correas.

—Esperadme aquí. Dentro de poco se hará de noche, y no podemos dormir en la calle.

Al final encontramos habitación, pero tenemos que apañarnos los tres con una única cama individual y una camita supletoria, y los perros en el cuarto de baño, tumbados en el suelo. Mi madre ocupa ella sola la cama supletoria entera, y, para no acabar aplastado, tengo que acurrucarme entre sus piernas, pero aun así de vez en cuando recibo una patada o un rodillazo en la espalda. Y, por si fuera poco, cuando está nervioso mi padre ronca como un jabalí. Mi madre le va dando pellizcos, pero el silencio dura medio minuto. No puedo mantener los ojos cerrados, en cuanto lo hago vuelvo a ver a las ratas, la furia con la que trepaban por la pared de casa, ese movimiento rabioso que llenaba el aire.

A la mañana siguiente nos despertamos tarde, a cual más entumecido. Hasta los perros están sin fuerzas, se tambalean. Es como si se hubieran hecho viejos en una noche.

Cuando regresamos a casa, mis padres inspeccionan las habitaciones a conciencia. Abren los armarios, miran dentro, asustados, y se sobresaltan al menor ruido.

Hasta que, poco a poco, todo vuelve a la normalidad. Mi padre se acuesta en el sofá, mi madre se pone a cocinar, y los perros salen al jardín a tumbarse a la sombra de un árbol. Yo sigo pensando en las ratas, pero, cuanto más pasa el tiempo, más me cuesta saber si eran de verdad o sólo las soñé.

23

Mi padre sigue quejándose de lo mal que durmió anoche. Mi madre mientras tanto coge un poco de pasta de mi plato con el tenedor y me lo acerca a la boca. Yo escondo una mano debajo de la mesa, me clavo las uñas en la pierna y aprieto con todas mis fuerzas.

No hay otra manera: para resistir la tentación de comer tengo que morderme el brazo o tirarme del pelo, el dolor es lo único que acalla esa voz que oigo en mi tripa.

Mi padre termina de comer y sube a hacer el equipaje, pero a mitad de la escalera se para.

—¿Por qué no volvéis vosotros también?

Mi madre se queda atontada, como si acabaran de darle una bofetada.

—¿Nosotros?

—Sí, vosotros. Ya casi ha terminado el verano, ¿qué pintáis aquí?

—Pero, hombre, sería una pena, todavía lo puedo llevar un poco más a la playa, a bañarse en el mar.

—¿Más? Pero ¡si lleva tres meses bañándose en el mar! Venga, volvamos todos a casa. Además, después de todo lo que ha pasado, no me apetece dejaros aquí solos.

Mi madre busca desesperadamente una excusa, un motivo para sustraerse, entonces mira mi plato de pasta, aún lleno, y con un hilo de voz dice:

—Pues sí, vale, igual es lo mejor.

Mi padre sigue subiendo la escalera a paso aún más lento, y ella se sienta a mi lado.

—Venga, termina de comer.

—No tengo ganas.

—Anda, sólo un poquito.

Me clavo las uñas en la pierna y le digo que no con un movimiento de la cabeza.

Mi madre suspira y aparta el tenedor.

—Querías quedarte aquí con Lucio, ¿verdad?

—Sí —contesto, y ella me sonríe.

—¿Quieres despedirte de él antes de marcharnos?

Llamamos al timbre un par de veces, pero no hay respuesta.

La frutería estaba cerrada, por eso hemos ido hasta la casa de Maria, pero aquí tampoco parece haber nadie. Estamos a punto de irnos cuando la puerta se abre y aparece Maria, arreglándose el pelo, más despeinado de lo habitual.

—Nos vamos hoy —le explica mi madre—, hemos venido a despedirnos de Lucio.

—Lucio está malo, tiene fiebre alta.

—Pobrecito, cuánto lo siento.

—No es nada —contesta Maria—. Así al menos para quieto un poco.

—No queremos molestar. Será mejor que nos vayamos.

—Pero si no es molestia. —Maria nos deja pasar—. Entrad, voy a hacer un café.

La puerta de la habitación de Lucifer está cerrada. Pasamos por delante y no se oye ni un ruido ni una queja, nada.

—Está durmiendo —dice Maria, como si me hubiera leído el pensamiento.

Se me pone la piel de gallina, sigo mirando fijamente la puerta cerrada y sé que sólo esconde un cuarto vacío. No me contengo, quiero echar un vistazo, pero la voz de Maria me deja helado en cuanto apoyo la mano en el picaporte.

—Te he dicho que está durmiendo. Vamos a dejarlo tranquilo, ya verás como dentro de un rato se despierta.

Mi madre me indica con un gesto que lo deje y me aleja a rastras de allí.

Maria nos precede en la cocina, se disculpa por el desorden y nos pide que nos sentemos. Después corta un trozo de tarta, me lo pone delante y se va a preparar el café.

El aroma despabila de inmediato la voz de mi tripa. Sin que me vean, cojo el tenedor y me lo clavo en la cara interna del muslo. Aprieto con todas mis fuerzas, siento que la piel está a punto de desgarrarse.

Maria pone la cafetera en el fuego y, cuando vuelve a la mesa, repara en que aún no he probado la tarta. Mi madre no se da cuenta, está demasiado ocupada en contarle el accidente de mi padre y los últimos días que hemos pasado en casa atendiéndolo. De las ratas, sin embargo, no dice nada, quién sabe por qué, y de nuevo temo que sólo haya ocurrido en mi cabeza, mientras dormía y creía estar despierto.

Pero Maria mientras tanto no me quita ojo de encima.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada. Estaba jugando con el tenedor.

—El tenedor es para comer, no para jugar.

—Vamos —me reprende mi madre—, qué modales son ésos.

Vuelvo a dejar el tenedor en el plato, y la voz de mi tripa empieza a quejarse. No puedo más, me retumba en la cabeza hasta que corto un trozo de tarta y me lo trago. Pero no le basta, me la tengo que comer entera.

Nada más terminar, me levanto y pregunto si puedo salir a jugar al jardín. Mi madre me da permiso, y corro a la parte trasera de la casa, donde está el agujero de los conejos. Levanto la rejilla, me arrodillo y me introduzco dos dedos en la garganta, pero no sale nada, sólo escupo saliva. Me entran ganas de llorar, me restriego la campanilla con más fuerza, y por fin el estómago responde y echa un chorro de vómito amarillo que se estrella sobre los conejos.

Me escondo a un paso de la puerta de la cocina, pegándome mucho a la pared.

—¿Has visto cómo se ha terminado la tarta en un momento? —está diciendo Maria.

Mi madre asiente y habla bajito; incluso se cubre la boca con una mano para que yo no la oiga.

—Hace unos días que come un poco más de lo habitual. Esperemos que la cosa dure.

—No te preocupes, ya verás como a partir de ahora todo mejora.

Mi madre le sonríe, emocionada, y mira la hora.

—Se ha hecho tarde, tenemos que irnos. Mi marido nos espera. —Al cabo de un momento añade en voz más baja—: Gracias por todo.

Entro en la cocina y hago como si acabara de llegar.

Maria se limpia en el delantal, le estrecha la mano a mi madre, la cita para el año que viene y nos acompaña a la puerta.

Me paro delante de la habitación de Lucifer y pregunto si me puedo despedir de él antes de marcharnos.

—Espera, voy a ver si está despierto.

Maria abre un poquito la puerta y se asoma.

—Lucio... —Finge—. Lucio... —lo llama un par de veces, luego cierra la puerta y dice que lo siente, que sigue dormido.

Pero no es verdad, no hay nadie ahí dentro.

A Lucio se lo ha comido su madre.

24

Mi padre es el primero en bajar la maleta. Se repasa los bolsillos para asegurarse de que lo lleva todo y aguarda impaciente, aunque aún queden dos horas para irnos.

Fuera de casa se pone a discutir con mi madre sobre cómo llegar al puerto. Ella quiere ir dando un paseo, pero al llegar a la plaza él para enseguida un mototaxi.

Cargamos el equipaje en el maletero, nos sentamos y nos colocamos a los perros entre las piernas.

No hay tráfico, a esa hora todo el mundo está en la playa o en su casa descansando.

—Qué hatajo de inútiles —refunfuña mi padre al pasar junto al cuartel de los carabineros.

—Venga, olvídalo. —Mi madre le acaricia la rodilla con la mano, y él aparta la pierna.

El taxista mientras tanto no deja de lanzarme miradas furtivas por el retrovisor. Yo también lo miro, tratando de recordar si me he subido alguna vez a su taxi con Lucifer, pero a mí estos taxistas me parecen todos iguales, con esos bigotazos que les tapan la boca, las piernas cortas y los pantalones subidos hasta el pecho. También los taxis que conducen son todos iguales, aunque alguno que otro esté pintado por dentro de rojo, azul o verde, y otros tengan una esterilla de mimbre sobre el asiento o un tubo de goma alrededor del volante. Hay quien lleva colgada la foto de la mujer, de los hijos o de

la madre, o de algún santo, cada uno busca la protección de quien quiere, pero no sé cómo los santos consiguen distinguirlos, no confundir un mototaxi con otro, yo no soy capaz, y cuanto más percibo la mirada del taxista, más temo que me haya reconocido. Pienso en la cara que pondrá mi padre cuando entienda que fui yo quien le rompió la nariz, en la de mi madre, muerta de vergüenza, y me asalta un picor debajo de la piel que no me deja estarme quieto. Ha llegado el momento en que me descuartizan sólo por el gusto de no tenerme ya en casa incordiando.

Faltan pocos metros, el semáforo se pone en verde, doblamos la esquina y nos detenemos ante la taquilla donde se compran los billetes para el ferri. Bajo del taxi con la cabeza gacha, pegado a las piernas de mi madre. Mi padre paga y coge el cambio. Serán unos diez segundos, pero se me hacen eternos. Miro al suelo y no consigo pensar en otra cosa, ahora el taxista va y me reconoce. Vete, puñetero, coge el dinero y lárgate, vuélvete con tus santos o muérete, cáete fulminado aquí mismo, pero déjame.

Por fin el mototaxi se aleja, y mi miedo desaparece. Queda sólo un cansancio infinito, me dormiría si no estuviéramos en mitad de la calle.

Sacamos los billetes y nos sentamos a esperar en un bar. Mis padres toman café y a mí me piden un helado, pero le dicen al camarero que me lo ponga en una copa; de esa manera, si dejo que se derrita, no me mancho entero.

No consigo contenerme, tomo varias cucharadas de nata y empiezo a comer la bola de chocolate. Mi madre se da cuenta y, para llamar la atención de mi padre, le da una palmadita en el brazo. Él levanta la vista del periódico, se me queda mirando un momento y reanuda su lectura. Mi madre mientras tanto no puede parar de sonreír. Camino del ferri anda como si llevara un vestido nuevo.

Estamos en mitad de la pasarela que lleva a bordo de la embarcación cuando se pone a llover. Me vuelvo a mirar la hilera de casitas frente al muelle, pero sin sol los colores apenas se distinguen.

—Hemos hecho bien en marcharnos —dice mi madre—. Se está estropeando el tiempo.

Ocurre todos los años: los días se vuelven más cortos, las playas se retiran, llega el invierno y se come la isla. También nuestro ferri parece siempre el último en zarpar.

Otoño

1

El viento barre las calles y trata de derribar los edificios. Mi madre me sujeta con fuerza para que no salga volando mientras cruzamos. Cierro los ojos, imaginando el ruido de las ventanas al romperse en pedazos, diez pisos que pierden el equilibrio, se tambalean y se estrellan contra el suelo, pero, cuando vuelvo a abrirlos, ya estamos a salvo, al otro lado de ese portón, blindado como si tuviera que contener la carga de un carro armado. En el reflejo del espejo amarillento del ascensor mi madre tiene el pelo despeinado y la cara triste de un búho. Suena el timbre en el cuarto piso, y la secretaria nos hace pasar. En la sala de espera hay tres familias y varias revistas esparcidas entre las sillas vacías, por la ventana se entrevé una franja gris de mar. Son casi las siete, cada vez anochece antes.

Berti Camani nos recibe con esa sonrisa confiada que luce siempre al principio de las consultas.

—¿Han pasado unas buenas vacaciones?

—Más o menos —contesta mi madre—, parecía que le había entrado un poco de hambre, pero, desde que hemos regresado de la playa, está peor que antes. Puede ver usted mismo lo flacucho que vuelve a estar.

Para resistir a la comida me muerdo la lengua a escondidas, oculto las manos debajo de la mesa y me retuerzo los dedos hasta

casi partírmelos, pero cada día es más difícil acallar la voz de mi tripa, tengo que hacerme todavía más daño.

El pediatra me dice que me desnude, me pesa, me mide y observa nervioso mis mejillas hundidas, la espalda encorvada, los huesos cubiertos por un velo de carne. No se ve desde fuera, pero dentro de mí hay otro niño que crece escondido bajo mi piel, es suya esa voz que me atormenta. Somos idénticos, es imposible distinguirnos, pero queremos cosas distintas. Si yo estoy cansado, él quiere jugar; si yo no quiero comer, él se muere de hambre; si yo estoy triste, a él le entran ganas de reír. Yo soy débil, y él es más fuerte cada día.

Berti Camani vuelve a su escritorio y, como si tuviera que decir algo a la fuerza, suelta:

—Este niño tiene una parte del cuerpo, la mitad izquierda, más grande que la otra, la derecha. Le ocurre a todo el mundo —separa los brazos a ambos lados del cuerpo—, pero en su caso esta diferencia es unos milímetros demasiado grande. Cuando sea mayor se le notará, me temo, sobre todo en las fotos. Por lo demás, no tiene nada —añade disgustado.

Mi madre está empequeñeciendo, se la ve cada vez más redonda, más pulida, se ha transformado casi en una piedra.

Me acerco a mirar los animalitos de cerámica de la librería. Han trasladado las placas y las copas a un estante más bajo, por fin consigo leer lo que pone en los letreros. La cucaracha ganó un torneo de tenis cuando era joven, la mayoría de las placas son reconocimientos a su trabajo como médico, uno de los premios se lo ha dado su familia, una de esas copas de mentira al mejor padre del mundo.

A mi espalda, Berti Camani le aconseja a mi madre que «afronte la cuestión con decisión». Me vuelvo mientras se quita las gafas,

apoya los codos en la mesa e inclina ligeramente el busto.

—Señora, ¿usted sabe poner inyecciones?

—Pues la verdad es que hasta ahora sólo se las he puesto a los perros.

—Muy bien, con eso vale —contesta él, y escribe en una hoja el nombre de la medicina que mi madre tendrá que inyectarme dos veces al día durante tres meses.

Las palabras «tratamiento reconstituyente» me dejan helado.

Mi madre intenta decir que quizá sea mejor que venga un practicante a casa, pero él insiste en que no hace falta.

—Yo la ayudo, no se preocupe. La primera la vamos a poner juntos. —Coge un frasquito de un cajón, perfora el tapón con la aguja y aspira una pasta blanca que sube con dificultad.

El escalofrío me llega hasta la cabeza.

—Acuéstelo —le dice a mi madre.

En cuanto ella se levanta, me refugio detrás de la camilla y doy vueltas alrededor.

—¡Basta! ¡Ven aquí enseguida!

Corro hacia la puerta, pero ella me corta el paso y choco contra un carrito lleno de objetos metálicos que caen al suelo. Berti Camani se pone nervioso y me persigue él también por toda la habitación. No sé adónde ir, me lanzo hacia la librería y trepo por ella. Estoy casi en lo alto cuando siento que me agarran de un tobillo. Intento zafarme dando patadas, vuelco una consola y caigo al suelo, arrastrando tras de mí las placas, las copas y las tortugas de porcelana, que se hacen añicos en el suelo.

Mi madre es una masa de carne que hierve. Me levanta tirándome de un brazo y me pega un bofetón.

—¡Mira la que has armado! ¡Pídele perdón al doctor ahora mismo!

—Señora, déjelo, no pasa nada —interviene el pediatra, pero no es verdad, va a explotar de rabia. Observa incrédulo la librería

arrasada, está despeinado, sudoroso, con la camisa por fuera de los pantalones y la corbata floja—. Mejor pongamos de una vez esta inyección.

Mi madre me levanta en volandas y me tumba en la camilla.

Berti Camani señala el lugar, siento su dedo gélido en el trasero.

—Vamos, señora. Con decisión.

Después su voz suena más débil, casi como si le estuviera confiando un secreto.

—No tenga miedo.

La aguja entra sin esfuerzo, y me echo a llorar desesperado. La medicina me arde y siento que me muero.

—¿Ha visto? —El pediatra sonríe satisfecho—. Ya le había dicho yo que era una tontería.

2

La habitación se llena de luz, y yo me tapo la cabeza con las sábanas.

—Vamos, arriba, que es tarde. —La voz chillona de mi madre se aproxima, repitiendo esa palabra odiosa que se retuerce hasta perder el sentido—. Es tarde, es trasde, es estrasde.

—¡Tengo sueño, no quiero ir! —Intento resistirme, agarrándome al colchón, pero ella me saca de la cama y me lleva a rastras a desayunar.

—Ya verás, el nuevo colegio es fantástico, te va a encantar.

Hace días que no habla de otra cosa, ni que fuera a ir ella a este colegio nuevo. Yo prefería el antiguo, al menos estaba al lado de casa, y no tenía que madrugar tanto. Le he oído comentar a mi padre que este nuevo es muy caro. No estaba nada contento, dijo que para él era tirar el dinero, pero mi madre le contestó que no, que valía mucho la pena porque hay unos campos de deporte preciosos, con un montón de verde alrededor, aulas nuevas y limpias, con buena calefacción, y pocos niños por clase para que los profesores puedan atenderlos bien. «Hasta hay una cafetería», añadió al final, pero por cómo lo dijo parecía lo más importante.

Para hacer caso omiso del aroma de la leche caliente y de las galletas me piso los dedos del pie derecho con el talón izquierdo. El otro niño que hay dentro de mí se agita, tiene hambre, me implora que coma al menos una galleta. Me aplasto los dedos aún más

fuerte, y la corriente de dolor que me llega hasta el cerebro lo hace callar.

Mi madre sigue hablando sola incluso mientras me lavo los dientes, me visto y nos metemos en el coche. Está convencida de que en el nuevo colegio haré un montón de nuevas amistades y de que me lo pasaré en grande. Pero ¿cómo puede uno pasarlo bien en el colegio con los exámenes, los deberes para casa y esas odiosas clases de gimnasia de las que siempre salgo hecho polvo?

Mi padre conduce en silencio. Sólo de vez en cuando se mira en el espejo retrovisor y hace una mueca. Le ocurre a menudo desde que se quitó el vendaje. Desde que recibió ese golpe está empeñado en que la nariz se le ha quedado un poco torcida. Mi madre le repite día tras día que no es verdad, que está como antes, pero en cuanto ve un espejo mi padre se mira perplejo, como si viera reflejada la cara de otra persona.

El tiburón recorre lentamente el camino de entrada al colegio, superando a dos por hora los badenes que preceden a cada curva. Aparcamos delante de un portón de hierro y subimos una gran escalera de mármol blanco. A cada tramo el vocerío se hace más intenso, hasta que desembocamos en un vestíbulo lleno de niños acompañados por sus padres.

Los míos van a saludar a la directora y después me dejan con la profesora, una señora bajita, menuda, paticorta y con los ojos saltones que me sonríe sin motivo.

—Nos vemos a la salida. Pórtate bien —me dice mi madre.

Mi padre me dedica apenas un gesto de despedida, yo me uno a la fila y sigo a la profesora hasta el aula.

Los chicos forman un grupo compacto de la primera a la última fila de pupitres del lado derecho, y las chicas lo mismo en el lado izquierdo.

Me siento junto a un niño gordo de mirada inexpresiva.

—Hola, me llamo Federico. —Saca del estuche los bolis y lápices, y los coloca en orden en la mesa.

—¡Silencio!

La profesora da varias palmadas y empieza a pasar lista; mis compañeros levantan la mano. Con esos michelines y esas mejillas sonrojadas tienen los días contados. Ríen, se agitan en las sillas, pero están todos muertos. Sólo uno tiene mi misma tez de fantasma, está sentado unas filas más atrás, con el tronco doblado sobre el pupitre como una babosa. Cuando la profesora les pide a los nuevos que se levanten y se presenten, descubro que además es tartamudo. Tarda mil años en decir que se llama Marcello, y enseguida toda la clase se pone a imitarlo para burlarse.

Las primeras dos horas me aburro como una ostra. La profesora nos pide que contemos cómo hemos pasado el verano. Todos dicen lo mismo. Unos han ido a la playa, otros, a la montaña; unos han ido de viaje, pero allí donde hayan estado han visto lugares preciosos, han jugado con los amigos y han comido muchos helados. Parecen esos muñequitos que aplauden cuando les das cuerda, repitiendo sin parar la misma frase. Todos hablan muy bien de los padres, que si mamá esto, que si papá lo otro, ¿será posible que ninguno se haya dado cuenta de que los llevan de la manita al matadero?

Cuando llega mi turno, pienso en el pobre Lucifer, en nuestras carreras en mototaxi y en la nariz rota de mi padre, pero sólo digo que me he pasado el verano en la playa con mi madre.

—¡Qué rollo! Todo el verano en el mismo sitio —dice uno de mis compañeros a mi espalda.

Me vuelvo, pero no acierto a ver quién ha sido, me miran todos de la misma manera, inspeccionando cada centímetro de mi cuerpo; ellos también tratan de descifrar algo de mí. A saber qué, pienso

mientras vuelvo a sentarme, y entonces se levanta Federico: se ha ido quince días de crucero, diez al campo y una semana a casa de una tía que vive no sé dónde. Hasta primeros de septiembre no ha parado. Por eso debe de estar tan cansado. Cuando termina de contar su verano se sienta otra vez y se queda quieto, mirando la pizarra vacía, hasta que suena el timbre del recreo.

—¿Qué haces, te vienes a la cafetería? —me pregunta, y, sin esperarme, corre detrás del resto de la clase, que sale en tropel del aula.

La cafetería es una pequeña habitación donde una empleada vende bollería industrial, zumos, chocolatinas, patatas fritas y cruasanes.

Corpulento como es, Federico se abre camino a empujones y al cabo de pocos segundos está frente al mostrador. Entre el gentío reconozco a Marcello, que pugna por llegar él también.

Me quedo apartado mirando a esos locos que se afanan por comprar comida, y oigo al niño de mi tripa empezar a quejarse. Intento distraerme observando el exterior, las nubes parecen apoyarse sobre los tejados de los edificios, respiro grandes bocanadas de aire fresco, pero cada vez es más fuerte el sonido de las bolsas de patatas fritas al abrirse, el de los bollos crujientes al masticarse, el olor de los cruasanes recién salidos del microondas. Ahora entiendo el empeño de mi madre en mandarme a este colegio nuevo. La jaula es más grande, pero los barrotes están aún más juntos.

Tengo que irme de aquí. Corro al aula, cojo un lápiz del estuche, lo afilo y me clavo la punta en la palma de la mano. Aprieto hasta que veo brotar unas gotas de sangre, y por fin el dolor acalla el hambre.

Unos minutos después, Federico vuelve al aula.

—¿Quieres? —Me ofrece una bolsa de patatas fritas.

—No, gracias —contesto, y él se las zampa en un santiamén.

Marcello acaba de volver también. Devora a mordisquitos una tableta de chocolate y va rompiendo el papel de aluminio del envoltorio. Nada más terminarla, se saca otra del bolsillo y se la come de inmediato. Me da envidia, no entiendo cómo puede estar tan flaco teniendo tanta hambre. El muy asqueroso seguro que ni siquiera necesita vomitar.

Federico se queja de que, en la cafetería, excepto por las patatas fritas, sólo venden cosas dulces, y él es más de salado. Marcello tartamudea que a él, en cambio, le vuelven loco los dulces, y se ponen a discutir si es más bueno un bocadillo de embutido o una tostada con Nutella. No están de acuerdo en nada, pero, cuando termina el recreo y Marcello se dirige desconsolado a su mesa, Federico lo retiene y le dice que se siente a su lado.

Todo ocurre como si yo no estuviera ahí. Marcello acepta sin pensarlo dos veces, corre a coger su cartera y se sienta en mi sitio.

Recojo mis cosas y me voy. Al fondo de la clase hay una mesa libre. Coloco la mochila al lado de la silla, pero llega un gordinflón y dice que no puedo estar ahí.

—¿Por qué? —pregunto.

—¡Porque no!

Tiene unos ojos inexpresivos, planos como los de una foto. Coge mi mochila y la lanza unas filas más adelante. Corro a recuperarla, pero otro niño la atrapa y la arroja al extremo opuesto del aula, donde otro la pilla al vuelo y se la pasa de nuevo al gordinflón.

—¡Devuélveme la mochila! —Voy hacia él, conteniendo las lágrimas con dificultad.

Él finge dármela, pero luego retira la mano y tira la mochila por la ventana.

Me asomo al alféizar y me quedo mirando los bolis y los cuadernos desperdigados por el patio. Todos los demás se ríen a mi espalda. Los odio, el único pensamiento que me consuela es imaginarlos envueltos en papel de aluminio, hechos pedazos en una

nevera, triturados entre los dientes de sus padres. Pero no es verdad que me consuele, lo único que quiero es salir corriendo a esconderme donde pueda llorar a gusto sin que nadie me vea.

A la salida me están esperando mis padres. Mi madre pone una de sus sonrisas deformes y me pregunta qué tal me ha ido. Me meto en el coche sin contestarle, y por la ventanilla veo a mi padre encogerse de hombros y rodear el tiburón para sentarse al volante.

Por el camino, mi madre intenta hacerme alguna pregunta sobre la profesora y sobre mis compañeros de clase, pero tengo ese nudo en la garganta que no se me quita, estallará si abro la boca.

3

—¿Cinco por siete?

Me quedo callado, fingiendo que calculo, pero sólo puedo pensar en la jeringuilla.

Todos los días, después de comer y de cenar, me toca esta nueva tortura que ha impuesto el pediatra. Tengo el trasero lleno de moratones, no da tiempo a que se curen, enseguida me hacen un nuevo agujero.

—Venga, calcula —dice mi madre con impaciencia, y se pone a hacerlo en mi lugar, levantando un dedo tras otro—. Cinco, diez, quince...

No entiendo de qué sirve estudiar, para qué me mandan al colegio. Como si mi carne fuera a ser más rica porque me aprenda las tablas de multiplicar y la historia, o porque escriba todas las palabras sin faltas de ortografía. Tiene que haber una razón oculta.

Mi padre se asoma a la cocina y se queda mirando los libros extendidos en la mesa.

—Pero ¿es que esta noche no se cena? Son casi las nueve.

Mi madre se vuelve hacia él rezongando.

—¿Y yo qué culpa tengo? El niño tiene que hacer los deberes.

—¿Todavía? ¿Y qué ha hecho en todo el día?

Mi madre respira hondo.

—Vale, muy bien, mañana irá al colegio sin saberse la lección. ¿Contento?

Mi padre se mete las manos en los bolsillos y se me queda mirando fijamente.

—¿Por qué no has estudiado?

Bajo la mirada.

—¡Te he hecho una pregunta!

Busco la complicidad de mi madre, pero él me coge de la barbilla.

—¡Contesta!

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas.

—¡Y no llores!

Nada más decirlo, estallo en sollozos.

—Muy bien, ya le has hecho llorar.

Mi madre viene a secarme las lágrimas, yo me zafo de su abrazo, recojo mis libros y mis cuadernos, y subo a mi habitación.

Me paro en mitad de la escalera.

—¡Pues claro que es culpa tuya! —está diciendo mi padre—. Los deberes los tiene que hacer él solo. Si se los haces tú, no aprenderá nada.

—¡Que los ha hecho él solo! Se ha pasado toda la tarde encerrado en su cuarto. Pero cuando le he preguntado la lección, no se la sabía.

—Entonces ¡quiere decir que es estúpido! Es inútil perder el tiempo con él.

Esa frase me retumba en la cabeza y me pone la piel de gallina. Éstos me matan esta noche. Me refugio en mi cuarto y me escondo dentro del armario. Me acurruco a oscuras, cierro los ojos y me quedo quieto hasta que me llaman desde la cocina.

—Baja, que ya está la cena.

Nada más terminar de cenar, mi padre deja la servilleta en la mesa y le lanza una mirada a mi madre.

—Venga, démonos prisa.

En cuanto dice esto, me bajo de la silla y salgo corriendo. Mi madre me persigue enseguida, los perros ladran, tratando de cortarle el paso, pero ella se zafa de ellos de una patada y me agarra del brazo.

—¡Ya está bien! —exclama, zarandeándome—. ¡No podemos sufrir esta tortura todos los días!

El miedo hace que la fuerza me vuelva a las piernas, le doy un empujón y echo a correr de nuevo. Me meto en el baño, me subo al váter y de ahí al alféizar de la ventana. Ya casi lo he conseguido, estoy a punto de saltar al balcón cuando mi padre aparece delante de mí.

—¡Vuelve dentro ahora mismo! —Levanta la mano para darme una torta.

En un intento por esquivarla, choco contra la pared y acabo en el suelo. Mi madre me aferra y me saca a rastras del baño mientras yo grito y me agarro donde puedo. En el pasillo, los perros nos observan de reojo para que nadie repare en ellos.

—Cállate. —Mi padre me da una bofetada—. Que te calles, que nos oye todo el mundo. Tú también —le dice a mi madre—. ¿¡Por qué chillas de esa manera!? ¿Qué van a pensar los vecinos, con todo el jaleo que armáis cada día?

Mi madre no le contesta. Las inyecciones hay que ponerlas a toda costa, Berti Camani ha dicho que no debo saltarme ni una.

Me bajan los pantalones y me sujetan boca abajo sobre la cama.

La aguja me perfora el trasero, y un segundo después entra el veneno.

Cada día me duele más.

—Ya puedes vestirte. —Mi madre tira la jeringuilla, mi padre me suelta, y salen los dos de la habitación.

Un calambre me recorre la pierna entera. Espero a que se pase el dolor, con la cara aplastada contra la almohada. *Otto* y *Ringo* se

acercan y me lamen la mano que cuelga fuera de la cama.

4

Ante el espejo del baño pruebo a poner cara de malo, pero no me sale. Tengo demasiado pelo, todo revuelto, como si intentara escapar de mi cabeza. Abro el grifo del agua caliente, me lo mojo y me lo peino hacia atrás.

Mi madre entra cuando estoy trazando una raya perfecta.

—¿Todavía no te has vestido? Date prisa. Son casi las ocho.

El autobús del colegio pasa cada mañana a las ocho en punto. Para delante de casa y hace sonar la bocina dos veces. Lo espero sentado en la cama, apoyado en el cabecero. No consigo mantener los ojos abiertos, tengo que cerrarlos, aunque sólo sea un momento. La mochila resbala hacia el suelo, y me veo entre la multitud de niños, en la puerta del colegio. Están todos atados con una cuerda. Las profesoras llevan zancos y de vez en cuando pisan algún niño. A los aplastados los trasladan detrás y los meten en una máquina que los transforma en tiza. Los demás lloriquean todos a un tiempo, cada vez más fuerte, hasta que ese sonido estridente se convierte en la bocina del autobús, pero no son los dos toques de costumbre, es un sonido largo, insistente, que me obliga a abrir los ojos.

—Pero ¿es que no lo oyes? —Mi madre entra jadeando en mi cuarto, me ayuda a ponerme la mochila y me acompaña a la calle corriendo.

Los perros apoyan las patas delanteras en el alféizar de la ventana y aúllan desesperados.

Nada más subir al autobús, la señorita me indica con un gesto que vaya a sentarme y cierra la puerta. El ruido sordo del metal al cerrarse acalla un segundo el vocerío de los niños, el conductor mete primera, y entonces vuelven a reír y a gritar aún más fuerte. Esta señorita debería vigilarnos hasta llegar al colegio, controlar que no hagamos travesuras ni nos lastimemos, pero en realidad se pasa todo el tiempo sentada delante, mirando los brazos musculosos del conductor. Y no sé por qué la llamamos señorita, si tiene la cara arrugada como una pasa.

Mientras nos alejamos, mi madre se queda en la acera, sonriendo y diciéndonos adiós con la mano. Busco un asiento de ventanilla, pero están todos ocupados. Me instalo lo más al fondo que puedo, con la mochila sobre las piernas, sin hablar con nadie. Me gustaría ser invisible.

En la ruta está también Luca, el gordinflón que me tiró la mochila por la ventana. Se está dando empujones con otro niño. Se amenazan y luego se echan a reír, no sé si están jugando o van en serio. Sólo sé que no tengo que mirarlo, pero, por más que lo intento, no lo consigo, tiene una sonrisa malvada que le descubre los dientes, puntiagudos como cristales rotos.

La señorita se gira de vez en cuando y le dice que se esté quieto, pero lo hace riendo, y enseguida vuelve a concentrarse en los brazos musculosos del chófer.

No debo mirarlo, pero ya es tarde, se ha dado cuenta. Se levanta y viene hacia mí. Tengo miedo, no sé de qué pero tengo un miedo tremendo. Cierro los ojos y me agarro a la mochila con fuerza. El tiempo pasa más despacio, quizá se haya parado, el vocerío de los demás niños se ha apagado de repente. Vuelvo a abrir los ojos y veo que estamos en el patio del colegio. Bajan todos corriendo, yo me quedo solo entre los asientos vacíos, y la señorita se me acerca.

—¿Qué haces ahí todavía?

Veo mi cara reflejada en la ventanilla. Tengo el pelo revuelto. Intento levantarme pero no lo consigo, me tiemblan las piernas.

—Sapo, sapo, sapo.

Durante el recreo me quedo solo en el aula. Total, los demás niños únicamente me dirigen la palabra para decirme que soy un fideo y que juego de pena al fútbol. Y, por si fuera poco, la profesora me ha sentado al lado de una chica. Martina tampoco habla conmigo, se pasa todo el tiempo escuchando la lección, con la silla lo más lejos posible de mí, oculta tras su cabello largo y fino. Sólo se vuelve de vez en cuando sin motivo para lanzarme miradas de asco. Me he olido las axilas, pero creo que no huelo mal. Sin embargo, hoy también, a la hora del recreo, Martina se ha levantado y ha salido corriendo de clase. Cuando se iba, le he oído decir a sus amigas que no era justo, «¿Por qué me tengo que sentar yo con el sapo?».

Me he quedado en mi sitio y no podía dejar de pensar en eso. La voz de Martina llamándome sapo seguía resonando en mi cabeza, hasta que la voz del otro niño que tengo dentro de mí se ha impuesto y ha empezado a torturarme.

Hoy se muestra más terco que de costumbre, me suplica que vaya a la cafetería a comprarme algo, cualquier cosa, aunque sólo sea una chocolatina. Para hacerlo callar me muerdo la carne que hay entre el índice y el pulgar, me clavo los dientes hasta hacerme sangre.

Todavía me estoy limpiando con la hoja de un cuaderno cuando los demás niños empiezan a volver al aula, pero ninguno repara en mí. Pasan por mi lado sin dignarse mirarme.

Luca llega entre los últimos, está compartiendo un puñado de galletas con Salvatore, su compañero de pupitre. Mantengo la cabeza gacha, para no mirarlo, pero él ya se ha fijado en mí. Se mete en la boca un puñado de galletas, las mastica hasta

desmenuzarlas y me tose en la cara. Me alejo corriendo, pero Salvatore y él me cortan el paso en el rincón que queda detrás de la pizarra. Al cabo de un momento se animan también los que hasta ahora sólo miraban, y un minuto después estoy rodeado. Todos los niños me tosen encima.

En cuanto suena el timbre, vuelven a su sitio. La profesora entra en clase y me echa la bronca a mí, que soy el único que aún no se ha sentado.

A mi espalda, una vez más, toda la clase se ríe.

5

Los perros me siguen y se me quedan mirando con las orejas levantadas mientras escondo la cara en la almohada y me echo a llorar. Un momento después llega mi madre y se sienta en la cama.

—¿Qué te pasa?

—¡No quiero ir más al colegio!

—¿Por qué? —pregunta, y me acaricia la espalda.

Entonces oímos que se abre la puerta de casa, y ella me coge en brazos.

—Ya ha vuelto papá. Que no te vea así. Ven, vamos a lavarte la cara.

En la mesa como sin protestar. Me termino el plato de pasta e incluso el asqueroso lenguado con brécol y patatas cocidas.

—¿Has visto qué bien? —dice mi madre, echándole un vistazo a mi plato.

Mi padre asiente distraído, y entonces repara en un pegote de saliva, migas y chocolate que se me ha quedado enredado en la coronilla.

—Pero ¿qué tienes en el pelo?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? Te he preguntado que qué tienes en el pelo.

—Y qué quieres que tenga —contesta mi madre—. Se habrá manchado en el colegio, jugando con los otros niños. ¿Verdad? —Abre mucho los ojos para indicarme que le dé la razón.

—Sí —digo con un hilo de voz.

Mi padre lo deja correr pero, en mi cuarto, mientras me tumbo en la cama y sin decir nada dejo que me pongan la inyección, sigue mirándome escamado.

Mi madre saca la aguja y me acaricia.

—Te estás haciendo todo un hombrecito —comenta con una risita antes de salir.

Mi padre la sigue con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. En el umbral me lanza una mirada decepcionada, casi como si le disgustara no haber tenido que obligarme a estarme quieto. Entonces regresa sobre sus pasos y se para delante de mi cama.

—¿Qué, has decidido qué deporte quieres hacer?

Lleva semanas preguntándomelo. Desde que volvimos de la playa se le ha metido en la cabeza que tengo que hacer deporte, y cada día me propone uno nuevo. Será todo lo sano que quiera, pero a mí el deporte me cansa sólo de verlo por la tele.

—A ver —empieza a impacientarse—, ¿no quieres hacerte alto y fuerte como los demás niños?

Pienso en mis compañeros de clase y le digo que sí con la cabeza.

—Yo a tu edad jugaba al balón —me dice esbozando una sonrisa, pero sabe que odio el fútbol.

Me quedo callado. Mi padre se disgusta un poco pero no insiste.

—Vale, si de verdad no te gusta, elige otro, el que sea, me conformo con que elijas uno.

—Quiero hacer baloncesto —suelto, por decir algo.

Mi padre asiente pero no parece contento. Se esfuerza por encontrarle algo bueno, dice que, en el fondo, con el baloncesto uno se hace alto, pero entonces cae en la cuenta de que las canchas de

entrenamiento están lejos, mi madre tendría que acompañarme en bus todas las tardes, y eso me quitaría tiempo de estudio.

—No sé, lo veo un poco complicado —me dice—. Al final, seguro que acabas faltando mucho. ¿Por qué no eliges otro deporte?

Lo vuelvo a intentar con la natación, total, a mí me da igual. Papá parece de acuerdo, dice que es uno de los deportes más completos, se trabajan todos los músculos, pero me advierte de que es muy aburrido.

—Te pasas una hora nadando de un extremo a otro de la piscina, sin hablar con nadie. Y luego piensa en cómo será en invierno, cuando tengas que meterte en el agua con el frío...

Me olvido de la natación y paso al kárate, pero él lo descarta enseguida porque seguro que mamá no estaría de acuerdo, es demasiado violento.

Con el tenis al principio se emociona, pero luego me saca la pega de que es un deporte desequilibrado, sólo desarrolla la parte derecha del cuerpo, y yo me imagino una especie de monstruo con un brazo enorme y el otro sin un gramo de músculo.

—Pero ¿y el fútbol? —insiste mi padre—. ¿De verdad estás seguro de que no quieres probar? Con lo divertido que es. Hazme caso. Y, además, aquí cerca hay una escuela de fútbol muy buena, mamá te puede llevar andando después de hacer los deberes, y luego yo te recojo cuando salga del trabajo.

Insiste tanto que al final acepto.

—¡Bien! Ya verás como te gusta. Mañana vamos a inscribirte. — Se levanta y sale muy satisfecho, como si fuera a jugar él.

Tengo que vomitar. Estas últimas semanas mi cuerpo se ha cubierto de una capa de carne. Son estas malditas inyecciones, aunque no coma estoy engordando.

Intento levantarme para ir al cuarto de baño, pero me duele demasiado el trasero. Miro la mochila, en el suelo junto a la cama, y me gustaría prenderle fuego, romper los libros en mil pedazos. Entonces reparo en un extraño olor, un aroma dulzón que flota en el aire. Lo noto aunque aplaste la nariz contra la almohada.

Igual mi madre ha dejado algo de comer en la habitación. Me levanto cojeando y miro por todas partes. No hay nada, pero en cuanto vuelvo a la cama noto otra vez el olor.

De la rabia que me entra le doy una patada a la mochila, y entre los libros y los bolis que se esparcen por el suelo asoma un bollito. Es de esos de chocolate que venden en el colegio, pero no lo he comprado yo. A saber cómo habrá acabado en mi mochila, se habrá caído ahí desde algún pupitre durante el recreo, mientras mis compañeros de clase me perseguían y me escupían en la cara.

Lo cojo y miro el envoltorio. No está rasgado, el aire está encerrado dentro del plástico. Aun así lo huelo, noto ese aroma que infecta el aire. Aprieto los dedos de puro nerviosismo, el envoltorio se abre con un soplo, y el olor a chocolate se cuela por mi nariz como algo maravilloso.

¡No debo comer! Me lo repito tantas veces que acabo diciéndolo en voz alta, pero mi mano se acerca a mi boca sin obedecerme. Estoy a punto de hincarle el diente al bollo, pero encuentro la fuerza necesaria para tirarlo al suelo y alejarlo de una patada. *Otto* y *Ringo* se precipitan sobre él y lo devoran en un instante, y entonces el otro niño se pone a llorar. No soporto cuando llora. Corro al baño y meto la cabeza en el váter. Me araño la garganta con las uñas pero es inútil, no consigo vomitar. Desde hace un tiempo la comida va a parar al estómago del otro niño, y éste no la suelta.

Cuando vuelvo a mi cuarto me encuentro a mi madre con el envoltorio del bollo en la mano.

—¿De dónde lo has sacado? ¿Del colegio?

Me quedo callado mirando al suelo.

—¿Te gustan estos bollos? —Asiente—. Si te gustan, dilo, y mamá te comprará todos los que quieras.

6

La profesora nos hace abrir el libro de ciencias y nos dice que hoy hablaremos de la diferencia entre herbívoros, carnívoros y omnívoros.

—A ver, ¿quién me sabe decir un animal herbívoro?

Federico levanta la mano.

—¡El caballo!

—Muy bien —sonríe ella, y después pregunta quién sabe decirle un animal carnívoro.

Martina levanta la mano.

—¡El león!

—Exacto —contesta la maestra—. ¿Y un animal omnívoro? ¿Alguien conoce alguno?

Se hace el silencio en la clase.

—Un animal omnívoro —nos ayuda la profesora— es un animal que come cualquier cosa, ya sea verdura o carne. Como... —deja la frase en suspenso, pero nadie la completa—. ¡Como el hombre! Nosotros somos animales omnívoros, comemos de todo.

En la clase se extiende un murmullo.

Marcello levanta la mano.

—A mí no me gusta la verdura. Yo no soy omnívoro.

—¿De verdad? —La profesora sonríe—. ¿Tú no eres un hombre? ¿Y qué animal eres entonces?

Los otros niños se echan a reír, burlándose de él. Uno dice que es un mono, otro, que una rata, alguien dice que es un gusano. Le llueven los insultos, no le da tiempo a contestar a todos.

—Ya basta. —La profesora da unas palmadas y le explica a Marcello que el que no le guste la verdura no quiere decir que no la pueda comer.

—Además, es muy sana. Deberíamos comerla todos, al menos un poquito cada día.

Después se levanta y se pone a recorrer la clase, explicándonos por qué algunos animales pueden comer ciertas cosas y otros no.

—Sobre todo es una cuestión anatómica, es decir, depende de la forma de su cuerpo. Los herbívoros —nos muestra en el libro el dibujo del cráneo de un ternero— tienen los ojos en el lateral del rostro y los dientes planos, para aferrar y triturar la hierba. Mientras que los carnívoros —pasa al dibujo siguiente, el cráneo de un gato— tienen los ojos frontales para cazar las presas, y los dientes afilados para cortar la carne.

Me paso la lengua por los dientes para notar lo afilados que son, me la muerdo y empiezo a masticarla.

Entonces noto un golpe en el brazo.

Me vuelvo y veo una hoja hecha una bola en el suelo.

Luca y Salvatore se miran divertidos.

Un segundo después me golpea en la cabeza un sacapuntas de hierro.

—¡Para! ¡Me has hecho daño!

La profesora levanta la vista del libro y nos dice que prestemos atención.

Luca recoge el sacapuntas y me lo lanza aún más fuerte.

Martina me fulmina con una de sus miradas, resopla y se concentra de nuevo en la lección.

Cojo el sacapuntas y lo dejo sobre la mesa.

—Devuélvemelo —susurra Luca.

Me hago el sordo.

—¡Te he dicho que me lo devuelvas! ¡O, si no, luego te sacudo!

No sé por qué lo hago, pero me vuelvo y le doy su sacapuntas, aunque sé que me lo tirará otra vez.

La profesora cierra el libro de golpe.

—¿Qué está pasando?

—¡Me ha tirado el sacapuntas! —dice el asqueroso de Luca.

—¿Te has vuelto loco? —me regaña la profesora—. ¿Cómo se te ocurre?

—¡Yo no he hecho nada! ¡Me lo ha tirado él a mí!

—¡No es verdad! —dice Luca, llevándose una mano a la frente—. ¡Me ha hecho daño! ¡Lo ha visto todo el mundo!

Los demás bajan la cabeza para no tener que involucrarse.

La profesora abre mucho los ojos, parece que se le fueran a salir de las órbitas.

—¡Ahora mismo me vais a decir quién ha empezado! ¡Si no, castigo la clase entera!

—Ha sido él. —Salvatore me señala, y los demás también se animan.

—¡Sí, es verdad, ha sido él!

La profesora cruza los brazos.

—¡Pídele perdón ahora mismo! —dice, señalándome a Luca con un gesto.

—¡No!

—¡Mira que te pongo un cero en comportamiento!

—Pero ¡que no he sido yo!

—Muy bien, como quieras. —Regresa deprisa a su mesa, abre el registro y escribe algo—. Así aprenderás.

Voy a estallar de rabia. Me vuelvo hacia Luca y Salvatore, que reprimen una carcajada. Me gustaría tener colmillos y garras afiladas para destrozarles el cuello y cortarles la cabeza de un bocado. Pero tiene razón Martina, no soy más que un sapo.

7

En lugar de seguir el entrenamiento, mi padre se sienta en un banco y juguetea con un trozo de papel. Desde que me ha apuntado a la escuela de fútbol, cierra antes el despacho y viene siempre a recogerme. Por suerte, sólo llega para ver los últimos cinco minutos. Delante de él me esfuerzo en correr, lo hago lo mejor que puedo, pero no hay manera, en cuanto tengo el balón en los pies lo mando fuera o me lo quitan. Por lo general, si se pone nervioso, intenta que no se le note y me anima, dice que es sólo cuestión de tiempo, «tú esfuérzate al máximo y verás como pronto serás mejor que los demás». Hoy, sin embargo, ha llegado y me ha encontrado en la portería, apoyado en el palo mientras los equipos se disputaban el balón en el extremo opuesto del campo, y le ha sentado fatal. A mí me parecía un sueño poder descansar un poco después de haberme pasado toda la primera hora corriendo y haciendo ejercicio, pero según él de portero sólo ponen a los inútiles, los que no valen ni como defensas, o sea, lo peor de lo peor.

Una vez terminado el partido, mi padre se levanta del banco y va a hablar con el entrenador. Me pongo la cazadora y me quedo esperándolo en el borde del campo. Lo veo estirarse el bigote todo el rato y gesticular de manera cómica, como si tratara de explicarle algo a alguien que no hablara su idioma.

Tengo frío, quiero irme a casa. Cojo mi bolsa de deporte y, mientras cruzo el campo desierto, sus voces me llegan más claras.

—Mire, de portero los pongo a todos —está diciendo el entrenador—. Al menos el primer año, rotamos antes de asignar puestos fijos. Y además no tiene nada de malo, al contrario, ojalá hubiera más porteros buenos.

—Sí, sí, vale —contesta con cara de funeral mi padre—, pero vamos a hablar claro, ¿el niño vale o no vale para el fútbol?

El entrenador se encoge de hombros y contesta que aún es pronto para saberlo.

—Aunque es verdad que —añade un momento después— a su hijo le cuesta un poco, como está tan flaco se cansa enseguida, no es capaz de correr como los demás. Igual un deporte menos duro, el atletismo ligero, por ejemplo, sería más indicado en esta fase. O quizá dentro de un tiempo, cuando sea un poco mayor, pueda reconsiderar la idea de apuntarlo a jugar al fútbol.

Mi padre se despide de él estrechándole la mano sin ganas, y nos dirigimos despacio hacia el coche. No dice ni una palabra y conduce pegado al volante, como si de pronto hubiera perdido vista.

En la entrada flota un olor tan fuerte a limón y a vainilla que casi da sueño. Cada vez que vuelvo del entrenamiento, mi madre me tiene preparado de todo. Chocolate a la taza, sabayón, leche condensada. Hoy ha hecho crema pastelera, en el fuego hay una cazuela llena. El otro niño se pone a gritar como loco y me llena la boca de su saliva, suplicándome que me tome al menos una cucharadita. Por suerte, no puedo comer sin ducharme antes, mi padre no lo soporta.

Me desnudo en el baño, abro el grifo del agua caliente y me abraso las piernas, a ver si así el imbécil que llevo dentro deja de pensar en la crema que nos espera abajo. Las primeras veces se callaba enseguida, pero se está haciendo más fuerte, me repite que

me dé prisa. Tengo que hacerle más daño. Me vuelvo y dejo que me caiga sobre la espalda el chorro de agua hirviendo. Cruzo los brazos e intento resistir hasta que siento que me voy a desmayar. Salgo de la ducha llorando, pero al menos el hambre ha desaparecido.

8

La profesora está sentada con el cuaderno abierto. Recorre nuestros nombres con el dedo, levanta la mirada y me llama a la pizarra.

Me pesan las piernas, me levanto con dificultad y me acerco, arrastrando los pies.

Ella me pone el libro delante, abierto en el texto que nos mandó ayer, y me pide que lea en voz alta.

—Érase una vez un pobre lobato...

—Un poco más alto. —Me mira con esos ojillos tan saltones—. Si no, no se te oye.

Lo intento, pero las palabras se me atascan en la garganta.

—Lee despacio —dice apoyándome la mano en el brazo.

—En mitad del bosque, donde estaba más oscuro, se encontró con la terrible Caperucita Roja.

Las palabras me salen con dificultad, no consigo entonar bien las frases, leo sin tener en cuenta la puntuación. Alguien se echa a reír, y yo me vuelvo a bloquear.

La profesora manda callar y me pide que siga.

—A veces los cuentos ocurren al revés, y entonces es un desastre...

Entre una pausa y otra levanto la cabeza. La profesora me mira con cara de amargura, como si estuviera masticando un limón.

—Blancanieves muele a palos a los enanitos del bosque. La Bella Durmiente no se duerme. El príncipe se casa con una hermanastra

fea...

Todos me miran fijamente, menos Martina, con ese pelo que le tapa los ojos. Cuando sólo me faltan dos líneas, vuelvo a quedarme sin voz.

La profesora termina de leer por mí. Después cierra el libro y sonríe.

—Bueno, ¿qué tal si me explicas qué quiere decir, según tú, el texto que acabamos de leer?

Me quedo mirándola sin responder, y mis compañeros se ríen cada vez más fuerte.

—¡Silencio! —exclama, e insiste—: Venga, dime en qué has pensado al leer esta fábula.

He pensado en mi padre y en mi madre, pero no se lo digo. ¿De qué serviría? Si ella también tiene hijos, ya se los habrá comido o los estará cebando para comérselos más adelante.

La profesora vuelve a sonreírme, pero esta vez es una sonrisa asustada. Sólo necesito otra carcajada de mis compañeros para echarme a llorar.

—¿Y bien? —me pregunta en voz baja, y seguimos mirándonos lo que parece una eternidad, hasta que suena el timbre del recreo y la clase se vacía en un santiamén.

—Puedes irte.

La profesora se levanta, se pone el cuaderno debajo del brazo y se dirige a la puerta. Antes de salir se vuelve y, al verme aún de pie en la tarima, esboza otra de sus sonrisitas asustadas. En cuanto franquea la puerta, bajo corriendo y la persigo por el pasillo.

Durante el recreo ya no me quedo solo en clase. No me alejo de la sala de profesores, listo para correr dentro si se me acerca algún niño. A hacer pis voy siempre durante la clase, pero hoy no me ha dado tiempo por culpa de ese maldito examen oral, y ahora tengo

muchas ganas, no me puedo aguantar. Al llegar a la puerta del cuarto de baño veo a Luca y a Salvatore, han abierto todos los grifos de los lavabos y juegan a salpicarse.

Me alejo y espero dando saltitos a que salgan. Pero no salen, y no pasa nadie por allí, ninguna profesora, ningún vigilante, nadie que los regañe y los obligue a volver a clase.

Me va a estallar la vejiga. Me arde a muerte. Me doblo, tratando de aguantar, y de repente noto el calor del pis que me baja por las piernas.

Suena el timbre, el pasillo se queda vacío, yo me acurruco en un rincón y me pongo a llorar.

Me levanto con dificultad, me siento cansado, como si llevara días sin dormir, tengo los pantalones empapados. Me imagino las risas cuando entre en clase así. Ya no soporto esas risas. Vuelvo a sentarme en el pasillo desierto y me quedo allí hasta que viene a buscarme la profesora.

En la puerta de casa, los perros levantan la cabeza para que los acaricie. Paso por su lado sin tocarlos, y ellos me miran con tristeza, con la lengua colgando a un lado de la boca.

Dejo la mochila en mi cuarto y me voy al baño. Me quito la camisa y me mojo el pecho, los brazos y el pelo. Abro la ventana, y el viento se cuela dentro, helador; en lugar de secarme me mantiene mojado. El agua me cala hasta los huesos, y unas horas después llega el primer estornudo.

Por la noche me arde la frente, y, a la mañana siguiente, el autobús de la ruta toca la bocina en vano. Me paso el día en la cama, entre escalofríos y medicinas, con mi madre poniéndome compresas frías en la frente para que me baje la fiebre. Me duele todo el cuerpo, pero estoy contento.

9

El sol ha dado la vuelta al edificio, y mi ventana se ha quedado a oscuras. El cuarto parece más pequeño, el techo, más bajo; todo ha empequeñecido en la penumbra.

Mi madre me toca con una mano la frente y dice que estoy mejor.

—Baja a comer algo, llevas dos días sin probar bocado.

En la cocina está también mi padre. La cafetera borbotea en el fuego. En el centro de la mesa veo un paquete que reconozco enseguida, y mis tripas hacen un ruido parecido al de un lavabo atascado.

—¿Has visto? Te he comprado esos bollos que venden en el colegio. —Mi madre abre uno y me lo pone delante.

Los perros se restriegan contra mis piernas y lanzan un quejido asustado.

Otra vez ese olor infernal a chocolate. El niño que está dentro de mí alarga la mano y coge el bollo. Intento resistirme, pero él es más fuerte. No puedo contenerme, estoy a punto de llevármelo a la boca, cuando *Ringo* da un salto, me quita el bollo de las manos y sale corriendo.

—*¡Ringo!* ¡Eso no se hace! —chilla mi madre, y se vuelve hacia mi padre—. ¿Qué le pasa a este perro? ¿Se ha vuelto loco?

Un segundo después, *Ringo* vuelve a asomar la cabeza en la cocina, me mira y se pone a ladrar.

—Sal de aquí ahora mismo —le dice mi padre con un gesto—. ¡Como te pille, te doy!

Otto se va con el rabo entre las patas, como si se hubiera enfadado con él.

Mi madre abre otro bollo.

—Come, no te preocupes. Ya estoy yo aquí.

Me bebo la leche lo más deprisa que puedo, pero el otro niño no se sacia, quiere comer, y no consigo acallarlo. Cojo el bollo y lo muerdo, esperando que se contente con un solo mordisco.

Mi madre mira emocionada a mi padre, y él le acaricia la mano. Resulta extraño verlos tan cerca el uno del otro, normalmente están muy ocupados en dividirse el espacio.

De un solo mordisco, nada. En cuanto trago el primer bocado me entran ganas de comérmelo entero.

Mi padre mientras tanto ha cogido el paquete de bollos y está estudiando la lista de ingredientes.

—Ya lo sé, es una porquería —dice mi madre en voz baja—, pero si le gusta...

—Claro, si le gusta...

Hace días que no tengo fiebre, pero, con el pretexto del temor a una recaída, mis padres me tienen encerrado en casa una semana entera.

Mi madre no me deja en paz. He intentado refugiarme en el baño, en el salón, en el jardín, pero, allá donde vaya, ella me busca y me deja un plato con dos o tres bollos de esos. Los ha repartido por toda la casa. Tengo que ir con los ojos cerrados para no encontrármelos delante a cada paso.

Mi padre también se ha involucrado. Todas las tardes vuelve del trabajo con una sorpresa distinta. De su cartera salen huevitos de

chocolate, caramelos, gelatinas de fruta. Al otro niño le encantan, ya no sé cómo contenerlo.

A fuerza de hacerle daño, se ha acostumbrado al dolor y de noche no me deja dormir, repitiéndome que tiene hambre. Su voz también ha cambiado, ya no me suplica como antes, ahora me ordena que le dé comida.

10

Suena el timbre. Meto los bolis y los cuadernos de cualquier manera en la mochila, me pongo la cazadora y sigo a los demás. Estoy deseando llegar a casa. Mañana empieza el puente de Todos los Santos, por fin unos días sin colegio.

Estoy a punto de salir del aula cuando Luca me agarra del brazo. La profesora no se da cuenta. Salvatore cierra enseguida la puerta, y Luca me coge del cuello con una mano y aprieta.

—¡Calla! ¡Como te muevas te mato!

El miedo me paraliza. Salvatore se arrodilla, me quita los zapatos y trata de desabrocharme los pantalones. Estoy a punto de echarme a llorar, pero el otro niño que llevo dentro se pone como una fiera y empieza a dar patadas.

Luca me mira sorprendido un momento, y luego hace una mueca malvada y me pega un puñetazo en la tripa. Me agacho e intento respirar, pero el aire ni entra ni sale.

Salvatore me baja los pantalones y me quita los calcetines. Luca hace lo mismo con la cazadora y, de una vez, me saca el jersey y la camisa. Tira tan fuerte que se choca contra una mesa y está a punto de caerse de espaldas. Los dejo hacer como si no me estuviera ocurriendo a mí. Los dos salen corriendo con mi ropa, y yo me quedo quieto, acurrucado en el suelo, en calzoncillos, mientras sus risas se alejan por el pasillo.

Las baldosas están heladas, pero no tengo fuerzas para levantarme. Pienso en mi madre y en mi padre, que me esperan en casa, en mis compañeros de clase, siento vergüenza, quisiera estar muerto. Las lágrimas resbalan calientes por mis mejillas, y siento aún más frío. Aprieto los ojos para detenerlas, pero es inútil, y mientras tanto pienso que dentro de unas horas habrá oscurecido, pasaré aquí toda la noche, me quedaré solo días enteros, hasta el lunes no vendrá nadie. Empiezo a arrastrarme en busca de refugio, de un rincón en el que esconderme de ese otro niño dentro de mí que me observa, esta vez en silencio, como si fuera la última vez para los dos.

—¿Por qué no lo quieres decir? —Mi madre me acaricia la frente—. ¿Quién ha sido?

—Bueno, no importa. Es una chiquillada. Vámonos a casa, que es tarde —interviene mi padre con prisa haciendo ademán de levantarse, pero la directora le pide que aguarde un momento.

—Ya que están aquí —lo mira primero a él y después a mi madre —, mejor será que lo hablemos ahora mismo, sin esperar a las notas.

La miran preocupados, y ella explica que hay un problema.

—Vuestro hijo va mal en todas las asignaturas. La profesora dice que en clase se distrae, que siempre está fisgando por la ventana, y cada vez que le pregunta se queda callado.

—Pero en casa estudia —balbucea mi madre—, hace los deberes conmigo todos los días.

Mi padre me lanza una mirada severa y luego se pone él también a mirar por la ventana.

La directora no sabe qué decir, pero en su opinión lo que ha ocurrido hoy es una señal muy clara.

—No se trata sólo del rendimiento escolar, como veis tampoco son buenas las relaciones con los otros niños. A esta edad, unos pocos meses de diferencia cuentan mucho, y vuestro hijo es el más pequeño de la clase. En fin —respira hondo—, yo que vosotros consideraría la posibilidad de que repitiera curso.

Mi madre cierra la puerta del coche y se vuelve hacia mí.

—¿Por qué no contestas cuando te preguntan en clase? La lección te la sabes, cuando estudiamos juntos en casa te acuerdas de todo.

Me quedo callado, contemplando fijamente la tapicería del asiento. Ella suspira y no vuelve a decir una palabra.

Al llegar a casa, mi padre apaga el motor y le pide a mi madre que se vaya. Quiere hablar un momento a solas conmigo.

—Ven aquí. —Me indica con un gesto que me siente delante—. ¿Quién te ha gastado esa broma pesada? —me pregunta en cuanto me instalo a su lado—. Te prometo que no se lo diré a nadie, ni siquiera a mamá.

Me cuesta hablar, pero poco a poco se lo acabo contando todo.

—Pero ¡se aprovechan precisamente porque no reaccionas! ¿Por qué no te defiendes?

—Son muchos —contesta por mí el otro niño—, y además todos son el doble de grandes que yo.

Mi padre repara en que me brillan los ojos, levanta el brazo, y yo me protejo la cara, pensando que me va a pegar una bofetada. En lugar de eso me acaricia.

—¿Entiendes ahora por qué a tu madre y a mí nos importa tanto que comas?

Invierno

1

Mamá está preparando un tiramisú. Empapa bien los bizcochos en el café, los coloca en fila en un recipiente y los cubre con queso mascarpone y cacao.

Hoy vienen los abuelos, siempre celebramos juntos la Navidad, pero esta vez es distinto. Vienen a ver el milagro, como le ha dicho mi madre a la abuela Giulia al teléfono: «No te imaginas cómo ha cambiado. Se lo come todo él solo, ya no tenemos que obligarlo».

Le pregunto si puedo probarlo, pero ella lo guarda en la nevera y dice que se tiene que enfriar porque, si no, no está bueno.

Abro la puerta de la nevera y me quedo embelesado mirando el tiramisú. Mamá se da cuenta y no se puede aguantar, corta un trocito y lo pone en un plato.

Ringo empieza a ladrar. Ahora ya lo hace siempre: si como algo, me lo quiere arrebatar. Papá y mamá lo han regañado muchas veces, pero es inútil, tanto es así que durante la comida y la cena han tomado la costumbre de encerrarlo con *Otto* en el jardín.

Le doy un trozo de bizcocho para que se calle, pero *Ringo* se lo traga y vuelve a la carga. Ladra más fuerte, sube las patas delanteras a la mesa y trata de atrapar el plato con los dientes.

Mi madre lanza un grito, capaz de romper los cristales, y le pega una patada. *Ringo* escapa de la cocina, y *Otto* se queda paralizado debajo de la mesa.

—Pero ¿qué pasa aquí? —Mi padre aparece en albornoz en el umbral.

—¡Voy a matar a ese perro! —chilla mi madre—. Lo ha vuelto a hacer. Ha estado a punto de comerse el tiramisú.

—Bueno, mujer, eso quiere decir que cocinas demasiado bien —bromea mi padre—. Pero ya me ocupo yo —añade con una voz distinta, y sale de la cocina mientras mamá me acaricia la cabeza.

—Anda, termina y ve a vestirte, que los abuelos llegarán dentro de un ratito.

Me paro en lo alto de la escalera. Mi padre está al fondo del pasillo. Sujeta a *Ringo* del collar y le aplasta el hocico contra el suelo.

—¿Qué has hecho? ¡Cómo te atreves! —Se lo aplasta cada vez más fuerte, poniendo ojos de loco.

Ringo gime, lo mira aterrorizado y, en cuanto mi padre suelta su presa, se escapa corriendo, seguido de *Otto*, que ha asistido a la escena sin decir nada.

Entro en mi cuarto y me encuentro a los perros refugiados debajo de la cama. Sólo sacan la cabeza y me la restriegan contra las piernas, pero no tengo ganas de acariciarlos. Los alejo con el pie y me trae sin cuidado que lloren. Así aprenderán a no robarme la comida.

2

Todavía en el umbral, la abuela Giulia se inclina hacia delante y abre los brazos.

—¡Ven enseguida a darme un beso!

En el jardín, los perros aúllan y arañan los cristales de las ventanas.

Me agarro al cuello de la abuela y me cuelgo de él con todo mi peso; ella se pone rígida para no caerse encima de mí. Cuando la suelto, se queda con las rodillas dobladas y la cara acartonada de dolor.

Los perros ladran aún más fuerte.

—*¡Ringo! ¡Otto!* —Basta la voz de mi padre para que se callen al instante.

—¡Feliz Navidad! —La abuela Giulia me da una bolsa con las asas atadas por un lazo rojo.

—¿Qué se dice? —interviene mi madre.

Le doy las gracias a la abuela, y ella me sonríe.

Dentro de la bolsa hay un abriguito rojo.

Me quedo pasmado mirándolo.

—¿Te gusta?

—No, es de chica.

Me vuelvo hacia mis padres y se lo leo en los ojos, a ellos tampoco les gusta.

—Venga, a ver cómo te queda.

La abuela Giulia me abrocha el abrigo hasta el cuello.

—Le queda bien, ¿verdad?

—Muy bien —contestan a la vez los muy mentirosos.

Nada más entrar en casa, también la abuela Laura y el abuelo Arturo me abrazan sonrientes. Tienen las encías moradas, como los cardenales que me hago yo jugando al fútbol.

—Pero ¿qué hace dentro de casa con abrigo? —le preguntan a mi padre en voz baja.

—¿Habéis visto qué bonito? —les contesta él—. Se lo ha regalado la abuela Giulia.

—Precioso —dice la abuela Laura, pero no parece convencida.

—Aunque el color... —le susurra el abuelo Arturo al oído a mi padre.

—Dejémoslo estar —contesta él encogiéndose de hombros.

Mi padre mira de reojo el salón, donde la abuela Giulia ayuda a mi madre a poner la mesa. Después me quita el abrigo y lo deja sobre una butaca.

—Y éste es nuestro regalo.

La abuela Laura me da un paquete, le quito el papel y veo un chándal prácticamente igual que el que ya tengo, pero al menos éste no es de chica.

Les doy las gracias y lo dejo en la butaca, al lado del abriguito, pero la abuela Laura dice que eso no es todo, y saca de su bolso otro paquete.

—¡Vaya, dos regalos nada menos! —exclama mi padre.

Desato el lazo, abro el paquete, y al instante me asalta el olor más rico del mundo. Envuelto en papel de seda veo un tronco de chocolate gigantesco.

—¿Qué te apuestas a que nunca has comido un chocolate como éste? —me dice la abuela Laura—. Viene de una tienda muy antigua,

al lado de mi casa, donde venden un montón de cosas ricas, pero nada como este chocolate.

Quiero probarlo enseguida, pero papá me lo quita de las manos.

—Después de comer, que si no se te va el hambre.

—¡Venga, papá, te prometo que luego me lo como todo!

Mientras tanto se acerca también la abuela Giulia.

—Anda —comenta nada más ver el chocolate—. ¿Sabes que yo también se lo compraba a tu madre cuando era pequeña? Cuánto le gustaba...

Ahora siento aún más curiosidad.

—Por favor, sólo un poquito —insisto, pero mi padre no cede.

—Venga, no seas caprichoso.

—Te lo advierto, no vas a poder comer sólo un poquito —dice la abuela Laura—. Con este chocolate, si empiezas, ya no podrás parar.

La abuela Giulia le da la razón y añade:

—Hombre, desde luego ya no lo hacen como antes, pero comparado con las porquerías que venden hoy en día...

Por un momento, las abuelas se miran como los perros cuando están a punto de pelearse. Las imagino rodando por el suelo, arañándose y mordiéndose, y se me escapa una risita.

Ellas se vuelven, y ahora parece que el mordisco me lo vayan a dar a mí.

Mi madre aparece justo a tiempo con una sopera humeante en las manos.

—Ya está lista la comida. Venid a la mesa.

Me dispongo a meter el tenedor en mi plato de pasta cuando me doy cuenta de que mi madre ha preparado una salsa distinta para los demás. En sus espaguetis hay un líquido denso y oscuro.

—¿Qué es? —pregunto, mirándolo con curiosidad.

Mi padre responde que es sopa de sofrito, «una salsa que se prepara con tripas de cerdo y concentrado de pimientos».

Huele de maravilla, me muero de ganas de probarla, pero los abuelos me advierten de que está muy picante.

—No me importa, quiero comer lo que comen los mayores.

—¿Tú qué dices, se la damos? —pregunta mi madre.

Mi padre hace un gesto con los brazos.

—Yo qué sé, si quiere probarla, dásela. En el peor de los casos no le gustará y punto.

Enrollo un montón de espaguetis junto con unas cuantas vísceras y me lo meto todo en la boca.

Los abuelos me miran asombrados.

—Despacito —dicen, y se ríen al verme comer sin respirar—. Que nadie te lo va a quitar.

—Pero, entonces ¿es verdad? —le susurra la abuela Giulia a mi madre, y ella asiente, apretando los labios, casi como si contuviese un sollozo.

—Por fin. Lo que nos ha hecho pasar este niño...

En el momento del café me levanto y voy a buscar el chocolate de la abuela Laura. Lo saco del envoltorio e intento partir un pedacito, pero está demasiado duro. Me siento en el suelo, sujetándolo con las dos manos, y empiezo a mordisquear una esquina. Ya me lo había advertido la abuela, mastico y no consigo parar.

Los abuelos, mientras tanto, se intercambian regalos y se dan las gracias como si cada cual hubiera adivinado lo que quería el otro. Hasta mi madre parece feliz con el típico marco de siempre que le regala la abuela Giulia todos los años con una foto de su padre. Ese otro abuelo, el padre de mi madre, murió antes de que yo naciera, pero me alegro de no haberlo conocido. En las fotos que hay en casa tiene los ojos de mentira, parecidos a los de las estatuas que

hay en las iglesias, hay algo en él que da miedo, como las habitaciones oscuras o los ruidos repentinos.

Lo mismo pasa con mis padres, hay algo en ellos que da miedo, esa sonrisa automática que no se les quita de la cara, esas miraditas de reojo que me lanzan todo el rato. No sé qué quieren, me contemplan maravillados, como si estuvieran viendo un ovni. Cuanto más los observo, menos los reconozco, los abuelos y ellos se confunden con la tapicería del sofá, en una mezcla de carne blanda, arrugas, dientes desgastados, uñas amarillas y pelo teñido, y de repente noto todo el peso y el olor asfixiante de esas miradas. Se me acelera el corazón, siento un retortijón y no me da tiempo a taparme la boca. Me sale un chorro de vómito que aterriza de lleno en la butaca de enfrente, embadurnando el abriguito rojo.

3

Mamá se enfadó tanto que creí que no se le pasaría nunca. Delante de los abuelos hizo como si nada, pero en cuanto ellos se fueron se le cambió la cara.

—¡¿Cómo te atreves?! —me gritó—. La abuela Giulia se ha llevado un disgusto tremendo. A saber cuánto le habrá costado ese abrigo...

—No lo he hecho aposta. Me han entrado ganas de vomitar.

—¡No te estoy hablando de eso! ¿Cómo se te ocurre decirle que no te gusta?

—Pero es que es feo.

—¡Y eso qué más da! —Me fulminó con la mirada—. Es una cuestión de buena educación. Si no te gusta un regalo, aun así tú das las gracias, dices que es muy bonito y luego si acaso no te lo pones y ya está. Pero no hay por qué ser maleducado. ¿Entendido?

Se marchó vociferando, y mi padre y yo nos quedamos solos.

—Es feo —repetí con un hilo de voz.

—Lo sé, pero mamá tiene razón. Ésa no es manera de comportarse —dijo él, pero no estaba enfadado, parecía casi divertido.

Esta mañana, al bajar a la cocina a desayunar, mamá estaba en la terraza. Ha quitado el abrigo del tendedero, lo ha examinado para

ver si se habían ido las manchas y, con cara de enfado, ha vuelto a entrar en casa.

Luego ha venido a mi cuarto con el abriguito envuelto en una funda de plástico, lo ha puesto en una percha y lo ha colgado en el armario, arriba, donde está la ropa de toda la familia.

—¡Hala, así ya no se habla más del abrigo!

Cuando estaba a punto de irse, de repente se ha parado.

—Madre mía, qué desordenada está tu habitación —ha dicho, mirando los juguetes por el suelo, la ropa de ayer arrugada sobre una silla y los zapatos tirados de cualquier manera debajo de la mesa.

Pensaba que me iba a regañar otra vez, pero se me ha acercado y me ha alborotado el pelo.

—Anda, sal un rato a jugar, y así ordeno este desastre.

Se queda mirándome mientras me cambio los pantalones. Espera a que me ponga la camisa y el jersey, y, cuando me voy a atar los zapatos, se arrodilla, me hace un nudo doble y sonríe.

—Hala, ya te puedes ir.

Hace un día precioso, aunque frío. Cojo una jeringuilla del cajón de las medicinas y una caja de cerillas de la cocina, les pongo la correa a los perros y nos vamos a jugar al descampado que hay detrás de casa.

Otto y *Ringo* persiguen a los pájaros, y yo quemo las hojas de las plantas y le clavo la jeringuilla a algún que otro ciempiés. Pero no tiene gracia, mueven frenéticamente las patas sin quejarse, parece que no sintieran nada. Llamo a los perros para volver a casa, pero entonces advierto algo que se arrastra, metiéndose entre las grietas de una tapia.

La lagartija está inmóvil, tumbada sobre el lomo, con la cabeza girada a un lado. Parece enorme en ese agujero tan estrecho. Con

cada respiración se le tensa el tripón, como si estuviera a punto de desgarrarse. Le deben de quedar días, o quizá horas, para parir. Me quedo mirándola, pensando en algo a lo que jugar con ella, luego vuelvo al centro de la explanada y le saco la jeringuilla al ciempiés. La lagartija sigue donde la he dejado. Empiezo por las patas para que no se escape. La aguja entra en el muslo y, mientras se retuerce, la traspaso con tal furia que no le queda escapatoria. Las patas se abandonan sin fuerzas y da boqueadas. Apunto y le agujereo la tripa. Entonces la lagartija saca la lengua, extiende el cuello y, entre convulsiones, agita la cola. Del tripón desgarrado mana una baba densa. Los perros me miran inmóviles, como si estuviera a punto de lanzarles algo para que me lo trajesen de vuelta. La lagartija jadea, gime y se vuelve de lado, dándome la espalda. Está en las últimas, inclina la cabeza hacia delante, y yo le agujereo el lomo. Con la punta de la aguja toco la pared de la tapia, la he clavado demasiado, no consigo sacar la jeringuilla sin llevarme conmigo a la lagartija. Encuentro un palito de madera y hago palanca para sacar la aguja. La lagartija vuelve la tripa hacia mí. Otra vez le clavo la jeringuilla, y ella se sobresalta con cada nuevo agujero, pero está cada vez más débil; resignada, ya no se debate, me mira con la cabeza abandonada a un lado. Está abierta en canal, no sé ni dónde clavarle la aguja. Se la hinco en un ojo, y el dolor le hace recuperar fuerzas. Mueve la cola y empuja la cabeza hacia atrás, arañando la toba, que se le descascarilla encima. En cuanto se relaja, le clavo la aguja en el otro ojo, y ella se debate desenfrenada, ofreciéndome de nuevo la tripa. Vuelvo a clavarle la aguja, y entonces se queda quieta, está muerta. La dejo ahí con la jeringuilla en la tripa, llamo a los perros y regreso a casa corriendo. Es casi la hora de comer.

4

Conozco bien este cansancio, siempre lo he tenido, pero ahora me entra cuando termino de comer; estoy tan lleno que me da flato. Subo la escalera a duras penas y me arrastro hasta mi cuarto. Parece distinto, no es sólo que esté ordenado, también es porque faltan cosas. Me voy dando cuenta poco a poco, mientras me acerco a la cama y me tumbo. De la librería han desaparecido los cochecitos, en el rincón entre el escritorio y la ventana ya no está el viejo balón de cuero desinflado que mi padre me regaló hace años, la caja de construcciones no está sobre el armario, y también han desaparecido los juegos de mesa. Detrás de la puerta hay una bolsa grande llena de ropa, entreveo la silueta blanca del balón, quiero descubrir qué más ha ido a parar ahí, pero no tengo fuerza para levantarme.

Me despierta la mano cálida de mi madre en la frente. Abro los ojos y me la encuentro mirándome en silencio. El que hable el primero, pierde, pero es un rollo, gano siempre yo.

—Anda, levántate, que tenemos que estudiar.

—No tengo ganas —refunfuño, y me vuelvo hacia el otro lado.

—Vamos, que ya pronto empieza otra vez el colegio, tenemos que recuperar las malas notas de la última evaluación.

No entiendo por qué siempre habla en plural. No es ella quien tiene que ir a clase todos los días, hacer los deberes, responder a las preguntas de los exámenes, aguantar a mis compañeros ni compartir pupitre con la antipática de Martina.

Me incorporo, me froto los ojos y vuelvo a ver la bolsa detrás de la puerta.

—He hecho algo de limpieza —dice mamá—. Total, ya no jugabas con esos juguetes, sólo estaban ahí llenándose de polvo.

Se levanta, coge la bolsa y me la pone delante.

—Mira a ver si hay algo que te quieras quedar. Lo que no, me lo llevo todo al trastero.

Empiezo a pasar revista, hay muchas más cosas de las que creía. Cosas que ni siquiera recordaba que tuviera: vagones de un viejo trenecito eléctrico que odiaba, con esas vías que había que montar y la locomotora que descarrilaba en las curvas; cinco o seis robots medio rotos, a uno le falta un brazo, a otro la cabeza o una pierna; tebeos con páginas arrancadas y las portadas pintarrajeadas; pelotitas de goma hechas polvo, mordisqueadas por los perros.

Estoy ahí rebuscando cuando me dice mi madre:

—O, mejor aún, ¿sabes lo que vamos a hacer? Lo que ya no quieras, lo tiro y ya está.

Me mira, esperando a que diga algo. No quiero estas cosas, sé que ya no voy a jugar con ellas, pero aun así no me apetece tirarlas. Como si hubiera ahí algo que, tarde o temprano, fuera a volver a serme útil aunque ahora no lo sepa y de lo que me acordaré sólo cuando sea demasiado tarde.

5

Por más Nutella que les unte, los bizcochos desmenuzados en la leche me dejan un triste sabor de boca.

—Date prisa —me dice mi madre, acercándose a mí—. Todavía tienes que lavarte los dientes.

Desde que terminaron las vacaciones, todas las noches intento ponerme malo. Espero a que mis padres se duerman y salgo a la terraza sin camiseta, pero el viento ya no me hace nada. Sólo me dan unas décimas de fiebre, y a la mañana siguiente se me quitan. La grasa me protege como una coraza.

Recupero con la cuchara la papilla dulzona que se ha quedado en el fondo de la taza y subo la escalera, pero en lugar de ir al cuarto de baño voy a mi habitación y me vuelvo a meter en la cama. Los perros me siguen y apoyan el hocico en mis piernas.

A las ocho en punto se oyen los bocinazos de costumbre, y mi madre asoma la cabeza en mi cuarto.

—Pero ¡bueno! ¿Qué haces en la cama? ¿Por qué estás aún sin vestir?

—No quiero ir al colegio.

—¡Claro que vas a ir al colegio! —Coge del armario lo primero que pilla. La bocina sigue sonando, ahora con más insistencia.

—¿Qué pasa? —Entra también mi padre.

—¡Pues pasa que el muy caradura se ha vuelto a dormir en lugar de vestirse!

Por culpa de las prisas, mi madre me pone unos pantalones de pana morados, una camiseta azul y una sudadera amarillo limón que siempre he odiado. Parezco un payaso; si voy a clase vestido así, mis compañeros se burlarán de mí todo el día.

—No me gusta. —Intento quitarme al menos la sudadera, pero mi madre me vuelve a cerrar la cremallera y me saca a rastras de casa.

Nada más llegar a clase, Martina les dice algo a sus amigas, que se echan a reír. Lo sabía, ahora se reirán de mí durante semanas enteras, hasta que termine el curso. Me quedo sentado fingiendo seguir las explicaciones de la profesora, el tiempo no pasa, y poco a poco me abstraigo mirando los árboles desnudos por la ventana.

—¡Eh! ¡Que te está llamando! —Martina me da un codazo, y oigo las risas de los demás. Me vuelvo hacia la tarima y veo a la profesora con el cuaderno en la mano.

—Bienvenido al planeta Tierra —dice, y me indica con un gesto que me levante.

Mientras me acerco a la pizarra, pienso que dentro de pocos segundos estaré de pie delante de toda la clase, y hasta el que no se haya fijado todavía se dará cuenta de cómo voy vestido.

Me tiemblan las piernas. Endurezco los músculos, pero es peor, me tiemblan más aún. Contengo la respiración e intento no cruzarme con la mirada de mis compañeros.

La profesora sonríe y me pregunta si he pasado unas buenas vacaciones. Le digo que sí con un gesto, y ella me pregunta si también he estudiado. Del fondo de la clase surge alguna risita mientras vuelvo a asentir.

—Bien, empecemos entonces con las tablas de multiplicar.

Mamá me las ha hecho repasar hasta el aburrimiento.

—Veamos —dice la profesora—, ¿cuánto son cinco por ocho?

Procuro calcular, pero en mi cabeza los números se mezclan y me quedo contemplándola sin saber qué decir. La profesora repite la pregunta, y yo sigo mirándola en silencio. De nuevo alguien se ríe. Me vuelvo en esa dirección, pero la profesora llama mi atención:

—Mírame a mí —dice, y me hace la pregunta por tercera vez.

Cinco por ocho, cinco por ocho, me repito hasta que la profesora dice:

—Bueno, vamos a hacerlo de otra manera, vamos a empezar desde el principio. Dime toda la tabla del cinco.

Respiro hondo:

—Cinco por uno, cinco; cinco por dos, diez; cinco por tres, quince...

Poquito a poco mi respiración se calma, y me doy cuenta de que ya no me tiemblan las piernas. Voy cada vez más rápido, en un santiamén ya he llegado al final de la tabla.

—Muy bien. —La profesora sonríe—. Así es que cinco por ocho hacen...

—Cuarenta —contesto automáticamente, y ella pasa a otra pregunta, que esta vez me parece fácil.

—Tres por siete, veintiuno.

—Muy bien —vuelve a decir, y cada vez es como si se me encendiera una luz más brillante en la cabeza. Tengo preparada la respuesta a cualquier pregunta. No vuelvo a fallar ninguna hasta el final del examen.

Al sonar el timbre, soy de los primeros en la fila. Estoy deseando volver a casa para ponerme hasta arriba de pasta y chuletas, pero cuando voy por la escalera me acuerdo de la promesa que le he hecho a mi madre. Quiere que invite a algún amigo a casa, dice que tengo que socializar, que no es bueno para mí estar siempre solo.

—Federico, Marcello... —los llamo, pero se hacen los sordos.

Insisto en voz más alta, y esta vez se vuelven. No tengo ni pizca de ganas de estar con ellos, después de mí son los más birrias de la clase, pero también son los únicos que podrían aceptar mi invitación.

—¿Os apetece venir a estudiar a mi casa?

—Yo no puedo —contesta Federico—. Hoy tengo inglés.

—Yo t-tampo... tampoco puedo —dice Marcello, sin dar explicaciones.

No tiene por qué ser hoy, puede ser cualquier otro día, pero Federico dice que a su madre no le gusta que estudie en casa de los demás porque quiere controlar cómo hace los deberes.

—La m-mía igual —contesta enseguida Marcello.

Sé que es todo mentira. La verdad es que les da vergüenza ser mis amigos. Pero ¿cómo le voy a decir eso a mi madre?

En el patio se me ocurre que puedo invitarlos a casa el sábado por la tarde, que no hay que hacer deberes, pero no me dejan tiempo ni de abrir la boca.

—Me tengo que ir, que me está esperando mi padre —dice Federico, dirigiéndose al aparcamiento.

—Adiós, hasta ma-mañana —dice Marcello, que también se va.

Estoy a punto de llamarlos, pero paso. Que se vayan al cuerno, me importa un pito que no quieran ser mis amigos.

6

El ruido de las patatas al freírse parece un grito, desgarrador al principio y luego cada vez más débil mientras se van poniendo crujientes. Mamá las lleva a la mesa cuando aún humean.

—Espera un poquito, que queman.

En el aire flota un aroma que me está torturando. No puedo resistirme, cojo un puñado y me lo meto en la boca aunque me queme la lengua.

Desde hace varias semanas, el frigorífico está lleno de pizzas congeladas, palitos de pescado y helados. El pediatra siempre ha dicho que no debo comer esas cosas porque están llenas de conservantes y me hacen daño, pero, desde que me ve engordar, a mi madre le trae sin cuidado. Ya no se respeta ninguna regla. Si como, puedo hacer lo que quiera. Por las tardes me paso horas viendo la tele, bebiendo Coca-Cola y comiendo galletas. Como aunque ya no tenga hambre y me tiro unos pedos que huelen fatal. Antes nunca me pasaba, pero ahora por las noches siempre tengo una raya marrón en los calzoncillos. Mi madre me regaña, las porquerías las tengo que hacer en el cuarto de baño, pero a la vez sonríe como nunca.

Cuando me levanto de la mesa me aprietan los pantalones. Me desabrocho el primer botón, y la camiseta se me sube por encima de la tripa, dejándome el ombligo al aire.

—¡Te hace falta ropa nueva!

Mamá se echa a reír y, media hora después, mi cama está llena de prendas que ya no me valen. Jerséis, vaqueros, camisas, todo lo que me pruebo me queda estrecho.

Mi padre nos lleva al centro en coche, pero, nada más apearnos, nos llama con un bocinazo.

Mamá se acerca a la ventanilla, y él baja el cristal.

—He pensado que no voy a ir hoy al despacho. Me quedo con vosotros.

Volvemos al coche para buscar aparcamiento y damos vueltas durante una hora sin encontrarlo, hay un tráfico tremendo. Apoyo la frente en la ventanilla y me quedo atontado mirando la multitud de bolsas de colores que va de un lado a otro, de un escaparate a otro. Hay niños de la mano de sus padres, en brazos y en cochecitos. Todos sujetan algo de comer, unos llevan un paquete de gominolas de frutas, otros tienen una tableta de chocolate, un bollo o un bocadillo. La misma escena se repite cada dos metros por toda la calle, un callejón en el que a las seis de la tarde se apagan las luces de las plantas altas y sólo quedan encendidas las de los escaparates de las tiendas, como si en esos edificios sólo viviera gente de paso.

Es divertido mirar a la gente charlando, hablando por teléfono, regañando a los niños que se sueltan de la mano y se alejan corriendo, las colas delante de las tiendas, las motos escabulléndose entre los coches, las farolas encendidas que difunden una luz tenue, casi invisible, que se recorta contra el cielo, que aún no se ha puesto oscuro. Con las ventanillas cerradas no llega ningún ruido, es como estar en un acuario. Entonces oigo el tictac del intermitente, mi padre gira mientras otro coche deja un aparcamiento libre, mi madre abre la portezuela y el ruido de la calle nos envuelve.

Vamos de una tienda a otra comprando zapatos, camisas, pantalones y jerséis. Las dependientas nos aconsejan que nos llevemos ropa por lo menos una talla más grande, para que no se me quede pequeña enseguida. Mis padres les dan la razón, extasiados, y mientras volvemos al coche están tan cargados de bolsas que no me pueden coger de la mano, pero no importa, me dejan ir solo. Ya no les da miedo que me escape, y avanzamos con la cabeza bien alta entre las demás familias. Por fin tengo las mismas mejillas sonrojadas que los otros niños, las manos embadurnadas de chocolate y caries en los dientes por todo el azúcar que como cada día.

Por el camino nos paramos a tomar un batido, pero después quiero también un trozo de pizza. Al final estoy tan lleno que no puedo ni andar.

—Estoy cansado. —Me agarro a la falda de mi madre para que tire de mí.

No me atrevo a mirar a mi padre, siempre se enfada si digo que estoy cansado, pero esta vez en lugar de regañarme me alborota el pelo.

—Pobrecito, tienes razón. Llevamos toda la tarde sin parar de andar.

Es imposible que lo diga en serio, pero se arrodilla y me indica con un gesto que me suba a sus hombros.

—¡Madre mía, cómo pesa ahora! —exclama, volviéndose hacia mi madre.

Tiene un brillo en los ojos que se podría confundir con el principio del llanto, pero se está riendo.

Qué extraño verlo reír, parece distinto. Pero, si lo pienso, todo es distinto, no hay una sola cosa que no haya cambiado de forma, peso y color. Yo también. Si me miro al espejo, veo que me he transformado en otro niño.

7

Al final del recreo, soy de los últimos en volver a clase. Me siento al lado de Martina mientras me termino un paquete de galletas, y ella me mira asqueada.

—Por favor, ¿puedes hacer menos ruido?

Me pongo a masticar con la boca abierta, y ella se vuelve para el otro lado, horrorizada.

Luca se me acerca justo cuando estoy cogiendo la última galleta.

—¡Dámela!

Estoy muerto de miedo, pero no me apetece obedecerlo.

—¡Vete a la mierda! —le digo, y me la como.

Los demás se echan a reír, Luca se pone rojo de rabia, pero entonces la profesora entra en el aula y da unas palmas.

—¡Sentaos!

Luca me mira mal toda la mañana. Al salir me pongo detrás de la profesora, y una vez en el patio me voy corriendo al autobús y me siento al lado de la señorita. Me he librado hasta mañana.

Cuando llevo un rato sentado en la alfombra viendo los dibujos animados en la tele, mi madre se asoma y me pregunta si quiero algo de comer.

—¿Me haces palomitas?

Ella sonríe, y le pido que me haga muchas, «tan ricas como las del cine».

Un cuarto de hora después me trae un cuenco lleno hasta arriba, cubierto con virutas de mantequilla que se van derritiendo. Cojo puñados enormes y me los meto en la boca uno tras otro sin parar. Casi me he terminado el cuenco cuando oigo el telefonillo, pero en ese momento no le doy importancia. Entonces mi madre se asoma y dice que hay un amigo mío en la calle.

—Ha dicho que si puedes bajar un momento.

Con un nudo en el estómago me dirijo a la puerta. No sé quién puede ser, yo no tengo amigos.

—¿Por qué no le dices que suba? —me sugiere mi madre—. Así merendáis juntos.

—Sí, sí, ahora se lo digo —contesto deprisa y salgo corriendo.

Frente a mi edificio están Luca, Salvatore y otros dos compañeros de clase. Luca se separa del grupo y viene a mi encuentro con los párpados entornados y las fosas nasales dilatadas.

—¡Sal! —me dice, pero ni de broma pienso salir ahí a que me peguen.

—¿Qué quieres? —le pregunto, y me quedo quieto detrás de la verja.

—¡Ven aquí! —repite Luca, agarrado a los barrotes con las dos manos mientras los demás se burlan de mí diciéndome que soy un gallina.

No soy capaz de salir ni de marcharme, me quedo ahí mirándolos con expresión hosca, sólo espero que mi madre no esté asomada a la ventana.

—¡Que vengas aquí, te he dicho! —insiste Luca, con la cara aplastada contra los barrotes.

Un instante después, el piloto se enciende, parpadea, y la verja se abre.

Luca corre hacia mí, estoy a punto de escapar hacia el edificio cuando el tiburón enfila la calle de nuestra casa.

—¡Papá! —Levanto el brazo para saludarlo, y Luca da un paso atrás enseguida.

Mi padre baja la ventanilla y me pregunta qué hago en la calle.

—¿Quiénes son estos niños?

—Compañeros de clase —digo mientras él pasa revista primero a Luca y después a los demás.

—¿Por qué no subís a casa? Hace frío aquí fuera.

—Gracias —contesta Luca—, pero ya nos íbamos.

—¿Tú qué haces? —me pregunta mi padre—, ¿te quedas un poco más o te vienes conmigo?

—Me voy contigo —contesto, y rodeo el coche.

—Has tenido suerte, te ha salvado tu padre —me dice Luca en voz baja cuando paso por su lado.

—Bueno, ¿cómo te va con los compañeros? ¿Un poco mejor? —me pregunta mi padre, entrando en el garaje.

—Sí, sí, mejor —contesto, pero en la escalera me quedo un paso por detrás de él, no tengo el valor de mirarlo a la cara.

Una vez en casa, me encierro en mi cuarto. Los perros me siguen, querrían entrar, arañan la puerta, pero no tengo fuerzas para ver sus tristes hocicos. Me tiendo en la cama y, poco a poco, la vergüenza se va yendo, se refugia como una espina en un punto secreto del cuerpo, entre el estómago y el pecho. La noto cada vez que respiro, pero solamente yo sé que está ahí.

Mi padre llama a la puerta y viene a sentarse a mi cama.

—¿Cómo estás?

—Bien —contesto, y él me sonríe con una expresión algo triste.

—No te preocupes. A mí me lo puedes decir. Esos niños se meten contigo, ¿verdad?

Asiento con la cabeza, y él me acaricia el pelo.

—¿Quieres que hable yo con la profesora? —Respira hondo y añade—: ¿O con los padres de alguno?

—No.

—Muy bien. —Vuelve a sonreírme—. Y, dime una cosa, Luca era ese niño que estaba junto a la verja, ¿verdad?

—Sí.

—¿Es el que más te molesta?

—Sí. Pero también los demás.

—¿Y esos otros? No son tan grandes y fuertes como Luca, ¿no?

—No —contesto, bajando la mirada.

—Entonces ¿sabes lo que tienes que hacer?

Levanto los ojos.

—Al primero que se meta contigo, uno que sea más o menos de tu estatura, vas y le das una paliza. Lo importante es que lo hagas delante de todo el mundo. ¿Entendido?

Me quedo callado mirándolo, y él lo repite.

—Que te vean todos. Y tienes que darle una buena paliza, le tienes que devolver todo lo que te han hecho desde que empezó el curso. Ya verás como si haces esto, los demás te dejarán en paz. Tú haz caso a papá.

8

En lugar de ponernos con los deberes de matemáticas, llevamos una hora intentando adivinar qué hay de merienda. Mamá nos ha prometido una sorpresa, «una cosa riquísima», ha dicho, sin añadir nada más.

Al final, Federico y Marcello han venido a estudiar a casa, pero lo ha tenido que organizar todo mi madre. La otra tarde volvió a la carga y me preguntó si había invitado a algún compañero.

—Se lo he dicho a Federico y a Marcello, pero sus padres no les dejan. Se quieren asegurar de que hacen bien los deberes.

—Entiendo, pues entonces hablaré yo con ellos —dijo, y después de cenar llamó a las madres de los dos para tranquilizarlas.

Hoy mi padre ha venido a recogernos al colegio, y hemos comido todos juntos. En la mesa, mi madre y él les han preguntado un montón de cosas a Federico y a Marcello sobre la profesora, si explica bien, si es simpática, cuáles son sus asignaturas preferidas y qué tal se llevan con el resto de los compañeros. Ellos estaban tan ocupados en comer que han contestado con monosílabos, y las pocas veces que no han tenido más remedio que contestar con una frase un poco larga tan sólo han contado mentiras. A juzgar por lo que decían, el colegio parecía un lugar maravilloso donde todos nos queremos mucho y nos lo pasamos pipa. Vaya mentirosos están hechos, han soltado una trola tras otra. Quizá por eso enseguida trabaron amistad y en el colegio consiguen esquivar las burlas y las

palizas. Saben mantenerse ocultos, se mueven en silencio, tenían razón los compañeros de clase en llamar gusano a Marcello. También Federico, por mucho que abulte, me recuerda a uno de esos insectos que se mimetizan con las plantas. Los estudiamos el mes pasado, para que no se los coman se ponen del color de las hojas en las que se apoyan, y prácticamente se vuelven invisibles. El caso es que, cuando nos hemos levantado de la mesa, mis padres estaban supercontentos, y mientras nosotros salíamos de la cocina para ir a mi cuarto a estudiar he oído a mi madre decir que lo sabía, «este colegio ha sido muy buena elección».

—Ya puede serlo —le ha contestado mi padre, echándose a reír —, con lo caro que es...

—Yo creo que hay tarta con Nutella —me lanzo el primero a adivinar.

—¿Y d-dónde está la sorpresa? —pregunta Marcello—. Yo N-Nutella como todos los días.

—A mí la Nutella no me gusta —interviene Federico—. O sea, no es que no me guste, pero donde esté un bocadillo de jamón o una pizza...

—Puaj —se echa a reír Marcello—, pi-pizza para merendar, ¡qué a-asco!

—¡No tienes ni idea! —Federico tuerce la boca y se pone a enumerar sus pizzas preferidas. Cuando llega al *calzone* relleno, mi madre entra en la habitación y nos dice que la merienda está lista.

Corremos escaleras abajo y la encontramos en el centro de la mesa del salón. Tenía razón yo, es una tarta con Nutella.

Mamá nos corta tres porciones gigantescas, nos sirve la leche en los vasos y se para un momento en el umbral antes de salir.

—¿Cómo está la tarta? ¿Os gusta?

—Está ri-riquísima —contesta Marcello, masticando con la boca abierta, mientras Federico y yo le indicamos con un gesto que sí.

Pensaba que el gusano de Marcello sólo comía chocolate, su debilidad. En cambio en el almuerzo ha zampado como un cerdo, ha repetido de ñoquis y de carne guisada, y hasta de brécol, calabacines y zanahorias. Al verlo tan flaco, uno nunca pensaría que pudiera tener tanta hambre, pero es peor que yo, no es capaz de estar media hora sin picotear algo. Todas las mañanas su madre le da un montón de caramelos para que pueda seguir mascando incluso cuando estamos en clase.

Federico se sirve otro vaso de leche y se queda mirando la pared, con curiosidad.

—¿Qué es eso? —me pregunta, señalando un marquito rojo colgado.

—Es la moneda más pequeña del mundo.

—¿En serio? —dice, y se acerca para verla bien.

—Lo pone debajo. Mi padre es coleccionista.

—¿Y es m-muy valiosa? —quiere saber Marcello.

—No lo sé. —Me levanto para ir al baño—. No os acabéis toda la tarta —les advierto antes de salir.

Desde el jardín nos llegan los ladridos de los perros, cada vez más roncos. *Otto* y *Ringo* llevan así desde que entramos en el salón, no han parado ni un momento.

Casi no queda tarta. Lo sabía, sólo me han dejado una porción minúscula. Mastico despacio para que me dure lo más posible, y a cada bocado el sabor de la Nutella me inunda el cerebro. Tengo ganas de cerrar los ojos y de quedarme a oscuras para siempre.

Federico y Marcello contienen a duras penas una risita extraña y me miran con mucha curiosidad.

Me trago el último bocado, y los dos estallan en una carcajada.

—Ya te di-dije yo que no se iba a dar cuenta —dice Marcello. Federico sigue desternillándose, doblado en dos sobre la silla.

No entiendo nada, pero entonces los veo mirar hacia la pared y reparo en que la moneda más pequeña del mundo ya no está en su marco.

—¿Qué habéis hecho? ¿Dónde la habéis puesto? Dádmela enseguida, que mi padre se va a enfadar.

—La tienes tú. —Vuelven a reírse, más fuerte todavía—. Te la has comido.

—Pero ¿sois imbéciles o qué? —Me siento morir—. ¿Y qué le cuento yo ahora a mi padre?

—No te preocupes —dice Federico—, yo una vez me tragué un botón, y unos días después salió cuando fui al baño.

Mi madre se asoma y piensa que nos lo estamos pasando bien.

—¿Queréis algo más?

—No, gracias —contestan los dos con una sonrisita falsa.

Mamá coge la bandeja vacía, apila los platos y los vasos, y antes de salir nos recuerda que tenemos que terminar los deberes.

En cuanto nos quedamos solos, corro al salón y abro el mueble donde mi padre guarda su colección de monedas. Después de rebuscar un rato en el cajón, encuentro otra más o menos del mismo tamaño y la pongo en el lugar de la que me he comido.

—Espero que dé el pego... —digo en voz alta sin querer.

—¡Venga, hombre, que era una broma! —Federico y Marcello siguen riéndose—. ¿No te habrás enfadado?

—No, no —contesto, pero tengo ganas de sacarles un ojo con el tenedor. Juro que más tarde o más temprano me las pagarán.

9

Mamá está muy contenta. Se puso a régimen hace unas semanas y dice que ya ha perdido cuatro kilos. Se ha comprado una falda nueva y una chaqueta de una talla menos, tan apretada que no se la puede ni abrochar, pero ella está convencida de que dentro de un mes le quedará perfecta. Mientras tanto se la pone cada vez que sale, la lleva hoy para la reunión con la profesora. El viernes nos dieron las notas, y en casa me felicitaron un montón. He mejorado en casi todas las asignaturas. Sigo regular en Geografía, porque es que no la soporto. Pero papá dice que es importante, y me ha prometido que, si sigo sacando buenas notas, este verano me lleva a hacer un viaje. Me dijo que podía elegir yo adónde, así que corrí a coger el atlas, pero, vistos en el mapa, todos los sitios parecen iguales. Al final puse el dedo en el Polo Sur, pero sólo porque era de un color distinto.

—Pues que sepas que allí no hay nada —me dijo él—. No hay más que hielo por todas partes, y hace un frío de perros. Con tantos sitios bonitos como hay, ¿seguro de que quieres ir al Polo Sur precisamente?

Le dije que no con la cabeza, y él se echó a reír.

—¿Ves para qué sirve estudiar Geografía?

Las reuniones se celebran en la misma aula donde damos clase todas las mañanas, sólo que ahora es por la tarde. Llegamos de los primeros, la directora se acerca enseguida a saludarnos y dice que ha tenido que cambiar de opinión.

—Como sabéis, hasta hace unos meses pensaba que era mejor para el niño que repitiera curso, pero en vista de los resultados me alegro mucho de que no lo hayáis sacado del colegio.

La profesora asiente y confirma que las cosas van decididamente mejor, también con los compañeros.

Mamá mete tripa y se acomoda el peinado de peluquería con ese brío que tiene sólo cuando está que se muere de alegría. A papá también se lo ve satisfecho, acaba de guiñarme el ojo y sigue escuchando a la profesora y a la directora con una media sonrisa estampada en la cara. Yo tan sólo tengo hambre y estoy impaciente por volver a casa.

Estamos al lado de la ventana mientras nuestros padres hablan entre ellos. Marcello se queja de que su padre le ha confiscado la bici hasta que saque mejores notas en Historia. A Federico, en cambio, le ha ido tan bien en todas las asignaturas que le han regalado un arco «de esos profesionales», dice él, con mira y flechas de no sé qué material extraño que las hace muy ligeras, precisas y rápidas.

Marcello pone una cara un poco perpleja.

—P-pero ¿qué haces con un arco? ¿D-dónde lo usas?

—En el jardín —contesta Federico—, apunto a una diana.

Marcello sigue sin estar muy convencido.

—¿Y te lo p-pasas bien?

—Pues claro.

—Yo m-me aburriría —comenta Marcello.

—Pero ¿tú has tirado con arco alguna vez? ¿Con un arco de verdad como el mío?

—No.

—Entonces ¿cómo sabes que te aburrirías?

—¡P-pues porque lo sé! —insiste Marcello, aunque no tiene argumentos.

Después se vuelve hacia mí y me dice:

—Oye, ¿y la m-moneda? ¿Salió?

Federico suelta una risita burlona, y Marcello lo imita enseguida.

Quiero irme a casa, no los aguanto. Busco a mis padres y me fijo en que todos se han congregado alrededor de la directora y de la profesora. Tienen caras serias, algunos miran al suelo, con las manos detrás de la espalda. Me acerco y veo a los padres de Martina en el centro del corrillo.

—No lo sabemos —están diciendo—. Tal vez en primavera. Pero quizá no pueda volver a clase.

—Entiendo —asiente la directora—, dadle un beso a Martina de mi parte.

También la profesora le manda recuerdos, así como los demás padres. Ya han llegado todos, la clase está al completo. Veo también a Luca y a Salvatore. Nos miramos de reojo y luego nos ignoramos mutuamente, como si no estuviéramos en la misma habitación.

En el coche le pregunto a mi madre qué han dicho los padres de Martina, pero ella no me contesta. Mira primero a mi padre, se dicen algo con los ojos y después me explican que Martina no se encuentra bien, «sus padres han ido a informar a la profesora de que estará unos días ausente».

—¿Qué tiene?

De nuevo mi padre y ella se dicen algo en silencio.

—Nada grave, no te preocupes.

—Sí, ya verás como vuelve pronto.

No dejo de pensar en Martina toda la tarde y me siento triste, pero no es por ella. Se trata de otra cosa, se parece a esos instantes extraños antes de ponerte malo, cuando dices que no te encuentras bien, pero, si te preguntan qué te duele, no sabes qué contestar.

10

Si no termino los deberes, no me dejan ir a ver la tele.

«La corriente de un río empuja una hoja a una velocidad de seis kilómetros por hora. ¿Cuántas horas tardará en llegar a la desembocadura del río, que está a ciento catorce kilómetros de distancia?»

Éste lo dejo por ahora y paso al siguiente problema.

«Un cerdo que está dentro de una jaula pesa doscientos quince kilos; el peso de la jaula vacía es de setenta y tres kilos. Calcula el peso neto del cerdo.»

Éste es fácil. Doscientos quince menos setenta y tres. Estoy escribiendo la resta en el cuaderno cuando mi madre me llama desde la cocina. Debe de estar lista la merienda, salto de la silla y corro por la escalera, pero cuando llego abajo no veo nada sobre la mesa.

—Papá quiere hablar contigo.

Tienen los dos una cara seria que no anuncia nada bueno.

—Siéntate. —Mi padre se me acerca con las manos a la espalda —. ¿Dónde está? —Saca el marco que albergaba la moneda más pequeña del mundo y lo deja sobre la mesa.

—Está ahí —digo señalando el marco.

—Ésa es otra moneda —contesta él, y vuelve a preguntarme—. ¿Dónde está la de verdad?

—No lo sé. —Bajo la cabeza, pero él me ordena que lo mire a la cara.

—No mientas. Te he preguntado que dónde está.

Sigo negando, pero es inútil, ya lo sabe, los dos saben que he sido yo quien la ha hecho desaparecer.

—¡No es culpa mía! ¡Fueron Federico y Marcello! ¡La pusieron en la tarta, y me la comí sin darme cuenta!

—Vaya broma más tonta. —Mi madre está a punto de acariciarme la cabeza, pero mi padre la detiene.

—Por favor, no.

—Pero si te ha dicho que él no ha tenido nada que ver.

—Claro que ha tenido que ver —contesta él—. Para empezar, debería habérnoslo contado. Pero lo más grave no es eso. —Vuelve a mirarme fijamente—. ¿Cómo te atreves a sustituir la moneda?

Intento defenderme, pero él me indica con un gesto que me calle.

—Desde hoy estás castigado. Así aprenderás a no decir mentiras. Un mes sin tele, y esta noche te vas a la cama sin cenar. Vete a tu cuarto, y que no te vea hasta mañana.

Su voz, sus palabras tienen un sonido horroroso. ¿Cómo que a la cama sin cenar?

—¡No lo volveré a hacer! ¡No lo volveré a hacer, te lo juro! —Lo miro primero a él y luego a mi madre en busca de auxilio.

—Haberlo pensado antes. Esta noche te vas a la cama sin cenar.

Otto y *Ringo* suspiran, con la cabeza abandonada en el suelo. Doblo las rodillas hacia el pecho, por la camiseta me sobresalen dos michelines, blandos y cálidos. El tiempo no pasa, los minutos son horas. ¿Cuánto llevo aquí dentro?

Me levanto y abro la puerta lo justo para echar una ojeada al pasillo. La luz del dormitorio de mis padres está encendida. Me

acerco descalzo para que no me oigan.

—¿No nos hemos pasado un poco?

—Qué va, con todo lo que ha comido a mediodía no sucede nada porque no cene esta noche.

Mientras dan la espalda a la puerta, paso por delante de su dormitorio y corro escaleras abajo. Llego hasta la nevera sin encender la luz de la cocina. Dentro hay un plato con la pasta que ha sobrado de hoy. Cojo un macarrón y lo muerdo, aun frío está riquísimo. Cojo otro, y otro, hasta que oigo un ruido a mi espalda y me vuelvo.

En la oscuridad veo los ojos amarillos de *Ringo*.

Empieza con un gemido sordo pero, en cuanto intento meterme otro macarrón en la boca, se pone a ladrar.

—¡Calla! ¡Vete! —le digo, pero no me hace caso.

Ladra cada vez más fuerte, dobla las patas y, cuando está a punto de saltarme encima, se enciende la luz.

—¿Qué estás haciendo? ¡Deja eso ahora mismo! —Mi padre me aleja de la nevera de un empujón.

Corro escaleras arriba y me meto en mi cuarto, y él aparece un instante después.

—¡Como vuelvas a salir te vas a enterar!

—Papá —lo llamo, pero cierra dando un portazo y se va sin escucharme.

11

Faltan pocos minutos para el final de la clase. En el aula el silencio es absoluto. Todos están inclinados sobre la mesa resolviendo el último problema del examen de Matemáticas. Los dos primeros estoy seguro de haberlos hecho bien, pero el tercero se me resiste, y no puedo copiar a nadie. La silla de al lado lleva semanas vacía.

—Federico —lo llamo en voz baja.

Marcello y él están en la fila de al lado.

—Federico —insisto, y esta vez sin darme cuenta levanto demasiado la voz.

—¡A ver! ¿Qué estáis haciendo ahí? —nos llama la atención la profesora.

Siento que me ruborizo.

—Por favor, la solución del tercero —susurro, pero el muy asqueroso escribe sin hacerme caso.

La profesora se levanta, dice que dejemos las plumas y pasa entre las mesas para recoger los exámenes. Me entran ganas de romper la hoja por haber dejado ese problema en blanco. Todo por culpa de Federico, sólo tenía que decirme un número, no hacía falta ni hablar, bastaba con que me hiciera una señal con los dedos. Estoy tan enfadado que, mientras los demás se van a la cafetería, me quedo solo en el aula con una especie de fiebre en el cuerpo que no se me pasa.

Mis compañeros empiezan a volver a clase, y cuando veo asomar la cara gordinflona de Federico me levanto sin pensarlo. Me acerco a él y de un empujón lo mando despedido contra la pizarra.

—¿Qué quieres? ¿Qué narices te pasa?

Todos los ojos convergen sobre nosotros. Tengo que hacerlo ahora, tengo que hacerle daño.

Me acerco a él de nuevo y le arreo una patada en las piernas que lo dobla en dos.

No basta, tengo que hacerle más daño. Me pongo como una fiera y la emprendo a puñetazos con él. Le golpeo donde pillo, y cuanto más se queja, cuanto más busca protegerse sin reaccionar, más ganas me entran de seguir pegándole. Me duelen los brazos y estoy sin aliento, pero sigo y sigo hasta que la profesora llega corriendo a separarnos.

Me llevo una bronca infinita, pero mis compañeros me miran ahora de otra manera. Y, al salir del colegio, ocurre algo increíble. Luca se me acerca y me dice que he hecho muy bien en darle una paliza al imbécil de Federico. Lo llama así precisamente, como me llamaba a mí hasta hace poco. Cada vez que me lo decía, me lo creía y ya no era capaz ni de mirarme al espejo. Ahora en cambio, oírselo decir para referirse a otro hace que me sienta como si me hubieran puesto una medalla en el cuello.

Entro en casa y corro al salón.

—¡Papá! ¿A que no sabes lo que ha pasado hoy en el colegio?

Desde la cocina mi madre nos avisa de que está escurriendo la pasta, dentro de un ratito comemos.

En el baño, mientras nos lavamos las manos, le cuento todo a mi padre, y él me da una palmada en el hombro.

—¡Muy bien! Pero no se lo digas a mamá, que se enfada. Ya sabes cómo es, esto es cosa de hombres.

Cuando llegamos a la cocina nos encontramos la mesa puesta. Mi plato está hasta arriba. Mamá ha hecho raviolis con nata. Mientras engullo un par de bocados me acuerdo de Martina y pregunto a mis padres por qué aún no ha vuelto a clase.

—¿Sigue enferma?

Mamá y papá intercambian una de esas miradas secretas, y entonces él contesta:

—Ah, pero ¿no os lo ha dicho la profesora? Martina se ha cambiado de colegio.

—No —le digo yo—, no nos ha dicho nada. Entonces ¿se ha curado?

—Claro —contesta—. Está perfectamente.

—¿Y por qué se ha cambiado de colegio? —pregunto confuso.

Papá y mamá vuelven a mirarse, ellos también parecen confusos.

—Bueno, es que tu colegio es muy caro, ¿sabes? —explica papá —. No se lo puede permitir todo el mundo. Probablemente, los padres de Martina estén pasando una mala racha y hayan tenido que recortar un poco los gastos.

—Entonces ¿Martina ya no volverá?

—No... ¿Te da pena?

—Un poquito —contesto antes de meterme en la boca el último ravioli, aunque no sé por qué lo digo.

Martina siempre me ha caído mal y me trae sin cuidado no volver a verla, pero aun así me da pena.

—¿Puedo repetir? —Levanto el plato, y mamá me lo vuelve a llenar.

—¿No es demasiado? —pregunta mi padre.

Mamá no contesta, y él insiste.

—Me refiero a que quizá no haga falta atiborrarlo tanto.

Ella lo mira sin comprender.

—Pero ¿es que ya no te acuerdas de lo que hemos pasado?

—Cómo no me voy a acordar. Pero tampoco es bueno que se ponga demasiado gordo.

Mamá asiente para que se calle y sigue comiendo.

—Es que el otro día estuve hablando con el entrenador —prosigue mi padre—, y él también me dijo que tuviéramos cuidado. Si engorda demasiado, perderá agilidad.

—Mira, el niño tiene que crecer. Ahora sólo falta que dejemos de darle de comer.

—No he dicho que dejemos de darle de comer. Sólo he dicho que sería mejor una alimentación más equilibrada.

—¿Mejor para qué? ¿Para jugar al fútbol?

—Bueno, mira, vamos a dejarlo. Contigo no se puede hablar.

Hacía meses que no los oía discutir. Durante un instante vuelvo a ver esa expresión oscura en la que nunca ha habido espacio para la sonrisa, pero enseguida me concentro de nuevo en los raviolis de mi plato, ahogados en ese mar de nata.

En cuanto termino, mamá se levanta y saca el pollo del horno. Papá coge el cuello y se pone a roerlo con calma. Mamá se queda la pechuga, y como de costumbre a mí me tocan las dos patas. La piel es la parte más rica, con esos pelillos quemados que asoman aún aquí y allá. Qué pena que haya tan poca, pienso mientras arranco las últimas hebras de carne alrededor del hueso.

Los animales ya no tienen escapatoria en nuestra casa. A veces mi madre tiene los ojos rojos por el cansancio, pero no para de destripar gallinas y pescados; mientras algo cuece en el fuego, ella ya está preparando otra cosa, con la satisfacción de ver por fin las fuentes vacías, los platos rebañados con pan y las huellas de mis dedos en los recipientes. Y cuanto más cocina ella, más como yo.

12

Estoy rebuscando con los dedos en mi caca cuando mamá llama a la puerta. Cada mañana me siento en el váter esperando ver brillar en el fondo de la taza la moneda más pequeña del mundo, pero hasta ahora nada, sigue en algún lugar de mi estómago.

—¡Date prisa! ¡El padre Alfonso te está esperando abajo!

Me lavo las manos, que apestan a cloaca, y bajo en pijama. En la puerta papá intenta darse algo de aplomo, pero hasta él tiene los ojos cerrados por el sueño.

El padre Alfonso nos sonríe con su boquita de piñón y empieza a recitar un avemaría.

Mamá lo sigue enseguida, fraseando bien, pero después de los primeros versos ya no recuerda como continúa y se pone a balbucear. No puedo contenerme, me entra una risita histérica y se me llenan los ojos de lágrimas.

Mamá se pone roja y me indica con un gesto que pare. Pero mientras tanto papá ya se ha contagiado también de mi risa floja.

El padre Alfonso hace como si nada, pero se come las palabras con tal de terminar enseguida, persigna en el aire y se va corriendo a bendecir las otras habitaciones.

Papá y yo nos escondemos en la cocina, aún no se nos han pasado las ganas de reír. Pone la cafetera en el fuego, y yo me sirvo un poco de leche y me corto una porción de bizcocho.

Al cabo de un rato, mamá se despide del cura en la entrada, le da las gracias y cierra la puerta con delicadeza. Cuando entra en la cocina nos fulmina con la mirada.

—¡Cómo te atreves a reírte así en plena oración! —Primero me regaña a mí y luego a papá—. ¡Me habéis hecho quedar fatal! ¡Mierda!

—No digas palabrotas. El padre Alfonso sigue en la escalera, te va a oír.

—Estarás contento —añade ella—, vaya ejemplo le das a tu hijo.

—Perdona, pero ¡no es culpa nuestra que no te sepas las oraciones! —se defiende papá.

—¡Claro que me las sé! ¡Si me he confundido ha sido por vuestra culpa!

—Venga, que no ha sido para tanto. —Papá le sonríe—. Le está bien empleado, así aprende ese cura a no darle la tabarra a la gente tan temprano los domingos.

—Pero ¿qué dices? Ha venido a bendecir la casa.

—Anda ya, ése ha venido a que le den dinero.

Mamá chilla que somos un par de maleducados y se va a su cuarto.

—Y que os quede bien claro, yo hoy no cocino. Si queréis comer, os lo preparáis vosotros.

Papá me sonríe mientras aparta la cafetera del fuego.

—No te preocupes, se le pasará dentro de un rato. ¡Ve a ponerte el chándal, anda, que nos vamos a entrenar!

Ahora los domingos papá me lleva siempre a jugar al balón en el descampado de detrás de casa. Me reta a quitarle la pelota y me enseña a entrar a muerte para robar un balón, a desmarcarme, a regatear, a chutar con efecto, pero lo más divertido es cuando me enseña a dar codazos en la tripa a los adversarios sin que nadie me vea o a fingir que golpeo el balón cuando en realidad apunto al tobillo del contrario.

Estoy hecho polvo, hace media hora que no me muevo de la cama. Los perros también se han tumbado de lado y ponen cara de aburridos mientras miran fijamente la pared. La única distracción es una mosca que de vez en cuando les ronda por el hocico y les sobresalta. *Ringo* trata de atraparla con los dientes, pero la mosca es más rápida. *Otto* ni siquiera lo intenta, se limita a sacudir la cabeza para ahuyentarla.

Cuando se me acerca, yo también procuro aplastarla contra la pared, pero golpeo el aire. La mosca sigue revoloteando en el centro de la habitación. No para quieta, me pongo a mirarla fijamente y me mareo. El zumbido es cada vez más insoportable. Me levanto, cojo una camiseta, la enrollo e intento darle con ella. Salto por todo el cuarto hasta que me da flato y me duele el brazo. Los perros me miran con el cuello estirado, parecen dos hinchas en un partido, pero no se sabe si están de mi lado o de parte de la mosca.

Descanso un momento y luego lo vuelvo a intentar, pero ahora en lugar de la camiseta cojo un cuaderno grande. No hay nada que hacer, es demasiado rápida. De vez en cuando alcanzo a rozarla, pero no se deja aplastar. El cuaderno no es buena idea. Acerco una silla al armario y me subo. Estoy seguro de que la raqueta de tenis de papá está aquí dentro, hace años que no juega, y mamá la guardó con el resto de las cosas viejas. Me pongo de puntillas pero no la veo, debe de estar al fondo. Cojo la almohada y un poco de ropa y lo pongo todo sobre la silla para que haga bulto y pueda auparme más. Me agarro a la cómoda y desde ahí salto al armario. Entonces oigo el zumbido de la mosca a mi espalda. Me vuelvo de golpe, pierdo el equilibrio y caigo al suelo de cabeza.

Los perros se acercan a lamerme la cara. No me he hecho daño, pero al caer he arrastrado conmigo un par de cajas. Esparcidos por el suelo hay estuches y algunos marcos. Lo vuelvo a guardar todo de

cualquier manera, pero cuando estoy a punto de meter los marcos reparo en algo en el fondo de la caja, una costra gris y aterronada. La toco con la punta del dedo, está seca, y de repente me acuerdo de que es mía, es mi vómito, escondido ahí dentro desde hace meses. Los perros lo olisquean curiosos. Los alejo de un empujón, devuelvo los marcos a la caja y lo guardo todo en el armario. La mosca ha desaparecido. Me tumbo en la cama y ya no siento nada, soy una habitación vacía con las ventanas abiertas.

13

El partido está a punto de terminar y vamos empatados a dos. El balón vuela alto en el medio del campo, me adelanto a un contrario, controlo la pelota con el pecho y la lanzo de nuevo con fuerza. Mis compañeros de equipo se ponen como locos y echan a correr hacia la portería contraria.

Desde que llegó la primavera, ya no vamos al gimnasio, sino que nos pasamos la hora de deporte jugando al fútbol en el patio del colegio. Los ineptos forman una masa informe en la banda mientras esperan su turno para ponerse de porteros. Hasta hace unos meses allí acababa yo siempre, pero ahora todos se pelean por tenerme en su equipo.

El imbécil de Salvatore falla un pase, los contrarios recuperan el balón y corren hacia nuestra portería. Adelantan a Marcello, y me quedo solo en la defensa. Luca le pasa el balón a un compañero, éste intenta superarme con un regate, pero yo ni miro el balón, cargo contra él bajando la cabeza como me ha enseñado mi padre y le pego una patada que le hace volar por los aires. El portero atrapa el balón y lo lanza con torpeza. Dos adversarios tratan de recuperarlo, pero yo soy más rápido, se lo paso a un compañero que se ha acercado corriendo por la banda derecha, y avanzamos juntos hasta el área de penalti. El portero se adelanta, mi compañero me pasa el balón y yo me encuentro ante la portería vacía. Tan sólo

tengo que empujarlo dentro, marco el gol y mis compañeros de equipo corren a abrazarme.

Vuelvo a casa loco de contento. Mi alegría es tal que me entran ganas de llorar. Corro a ver a mi padre y le cuento con pelos y señales toda la jugada. Él me escucha sin interrumpirme y sonríe, pero no parece muy contento. Al final me dice:

—Ven, vamos a la cocina. Tu madre y yo tenemos que decirte una cosa.

Entramos mientras yo me sigo riendo de la cara de pasmo del portero al meterle el gol.

Mamá me mira sin comprender.

—Hoy le ha ido muy bien en el colegio —le explica papá—. Ha marcado un gol.

—Ah, vaya... —Ella también esboza una mueca que no llega a ser alegre.

Papá me pone una mano en el hombro y se sienta a mi lado. Mamá cierra el grifo, se seca las manos y se sienta a la mesa con nosotros. Me observan sin hablar y vuelven a poner esa expresión extraña y contradictoria: la boca sonriente y los ojos tristes.

—Mira —empieza diciendo papá—, tú sabes que los animales viven un número determinado de años, ¿verdad?

Le indico que sí con un gesto.

—Los elefantes, por ejemplo, viven muchos años. Mientras que los pececitos de acuario, por el contrario, muy poquitos. El tiempo —hace una pausa— es algo relativo.

—Sí, vale —interviene mi madre—, ¿así cómo quieres que lo entienda?

Él se vuelve de repente y hace un gesto con los brazos.

—Dame un momento, ya estoy llegando.

Mamá asiente, un poco impaciente, y papá prosigue.

—Lo que quiero decir es que los animales, como las personas, se hacen viejos, empiezan a enfermar y después se mueren.

—¿Como los abuelos? —pregunto yo.

—Fantástico —dice mi madre—, ahora métele también en la cabeza que los abuelos están enfermos y se van a morir ya mismo.

—Pues, hala, explícaselo tú —dice mi padre, cruzándose de brazos.

—A ver —suspira mi madre—, antes de nada, los abuelos están perfectamente. ¿Entendido?

Vuelvo a afirmar con la cabeza, y ella se asoma a mi mente y consigue oír lo que estoy pensando.

—Papá y yo estamos hablando de *Ringo* —prosigue, y en cuanto lo nombra me doy cuenta de que parece que hace meses que no veo a los perros.

—Por desgracia, no se encontraba bien. Estos últimos días no te hemos dicho nada para que no te preocuparas, pero estaba enfermo.

—Hemos intentado curarlo, pero no ha sido posible, es una lástima.

Intento pensar en alguna pregunta, pero no se me ocurre ninguna. Tengo la cabeza vacía, los pensamientos se me han ido a saber dónde, han echado a volar de repente.

Mamá me coge la mano y me dice:

—*Ringo* ya no está. Se ha ido. Pero ahora se encuentra en un sitio precioso, donde juega y se divierte todo el tiempo. No tienes que estar triste por él, ¿vale?

Asiento y miro a mi alrededor buscando a *Otto*. Ahora que lo pienso, al volver a casa no lo he visto. No ha venido a saludarme.

Mamá me lee el pensamiento.

—*Otto* está en el jardín.

Me vuelvo hacia la ventana, y ahora es papá el que me lee la mente, él también es capaz.

—Antes mamá te ha dicho que *Ringo* se ha ido, y es verdad. Pero lo que se ha ido es su alma, no su cuerpo.

Mamá vuelve a resoplar.

—¿Lo haces aposta o qué?

Papá hace un gesto de impotencia y se estira el bigote.

—*Otto* está en el jardín porque es ahí donde hemos enterrado a *Ringo*.

—Así estará siempre con nosotros —añade mi madre, apretándome la mano con más fuerza.

Los primeros días hablamos a menudo de *Ringo*. A veces recordamos lo bonito que era de pequeño, sus travesuras cuando se quedaba solo en casa y lo obediente que se volvió al hacerse mayor. Después, poco a poco lo vamos mencionando menos, y él también se convierte en un recuerdo lejano. Sólo de vez en cuando, al ver su caseta en el jardín y a *Otto* dar vueltas alrededor del hoyo donde *Ringo* está enterrado, tengo la sensación de que no hay nadie ahí dentro, de que no es más que un montón de tierra removida, y recuerdo esa manera que tenía de aullar con la boca cerrada, ese lamento silencioso con el que trataba de ponerme en guardia, como si hubiera algo inevitable que me aguardaba desde siempre y yo fuera el único que no lo sabía.

14

Llevo una hora buscando los regalos y no los encuentro, no sé dónde los habrán escondido. Esta noche he dejado aposta la persiana abierta para despertarme pronto y, mientras mis padres aún dormían, he mirado en los muebles del salón, en la terraza y en el armario de la entrada, pero ni rastro de lazos ni de papel de colores.

Mamá se ha levantado la primera. Como todas las mañanas, ha ido a pesarse al baño y ha salido muy contenta. Dice que ha perdido un kilo más desde la semana pasada y ha decidido que hoy, como es una ocasión especial, se va a permitir darse un banquete.

Mis abuelos vienen a cenar para celebrar mi cumpleaños. En casa hay mucha emoción, como si fuera carnaval. Nada más vestirnos, mamá se ha puesto enseguida a ordenar la casa, ha barrido debajo de las camas y detrás de los muebles, ha limpiado el polvo de los cuadros, ha encerado el parquet y ha limpiado los cristales con papel de periódico. Después se ha metido en la cocina. Pasa aún más tiempo allí desde que nos trajeron la nevera nueva. Esa bestia parece ordenada aunque esté hasta arriba de comida, y a ella le encanta.

Entre tanto se ha levantado también mi padre. Se ha duchado y se ha presentado sin bigote. «¿Qué tal estoy?», ha preguntado, y a mamá se le ha iluminado la cara, le ha dicho que está mucho mejor, que parece diez años más joven. Él se ha mirado satisfecho en el

cristal de la ventana y, mientras se tomaba el café, ha dicho que estaba pensando en vender el tiburón y en comprar un coche nuevo, más cómodo, para marcharnos fuera los fines de semana. A mamá se le ha puesto la piel de gallina, y yo también he sentido un escalofrío de emoción. Hace ya un tiempo que todo va muy bien. En el colegio ahora nadie se burla de mí, y ya no me paso horas mirando por la ventana. En el recreo juego con los demás niños, y hasta Luca ha ido haciéndose amigo mío poco a poco. Mañana viene él también. He invitado a toda la clase y a los de la escuela de fútbol. Será una fiesta tremenda, papá y mamá han contratado a unos animadores que nos harán trucos de magia y no sé qué más. Es una sorpresa, me han dicho, «mejor que no sepas nada, así disfrutarás más».

Después de comer, mientras mis padres descansan, se me ocurre que quizá hayan escondido los regalos en el sótano. Es el único sitio donde aún no he buscado. Cojo las llaves y corro abajo con un escalofrío.

Por la escalera la euforia se mitiga y deja paso a una sensación fría. Recorro despacio el último tramo, el más oscuro, mirando a mi alrededor, nervioso por el silencio y el olor a humedad.

Nuestro trastero es uno de los últimos a la izquierda. Una vez delante de la puerta me vuelvo, el pasillo a mi espalda es larguísimo y estrecho, iluminado apenas por esta luz odiosa que se apaga cada cinco minutos. Casi mejor me voy de aquí, me digo, pero luego pienso en los regalos y no soy capaz de esperar. Introduzco la llave y abro el candado. Llevo la mano al interruptor, estoy a punto de pulsarlo pero me detengo. Me quedo mirando el trastero a oscuras un segundo, y otro más, y siento una calma que nunca había sentido ahí abajo. No es más que nuestro trastero, nada que deba darme miedo, tan sólo cuatro paredes con las cosas de verano y otros

trastos viejos que no necesitamos en casa, no hay nada más, ni sombras que se mueven ni corrientes de aire que me susurran que escape mientras aún esté a tiempo.

La luz del pasillo se apaga de golpe. Acerco la mano al interruptor, despacio, lo pulso y entro. Rebusco por todas partes, me subo a lo alto de los muebles, miro dentro de los arcones, pero, nada, los regalos no están. Al final me rindo, cierro la puerta y vuelvo a casa.

En la cocina mi madre se afana con dos kilos de carne picada, la amasa con miga de pan empapada en leche y queso parmesano para hacer albóndigas.

Le suplico que me diga al menos lo que me han comprado, pero ella contesta con una sonrisa misteriosa que tengo que tener paciencia.

—Si te lo digo, ¿dónde está la gracia?

Por un segundo me hago la ilusión de que me han comprado los dos regalos que he pedido, el móvil y la Play, y corro a ver a mi padre, con la esperanza de que él sí me diga algo.

—¿Tú cuál prefieres?

—¡Los dos! —Me echo a reír, incapaz de estarme quieto, tengo que saltar, moverme, estoy impaciente por que lleguen los abuelos para poder por fin soplar las velas y ver qué me espera.

—¿No estarás tratando de engatusar a papá? —pregunta mi madre, reuniéndose con nosotros en el salón.

Sigo riéndome como si me estuvieran haciendo cosquillas, hasta que llaman a la puerta y corro a abrir.

Cuando me ven, los tres abuelos se quedan pasmados.

—¡Madre mía, lo que has crecido! —Me colman de besos y de felicitaciones.

Otto nos mira desde lejos con la boca abierta, sin ladrar.

No lo entiendo, ninguno de ellos lleva bolsas ni paquetes en la mano.

—¿Dónde están mis regalos? ¿Qué me habéis traído?

—Es una sorpresa. —Se lanzan una rápida miradita de reojo y luego me sonríen—. Los regalos están en el coche, luego los abrimos.

—¡No es justo, yo los quiero ahora! —insisto, pero nadie se apiada de mí.

Mamá lleva los platos sucios a la cocina y vuelve con una tarta gigantesca. Papá le pone las velitas, las enciende y va a apagar la luz mientras los abuelos sonríen, relamiéndose.

Siento un nudo de emoción en la garganta y de forma instintiva retrocedo un paso.

—Venga, pide un deseo —insisten todos, con las manos a la espalda.

—¡Vamos, sopla! —irrumpe mi padre, con esa voz que siempre me ha obligado a obedecerlo.

Mi madre está cada vez más cerca de mí, me llega el calor de su aliento. Me lleno de aire los pulmones y lo último que veo antes de soplar son los ojos hambrientos de mis padres a mi alrededor.

Las velas se apagan, pero nadie aplaude. La habitación se congela, todo está inmóvil, el silencio forma una gruesa capa entre un cuerpo y otro. Entonces, de repente, las manos de mi madre me agarran del pelo. Mi padre me pasa un cuchillo por la garganta y me la rebana de un solo corte. La cabeza se inclina, y lo veo, sonríe con el cuchillo en la mano y le indica a mi madre con un gesto que no suelte su presa. Intento zafarme, pero estoy cada vez más débil, y, mientras la sangre cae a chorros sobre la mesa, sólo me vienen a la mente imágenes del pasado. Recuerdo las visitas al pediatra, el llanto mudo de mi madre cuando me negaba a comer, la rabia de mi

padre al ver que no crecía. Pero lo más extraordinario es que estoy aún aquí, con ellos, y todo este entusiasmo de cuerpos cortando y despedazando resulta tranquilizador, me meten las manos en las vísceras y colocan mis entrañas en los recipientes. Ni siquiera duele tanto como cabría pensar, es más, tras las primeras cuchilladas me acostumbro, ya no siento la carne que se abre bajo los filos. Ya está, han terminado. Treinta kilos de carne despedazada, desgrasada con mimo, pesada y repartida en cortes ordenados en la nevera. Y sin embargo el mundo sigue como siempre, yo continúo sentado a la mesa con mi familia, que por fin ha dado sentido a todas las cosas, como si mi carne hubiera traído consigo la alegría. Un escalofrío me recorre los nervios y rompe el hechizo mientras mi padre y mi madre me devoran, día tras día, y yo me arrastro entre las paredes de su estómago, en esa oscuridad donde me mezclo con su sangre y recupero las marcas invisibles de mi origen, que desde ahora son mías para siempre. Ya me río como ellos, hablo como ellos, pienso todo lo que piensan ellos, custodio su impresión del mundo, y después de mí no habrá en todo el mundo nada más semejante a ellos. Soy su supervivencia, la digestión de mis padres, y sigue siendo mi cumpleaños. La luz vuelve a encenderse sobre las velitas apagadas, y los aplausos estallan en un coro salvaje.

Orfancia
Athos Zontini

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Título original: *Orfanzia*

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta: Stefan Zsaitsits

© Bompiani / Rizzoli Libri S.p.A., Milan 2016

© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-233-5207-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.,
www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!





Orfancia

Athos Zontini



DESTINO